

# MEMORIA, HISTORIA Y LITERATURA EN CENTROAMÉRICA

**LUCHA REVOLUCIONARIA, PROCESOS DE PAZ  
Y DESENCANTO EN LA POSGUERRA**

Mónica Toussaint  
Verónica Rueda-Estrada  
(coords.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL  
ESTADO DE QUINTANA ROO

 CLACSO





## **Memoria, historia y literatura en Centroamérica**

Memoria, historia y literatura en Centroamérica : lucha revolucionaria, procesos de paz y desencanto en la posguerra / Emiliano Balerini Casal ... [et al.] ; Coordinación general de Mónica Toussaint ; Verónica Rueda Estrada. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO ; Chetumal, México : Universidad de Quintana Roo, 2025.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN Argentina: 978-987-813-994-4

ISBN México: 978-607-8792-75-7

1. América Central. 2. Memoria. 3. Historia. I. Balerini Casal, Emiliano II. Toussaint, Mónica, coord. III. Rueda Estrada, Verónica, coord.

CDD 982

Diseño de tapa: Dominique Cortondo Arias

Diseño del interior y maquetado: Eleonora Silva

# **Memoria, historia y literatura en Centroamérica**

## **Lucha revolucionaria, procesos de paz y desencanto en la posguerra**

Mónica Toussaint y Verónica Rueda-Estrada  
(coords.)



PLATAFORMAS PARA  
EL DIÁLOGO SOCIAL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL  
ESTADO DE QUINTANA ROO



**CLACSO**



**CLACSO**

Consejo Latinoamericano  
de Ciencias Sociales  
Conselho Latino-americano  
de Ciências Sociais

**CLACSO Secretaría Ejecutiva**

**Karina Batthyány** - Directora Ejecutiva

**María Fernanda Pampín** - Directora  
de Publicaciones

**Equipo Editorial**

**Lucas Sablich** - Coordinador Editorial

**Solange Victory, Marcela Alemandi**

y **Ulises Rubinschik** - Producción Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital desde cualquier lugar del mundo ingresando a [libreria.clacso.org](http://libreria.clacso.org)

*Memoria, historia y literatura en Centroamérica. Lucha revolucionaria, procesos de paz y desencanto en la posguerra* (Buenos Aires: CLACSO, marzo de 2025).

ISBN Argentina: 978-987-813-994-4 / ISBN México: 978-607-8792-75-7



CC BY-NC-ND 4.0

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

**CLACSO. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales**

**Conselho Latino-americano de Ciências Sociais**

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

# Índice

Introducción .....	9
<i>Mónica Toussaint y Verónica Rueda-Estrada</i>	
El internacionalismo revolucionario en El Salvador. Una mirada desde el testimonio de seis comandantes de la guerrilla .....	25
<i>Emiliano Balerini Casal</i>	
En el exilio también se camina. Taller sobre la identidad de la mujer guatemalteca refugiada en México (1986-1987).....	57
<i>Yosahandi Navarrete Quan</i>	
Utopía, imaginarios y desmovilización. Los comandos de la Contra y el proceso de paz en Nicaragua.....	97
<i>Verónica Rueda-Estrada</i>	
Política y diplomacia. Voces de la lucha revolucionaria y el proceso de paz en El Salvador .....	143
<i>Mónica Toussaint</i>	
La condena de la memoria. Ficción y subjetividad en la posguerra centroamericana .....	187
<i>María del Pilar López Martínez</i>	
Sobre autores y autoras.....	223



## Introducción

Desde mediados del siglo xx la división entre disciplinas ha estado marcada por profundos cuestionamientos que han derivado en una serie de reencuentros. Los saberes sobre el pasado y el trabajo histórico se han abierto a la exploración de fuentes que indaguen sobre lo ocurrido desde la configuración literaria, y ofrecen otra representación de lo ya formulado por la ciencia histórica, haciendo patente en muchos casos, lo que Raymond Williams (1988) llama fenómenos “latentes”, que solo el arte prefigura y que en ciertos momentos de conflictividad social es posible leer como anticipatorios.

La literatura se presenta como forma de cuestionar, interpelar y también dialogar sobre el sentido de la historia reciente. Su desarrollo en el ámbito centroamericano entreteje memorias, episodios revisitados desde lo canónico y no canónico, con urdimbres ficcionales que, con la intertextualidad como recurso primero, remiten al necesario cuestionamiento sobre la importancia que en la actualidad cobran categorías como nación, Estado, democracia, ciudadanía, bien común, utopía, solidaridad, historia y libertad. Categorías que guiaron el espíritu combativo de las luchas de liberación y hoy narran el vacío de referentes ideológicos y la permanencia del caos.

Por otra parte, la historia oral se ha convertido en una metodología fundamental para llevar a cabo un ejercicio académico

riguroso con la finalidad de profundizar en las complejidades de los procesos sociales y en la configuración de subjetividades derivadas de estos procesos. En virtud de que todo testimonio tiene un sentido político, esta metodología cualitativa requiere, a su vez, una sólida reconstrucción del contexto en el cual se desarrolla el testimonio que ha sido recabado a través de las entrevistas en profundidad y, en ocasiones, implica incluso un compromiso político en la tarea de historizar las versiones de actores que no han sido escuchados previamente. El relato de los diversos actores no puede ser ajeno al contexto en el que se desarrolla e implica una toma de posición, pues no solo explica su actividad como individuos, sino que da cuenta de una realidad política y social compleja a la cual se enfrentan. Es lo que Halbwachs (2004) destaca en la formación de la memoria individual, pues esta se ve influenciada, reforzada y aprobada por los recuerdos de los otros.

En este esfuerzo de reconstrucción del pasado reciente coinciden la memoria y la historia las cuales, en el caso de Centroamérica, están profundamente permeadas por un largo periodo autoritario, represivo y de sistemáticas violaciones a los derechos humanos de sus pobladores. De aquí que hayan surgido una serie de investigaciones dedicadas al estudio de la guerra fría en la región, el genocidio en Guatemala, la Revolución sandinista y la Contra en Nicaragua, y la guerra civil en El Salvador, de las cuales este libro forma parte, pues se enmarca en la necesidad de historizar las décadas de la guerra y la búsqueda de la paz en el istmo, en el contexto de las transformaciones en el sistema internacional durante la segunda mitad del siglo xx.

El objetivo de este trabajo consiste en presentar un análisis desde la perspectiva de varias disciplinas y tradiciones como la historia, la antropología, la sociología y la literatura, a partir del eje transversal de la memoria de múltiples expresiones y formas, en el contexto de los conflictos que tuvieron lugar en Centroamérica en las décadas de los setenta y ochenta del siglo xx y sus consecuencias en los años noventa e incluso en la actualidad. Nos interesan

particularmente cuatro momentos: la lucha revolucionaria, la paz como anhelo, el proceso de desmovilización y el desencanto de la posguerra. Para ello, se conformó un grupo de trabajo interdisciplinario e interinstitucional en torno al tema de las relaciones entre memoria, historia y literatura en la región centroamericana, a partir de diversos géneros, desde el testimonial hasta la ficción, para proponer una historia no solo de hechos sino también de sentidos. Se trata de descomponer los acontecimientos del presente para explicarlos por medio de la interpretación histórica y desenrañar la relación entre el sujeto y el objeto de estudio para hacer aparecer el papel y la relevancia de las subjetividades en el proceso de rememorar y valorar sus propias historias.

Creemos que este libro puede constituirse en el germen de próximas investigaciones y seminarios que se afiancen como núcleo de análisis de la memoria, la historia y la literatura en Centroamérica, el cual podría dar lugar a indagaciones individuales y colectivas, y en un futuro a una publicación periódica de divulgación y a la organización de actividades académicas tanto en México como en otros países con la finalidad, no de reconstruir los procesos en sí mismos, sino de explicitar cómo lo recuerdan quienes lo vivieron.

El libro pretende contribuir a los trabajos de construcción de la memoria histórica cuya fuente principal son los testimonios de los actores participantes en los procesos reseñados y, a partir de sus subjetividades e identidades, dar cuenta de diversas temáticas: el papel de los internacionalistas en la región, la vida de las exiliadas durante el conflicto, la desmovilización de los contras, los negociadores del proceso de paz y la producción literaria de la posguerra. Con ello, se busca mostrar las diferentes miradas sin tomar partido por un bando, pero reconociendo la complejidad de los conflictos y las negociaciones que se presentan en palabras de algunos de sus protagonistas, así como de actores marginales u opositores a quienes detentan o detentaron el poder. Se trata pues, de narraciones

que provienen de actores diversos, de distintas posturas de clase, género, etnia y nacionalidad, entre otras.

De la misma forma, esta obra se encuentra profundamente vinculada a las preocupaciones que el grupo de trabajo “El istmo centroamericano: perspectivas epistemológicas periféricas” propone, a partir de impulsar diálogos y cuestionamientos interdisciplinarios que obliguen a mirar, de manera más integral y desde discursos y narrativas no siempre tomadas en cuenta o marginales, los fenómenos políticos y sociales en el istmo.

Es por ello que el libro indaga en las relaciones entre historia, memoria y literatura en Centroamérica a partir de diversos géneros, desde el propiamente testimonial, que tiene que ver con una serie de entrevistas realizadas en distintos momentos con actores participantes en los procesos, hasta el de la ficción, encarnado en las obras literarias escritas a partir de los acontecimientos de la guerra y la posguerra. Busca también dar cuenta de cómo el arte narrativo pone en tensión elementos constituyentes de las memorias, aquellas que abrevan de recuerdos individuales y manifiestan pasajes de memorias colectivas, aquellas que trabajan literariamente para narrar desde la individualización la gestación de una subjetividad liberadora.

Este diálogo señala el necesario aprendizaje sobre el cambio constante y el movimiento permanente de la interpretación y representación sobre el pasado vivido y el pasado narrado. Así, mientras la disciplina histórica tradicional busca llenar vacíos sobre las gestas y procesos definitorios para las naciones, las narrativas sobre la memoria se empeñan en mostrar la imposibilidad de asir una única versión de los acontecimientos: recurre a la memoria sensible y dialoga con las interpretaciones históricas de lo ocurrido, pero su diégesis apunta a la disolución de sentido histórico unívoco.

Son representaciones que desacreditan cualquier intento de erigir la memoria hegemónica y exclusiva como seña de identidad y, en ciertos momentos de desazón, incluso marcan la inutilidad

de indagar en ella para comprender el presente. Es, por tanto, la reafirmación de la imaginación del pasado recordado y del futuro anhelado como sobrevivientes de las guerras pasadas, de los inacabados procesos de paz y del caos actual la que apunta a la necesaria reflexión ética y política desde otros territorios disciplinarios.

Se trabajó con dos metodologías de índole cualitativa que nos permitieron acercarnos a los sujetos, los autores y las fuentes testimoniales. Por un lado, el análisis literario que da cuenta del contenido de las novelas de autores centroamericanos y de la manera en que reflejan la historia de sus países y, por otra parte, la metodología de la historia oral que, a través de entrevistas realizadas por nosotros mismos –o por otras personas– nos permiten indagar en los detalles de los procesos vividos y darle especial importancia al vínculo de los actores políticos y sociales con su historia.

En ambos casos se busca la comprensión y explicación de los procesos históricos recientes a través de la experiencia de los sujetos partícipes en los hechos. En ese sentido, los capítulos presentados combinan el registro, análisis y explicación de las experiencias de los individuos, de gran valor para los estudios sobre memoria de la guerra y posguerra. Y, como ya se señaló, estas fuentes orales usualmente no llegan a formar parte de las exploraciones históricas tradicionales.

En este libro la memoria es fundamental desde el abordaje metodológico, entendida como una herramienta para el estudio y configuración del pasado. La base de la memoria es el recuerdo, que es “en gran medida, una reconstrucción del pasado con la ayuda de datos tomados del presente” (Halbwachs, 2004, p. 71). Hay entonces una tensión entre la memoria autobiográfica y la memoria histórica. La primera es interior, individual, personal, pero requiere de la segunda, una memoria en comunicación con la exterior, por ello más amplia, general, que comprende y aglomera una colectividad; es ahí donde confluyen y se ven influenciadas ambas memorias (p. 55).

Con el fin de establecer un diálogo entre ambas memorias, este libro da la palabra a actores que no habían sido escuchados; en otros, se oyen las diversas voces de quienes ocuparon altos cargos en los movimientos revolucionarios. Al mismo tiempo, se recuperan entrevistas realizadas a actores privilegiados de los procesos, quienes, a través de ellas, revelan detalles que nunca antes se habían atrevido a mencionar. Así, se ponen de relieve las subjetividades de los distintos actores sociales que comparten sus testimonios y enriquecen así la recuperación de la memoria histórica sobre Centroamérica.

A partir del relato de los sujetos y las reflexiones en torno a la experiencia vivida se exploran los aspectos tanto individuales como colectivos presentes en el discurso de los combatientes, los exiliados, los internacionalistas, los contras, los constructores de la paz, todo ello en función de las expectativas y los anhelos en torno a la construcción de una sociedad igualitaria, democrática y pacífica.

De alguna manera, la obra puede verse como una línea de continuidad a partir de la metodología y la temática explorada por Elizabeth Jelin (2002, 2017) y Alessandro Portelli (2016), los planteamientos de la antropología de la memoria de Candau (2002) o los clásicos trabajos de Paul Ricoeur (2003). También abreva de las ideas de pensadores como Beatriz Sarlo (2001, 2005), Zygmunt Bauman (2012), Svetlana Alexiévich (2019), y de teóricos de la literatura centroamericana como Mónica Quijano (2013), Dante Barrientos (2022), Werner Mackenbach y Valeria Grinberg (2018), Magdalena Perkowska (2018, 2019) y Ricardo Roque Baldovinos (2018), entre otros. Asimismo, se retoman aspectos metodológicos de los trabajos de historia oral coordinados por Graciela de Garay (1992, 2017) o del proyecto de historia oral de la diplomacia mexicana que tiene por objeto documentar las trayectorias y experiencias de sus representantes en el exterior.

Así, el libro consta de cinco capítulos, presentados cronológicamente, que buscan dar cuenta de distintos aspectos del devenir

histórico de algunos de los países del istmo: la lucha revolucionaria y el internacionalismo en El Salvador, la identidad de mujeres guatemaltecas exiliadas en México, la desmovilización de los contras y la paz en Nicaragua, los protagonistas de los acuerdos de paz de El Salvador, así como la ficción y la subjetividad en la posguerra centroamericana. Dos de ellos fueron realizados a partir de testimonios y entrevistas realizadas por las personas autoras de los textos con los actores directos de los procesos analizados; y otros dos utilizaron entrevistas realizadas en otros momentos por terceras personas que con un objetivo específico buscaron documentar una cierta temática.

El primer capítulo, de la autoría de Emiliano Balerini “El internacionalismo revolucionario en El Salvador: una mirada desde el testimonio de seis comandantes de la guerrilla”, busca problematizar el fenómeno del internacionalismo revolucionario en Centroamérica el cual, a pesar de haber sido estudiado por algunos autores en los últimos tiempos, estos se centran en señalar el papel de los internacionalistas como fundamental para el triunfo de la Revolución nicaragüense y el desarrollo del conflicto salvadoreño. Sin embargo, uno de los objetivos de este trabajo consiste en demostrar que, si bien su participación fue importante, no fue tan trascendente como se ha dicho y que, en realidad, hubo un intercambio de conocimiento y experiencias mutuas. La voz principal de este capítulo es centroamericana y no internacionalista, ya que normalmente se ha caído en el error de no darle el protagonismo esencial a los verdaderos personajes que contribuyeron a la lucha revolucionaria, y que tras 12 años de conflicto armado hicieron que tanto su gobierno como el de Estados Unidos se sentaran a negociar la paz. Este capítulo es un nuevo acercamiento al estudio del internacionalismo. No pretende dejar sentadas conclusiones definitivas, sino seguir abriendo debates y discusiones que, gracias a la historia oral, permitan entender el papel de las y los ciudadanos extranjeros que se unieron a la guerrilla salvadoreña, especialmente aquellos que provenían de Argentina, a partir del

testimonio de los actores centroamericanos que participaron en el proceso. Los entrevistados Atilio Montalvo (FPL), Eduardo Sancho (RN), Francisco Jovel (PRTC), Jorge Meléndez (ERP), Ana Guadalupe Martínez (ERP) y Dagoberto Gutiérrez (PCS) fueron seleccionados con base en su alta responsabilidad durante la guerrilla salvadoreña. Todos ocuparon cargos de comandantes del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) y, por obvias razones, tuvieron un estrecho contacto con las y los guerrilleros argentinos que participaron en la guerra civil.

El capítulo escrito por Yosahandi Navarrete Quan, “En el exilio también se camina: taller sobre la identidad de la mujer guatemalteca refugiada en México (1986-1987)”, aborda el estudio del taller de identidad de la mujer guatemalteca en el exilio, fundado y coordinado por la antropóloga guatemalteca Stella Quan Rossell, que inició en mayo de 1986 y concluyó en septiembre de 1987. Uno de los aspectos más relevantes del taller fue que las participantes encontraron un espacio donde pudieron expresar sus vivencias y reflexiones personales; también les fue posible comenzar a reconstruir su identidad como exiliadas, no solo desde las vivencias traumáticas. Se trató, sobre todo, de una experiencia sanadora y de aprendizaje. Para la elaboración de este capítulo se tomaron como eje principal los testimonios de las integrantes, además de diversos documentos redactados por Quan Rossell. Gran parte del material forma parte de la investigación de la antropóloga sobre la identidad de la mujer guatemalteca, que comenzó a escribir en 1985 y continuó durante los siguientes 15 años. Los relatos de las participantes habían permanecido guardados en grabaciones, diarios de campo, entrevistas, documentos elaborados por ellas mismas, así como varios artículos de Quan, la gran mayoría inéditos. Todo este material conforma parte del archivo personal de la antropóloga, heredado a sus hijos, Alexei y Yosahandi Navarrete Quan, y son la fuente principal de este trabajo.

El capítulo elaborado por Verónica Rueda-Estrada, “Utopía, imaginarios y desmovilización: los comandos de la Contra y el

proceso de paz en Nicaragua”, parte de reconocer que si bien con el triunfo de Violeta Barrios en las elecciones del 25 de febrero de 1990 se inició un nuevo periodo que, según la propia presidenta, tenía como objetivo la paz y la reconciliación de los nicaragüenses, esto no se cumplió pues el proceso de reconciliación entre los diversos actores de la sociedad no fue establecido como prioridad en la agenda de gobierno. La autora explica que, con el anuncio de la desmovilización de los contras, en los campamentos surgieron dudas sobre su futuro y el de su organización. Hasta ese momento habían imaginado que la paz traería consigo una mejora en la situación económica y en la producción agrícola, al tiempo que se alcanzaría un mayor desarrollo económico. Pensaban que el gobierno recién electo y la comunidad internacional apoyarían los proyectos para los excombatientes, entre ellos los Polos de Desarrollo, una figura productiva que traería progreso a los contras desmovilizados y a sus familias casi como una utopía. En este capítulo se argumenta que estos anhelos no fueron cumplidos, los fondos norteamericanos no llegaron en la cantidad esperada, la cooperación internacional poco pudo hacer ante la desorganización gubernamental y la recuperación económica no se dio a pesar del discurso democratizador y pacifista. Por medio de 21 entrevistas a excontras, realizadas entre 2006 y 2023, se rescata la experiencia, los anhelos e imaginarios de estos excombatientes en el proceso de paz nicaragüense y sus expectativas sobre el proceso de pacificación e inserción y las utopías actuales de personas exiliadas tras la crisis de abril de 2018.

El capítulo de Mónica Toussaint, “Política y diplomacia: voces de la lucha revolucionaria y el proceso de paz en El Salvador”, explica que a finales de los años noventa, la Organización de las Naciones Unidas llevó a cabo un proyecto de Historia Oral por medio de entrevistas a 25 personajes de El Salvador, Nicaragua, México, Venezuela, la ONU y la OEA, quienes participaron en los procesos de paz impulsados por la ONU en Centroamérica. Estas fueron consultadas con la finalidad de establecer un vínculo entre la memoria y

la historia para comprender de mejor manera el pasado y el presente de la geopolítica regional centroamericana, pues en ellas se veían reflejados los significados que los actores políticos del proceso de paz dieron a su participación, pocos años después de firmada la paz en 1992. A partir del análisis de los testimonios de estos actores, se reconstruyeron no solo las dinámicas del proceso de paz en El Salvador con el apoyo de una serie de actores extra regionales, sino que se hizo énfasis en los temas principales que eran el centro de la preocupación de estos actores, así como las expectativas que generaba en ellos la construcción de los procesos de paz.

De las 25 entrevistas se seleccionaron los testimonios de personajes fundamentales para el proceso de paz, tanto de los dos bandos en pugna en El Salvador (el presidente Alfredo Cristiani y Shafik Handal, Ana Guadalupe Martínez, Salvador Samayoa y Rubén Zamora del FMLN-FDR), como de tres diplomáticos mexicanos que participaron en las negociaciones de distinta manera (Manuel Tello, Gustavo Albín y Jorge Montaña). Gracias a sus testimonios se pudo desentrañar la complejidad de la coyuntura política que se vivió en los años posteriores a la derrota de los sandinistas en Nicaragua en 1990 y a la firma de los Acuerdos de Paz de El Salvador en 1992 y, al mismo tiempo, establecer la relación entre los sujetos y su historia.

En el Proyecto de Historia Oral de la Diplomacia Mexicana impulsado a lo largo de varias décadas por la Secretaría de Relaciones Exteriores, el Acervo Histórico Diplomático, el Instituto Matías Romero y el Instituto Mora, se han elaborado historias de vida que dan cuenta de cómo se entrelaza la historia personal de los entrevistados con sus carreras diplomáticas, tanto en el contexto de la Guerra Fría como en los años posteriores a la caída del Muro de Berlín. Sin embargo, en entrevistas a diplomáticos como las que se recogen para la elaboración de este capítulo, el relato se centra en un episodio o negociación específica y ello permite abundar en los detalles para dar cuenta de los entretelones de la vida diplomática. A ello se suman los testimonios tanto de comandantes guerrilleros

como del propio presidente salvadoreño, lo cual permite trascender la visión oficial de los acontecimientos para hacer un recuento detallado de las experiencias de cada una de las partes del conflicto y ofrecer así una visión menos parcial o ideologizada.

Finalmente, en el capítulo elaborado por Pilar López Martínez, “La condena de la memoria. Ficción y subjetividad en la posguerra centroamericana” expone que la literatura centroamericana de los últimos lustros muestra importantes debates sobre las memorias y la historia: su entrecruce, veracidad, necesidad escritural, estrategias narrativas y recepción son algunos de los tópicos que desde finales de los años ochenta, con el auge de lo testimonial y hasta nuestros días, aportan elementos para reflexionar sobre los acontecimientos pasados y la manera en que se traen al presente a través de la escritura. Este texto, situado en el horizonte que la narrativa centroamericana contemporánea ofrece, transita por algunos de los teóricos que han propuesto a la literatura como espacio necesario para construir puentes entre acontecimiento, memoria y literatura, hacia la comprensión del sentido de nuestro presente. Toma para ello obras que siguen géneros literarios y estrategias narrativas distintas, desde lo reconocido como propiamente testimonial, hasta las ficciones que desde los años 90 del siglo pasado han fortalecido la narrativa del istmo. Se abordan particularmente los textos ficcionales *El sueño del retorno*, *Morongu* y *El hombre amansado* del escritor salvadoreño Horacio Castellanos Moya, y se revisitan algunos otros emblemáticos de la narrativa de la posguerra de Guatemala y Nicaragua para bosquejar ese mosaico de territorios en disputa: el que establece la Historia y el fracaso de su sentido libertario propuesto a través de sus narraciones; el que plantea lugares de enunciación particulares y por tanto memorias individuales que dibujan sujetos que irrumpen en el entramado político desde la ética; el que cancela la posibilidad de lo heroico en espacios en los que sus protagonistas renuncian a su lugar de enunciación como portavoces de las verdades; y el que habitan sujetos sometidos por el peso de acontecimientos recientes, imposibles de comprender aunque se regrese al pasado para intentarlo.

Consideramos que estos cinco textos contribuyen a la reconstrucción de una memoria colectiva de los países centroamericanos en las últimas décadas del siglo xx debido a que tanto la historia oral como la literatura son recursos privilegiados para rememorar el pasado, pues recuperan los testimonios de los actores directos de los procesos para presentar en textos históricos o literarios elementos que antes no habían sido revelados o que no se habían encontrado a partir de la investigación en fuentes documentales o hemerográficas, con las cuales, desde luego, hay que contrastar la información vertida en los testimonios.

No pensamos que sólo debamos confiar en la voz y en la memoria del testigo, o que un texto literario sea un reflejo absoluto de la realidad, pero sí creemos en la importancia de documentar lo que no se había dicho antes y en la necesidad de recurrir al testimonio oral y a las fuentes literarias para desarrollar nuevos métodos de indagación y proponer temas novedosos, crear fuentes originales y considerar las opiniones de nuevos actores que enriquecen las aportaciones de la historiografía tradicional.

Ello nos dio la posibilidad de profundizar en una serie de detalles, de analizar las subjetividades, comprender los valores sociales y políticos de una época determinada, vislumbrar los cambios en el escenario internacional, para acercarnos a las décadas pasadas con la mirada de sus actores o de quienes lo han abordado desde la literatura, y así generar una explicación histórica más completa de lo sucedido en los países del istmo, particularmente Guatemala, Nicaragua y El Salvador.

Creemos que, al recuperar la relación de los individuos con su historia, ha sido posible encontrar los significados cualitativos de los relatos y pudimos alcanzar uno de los objetivos fundamentales de la investigación histórica: preguntar a los individuos y a las fuentes, escuchar a los actores y a los documentos, para poder comprender, analizar y explicar los acontecimientos pasados y presentes de una región tan compleja como lo es la centroamericana.

## Bibliografía

- Alexiévich, Svetlana (2019). *Voces de Chernóbil: Crónica del futuro*. Barcelona: Penguin Random House.
- Barrientos Tecún, Dante (2022). “Ficción-No ficción, escritura femenina de lo “real” en *Estrella Polar* de Carol Zardetto”, en *Escrituras (en) femenino en las literaturas centroamericanas, ¿Una cuestión de género?* Raleigh, North Carolina: Department of Foreign Languages and Literatures at North Carolina State University.
- Bauman, Zygmunt (2012). *Socialismo; La utopía activa*. Buenos Aires: Nueva Visión Argentina.
- Candau, Joel (2002). *Antropología de la memoria*. Buenos Aires: Nueva Visión Argentina.
- De Garay, Graciela (1992). *La Historia con micrófono*. México: Instituto Mora.
- De Garay, Graciela (2007). *Para pensar el tiempo presente. Aproximaciones teórico-metodológicas y experiencias empíricas*. México: Instituto Mora.
- De Garay, Graciela, y Jorge Eduardo Aceves Lozano (2017). *Entrevistar ¿para qué? Múltiples escuchas desde diferentes cuadrantes*. México: Instituto Mora.
- Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid, Siglo XXI Editores.
- Jelin, Elizabeth (2017). *La lucha por el pasado - Cómo construimos la memoria social*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Halbwachs, Maurice (2004). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Pressas universitarias de Zaragoza.

Mackenbach, Werner y Valeria Grinberg (2018). “La (re) escritura de la historia en la narrativa centroamericana”, en Héctor Leyva, Werner Mackenbach y Claudia Ferman, *Literatura y compromiso político. Prácticas político-culturales y estéticas de la revolución. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas*. Guatemala: F&G Editores, Tomo IV.

Perkowska, Magdalena y Zavala, Oswaldo (eds.). *Tiranas ficciones. Poética y política de la escritura de Horacio Castellanos Moya*, Pittsburgh, Universidad de Pittsburgh, 2018.

Perkowska, Magdalena (2019). “La infamia de las historias y la ética de la escritura en la novela centroamericana contemporánea.” <[http://istmo.denison.edu/n22/articulos/24\\_perkowska\\_magdalena\\_form.pdf](http://istmo.denison.edu/n22/articulos/24_perkowska_magdalena_form.pdf)>

Portelli, Alessandro (2016). *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo*. Argentina: Universidad Nacional de La Plata.

Ricoeur, Paul (2003). *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Editorial Trotta.

Roque Baldovinos, Ricardo (2018). “Un duelo por la historia: la saga de la familia Aragón”, en *Tiranas ficciones. Poética y política de la escritura de Horacio Castellanos Moya*, Magdalena Perkowska y Oswaldo Zavala (Eds.). Pittsburgh: Universidad de Pittsburgh.

Quijano, Mónica (2013). “Literatura Nacional e identidad. Del paso de una memoria unificada a la proliferación de memorias plurales”, en *La tradición teórico-crítica en América Latina, Mapas y perspectivas*, Rodrigo García de la Sienra, Mónica Quijano, Irene Fenoglio (coords.). México: Bonilla Artigas Editores.

Sarlo, Beatriz (2001). *Tiempo presente*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Sarlo, Beatriz (2005). *Tiempo pasado: Cultura de la memoria y giro subjetivo*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Williams, Raymond (1988). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ediciones Península.



# El internacionalismo revolucionario en El Salvador

Una mirada desde el testimonio de seis  
comandantes de la guerrilla

*Emiliano Balerini Casal*

Este capítulo se propone establecer la relevancia que tuvo el internacionalismo revolucionario argentino durante la guerra civil de El Salvador, desde su inicio en 1980 hasta la firma de los Acuerdos de Paz en 1992. Para ello, emplearemos como fuente principal seis entrevistas con comandantes guerrilleros, realizadas por el autor de este texto durante la elaboración de su tesis doctoral en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).<sup>1</sup>

Atilio Montalvo, Eduardo Sancho, Jorge Meléndez, Francisco Jovel, Dagoberto Gutiérrez y Ana Guadalupe Martínez fueron seleccionados entre más de 40 comandantes entrevistados para la tesis doctoral, por una razón: ocuparon altos mandos en el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) y convivieron con los y las internacionalistas que apoyaron la revolución salvadoreña.

<sup>1</sup> Balerini, Emiliano (2020). *Argentina en el conflicto Centroamericano: de la dictadura militar al internacionalismo revolucionario*. (Tesis de doctorado) México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Definimos a los internacionalistas como aquellas personas que, tras militar en alguna organización política y armada de su país contra un gobierno totalitario y dictatorial, se exiliaron y posteriormente se unieron a alguno o varios movimientos armados de otros países (Balerini, 2011 y 2020). Si bien estos hechos los encontramos en los principios de la Internacional Comunista impulsados por Vladimir Lenin,<sup>2</sup> en la práctica diaria la mayoría de las y los internacionalistas argentinos, que son nuestro objeto de estudio, se inspiraron en el ideario de Ernesto Che Guevara: crear muchos Vietnam en América Latina.

Por otro lado, es necesario recordar que el internacionalismo revolucionario, en particular el latinoamericano, participó en las guerrillas centroamericanas después de acumular derrotas en sus países de origen. Desde Argentina hasta Chile, pasando por Uruguay, Colombia, Venezuela, Brasil y México, entre otros, las y los guerrilleros venían de experiencias poco afortunadas y encontraron en Nicaragua, principalmente, El Salvador y Guatemala, las motivaciones para seguir con su lucha.

Ese mismo internacionalismo pertenecía a una generación marcada por el triunfo de la Revolución cubana en 1959 y, en especial por la figura del Che Guevara, asesinado el 9 de octubre de 1967 en Bolivia, mientras llevaba adelante su última experiencia revolucionaria. Asimismo, tenía una fuerte influencia de las Brigadas Internacionales que participaron con los republicanos en la guerra civil española (1936-1939) y las Brigadas Rojas de Italia (1970-1988).

El contexto internacional en el que se desarrollaron marcó a sangre y fuego su desarrollo: la lucha por los derechos civiles entre 1954 y 1968 y el movimiento *hippie* de los años sesenta en Estados Unidos; la Revolución cubana en 1959; el Mayo francés, las revueltas de Praga, Berlín y la masacre de Tlatelolco, en México, el

<sup>2</sup> Se puede ver una referencia de esto en: Raggioneri, E. (2010). *La Internacional Comunista. Tesis, manifiestos y resoluciones de los cuatro primeros congresos (1919-1922)*. Madrid: Colección Clásicos del Marxismo. Fundación Federico Engels.

2 de octubre de 1968; el Cordobazo, el Rosariazo y el Tucumanazo de Argentina en 1969, la Revolución de los Claveles de Portugal en 1974, el *boom* de la literatura latinoamericana de los años sesenta y setenta, y el movimiento de ruptura en las artes plásticas de los setenta, entre otros.

Es así como analizamos los hechos desde una perspectiva centroamericana que reivindica la memoria histórica, el testimonio y la historia oral, y busca desentrañar los aportes y aprendizajes que tuvo el internacionalismo desde la óptica de estos seis comandantes guerrilleros. En este sentido, el trabajo se encuentra dividido en cuatro apartados: la importancia de la entrevista en la historia oral; contexto salvadoreño; contexto argentino y aportes de las y los internacionalistas a la lucha armada salvadoreña.

Cabe destacar que las entrevistas que empleamos como principal fuente de este trabajo nos permitirán tener una diversidad de opiniones sobre el tema analizado, y, por lo tanto, enriquecen con sus coincidencias y contradicciones el artículo. Nuestras fuentes no necesariamente piensan lo mismo del internacionalismo revolucionario, pero valoran su participación en el conflicto centroamericano en general, y en la guerra civil salvadoreña en particular.

## **La entrevista en la historia oral**

La historia oral es la metodología científica que se apoya en la memoria, los testimonios y recuerdos de las personas para hablar sobre un hecho determinado del que ya han pasado varios años. Asimismo, tiene el objetivo de darle voz a las y los sin voz, a los derrotados en la historia. Esto no es un hecho menor, pues la historia en el mundo siempre ha estado escrita o mayoritariamente se ha escrito por los triunfadores, por lo tanto, tiene una carga simbólica que busca que las sociedades entiendan los conflictos socioculturales desde una perspectiva: la ganadora.

De hecho, coincidimos con Graciela de Garay cuando señala sobre esta disciplina en la introducción del artículo: “La entrevista de historia oral: ¿monólogo o conversación?”:

Cuando los historiadores comenzaron a hacer entrevistas a testigos y actores directos del acontecer contemporáneo para obtener información no incluida en los archivos documentales, en los textos impresos o en las versiones oficiales de lo ocurrido, los investigadores coincidieron en definir a la nueva actividad como historia oral. Escuchar a partir de las propias palabras, voz y gestos de la gente la “historia experimentada” parecía algo inaudito. La historia oral devolvía a los individuos su papel en la historia y recuperaba la subjetividad que la historia tradicional negaba por ser incompatible con la construcción del conocimiento científico y por pertenecer al ámbito de la literatura (De Garay, 1999, p. 82).

Con el desarrollo de la historia oral como metodología científica se le fue dando paso a las voces del pueblo: al campesinado, a las personas obreras, a las y los trabajadores, a la guerrilla, a las y los derrotados, a las y los protagonistas de una sociedad que no está vinculada al poder económico ni político, y, que, por otra parte, se tiene que desenvolver en medio de los conflictos que trae consigo el quehacer diario de la vida y del sistema capitalista neoliberal, cada vez más deshumanizante e individualista.

Ronald Grele (1998) define entonces la entrevista de historia oral como una “narrativa conversacional”. De Garay retoma lo dicho por Grele y explica:

Se dice que es conversacional por la relación que se establece entre entrevistado y entrevistador y narrativa por la forma de exposición - el que se cuenta, relata o narra una historia. Pero debe quedar claro que esta narrativa conversacional es diferente a una autobiografía, una biografía o una memoria porque las conversaciones grabadas mediante la entrevista de historia oral son el resultado de una actividad conjunta, de una negociación entre entrevistado y entrevistador,

organizada a partir de las perspectivas históricas de ambos participantes (De Garay, 1999, p. 85).

Esa voz de las y los protagonistas se debe escuchar a través de las entrevistas realizadas para cualquier proyecto de historial oral. Por ello, estas ocupan la centralidad de cualquier trabajo de este tipo. Alessandro Portelli se refiere a la importancia de las entrevistas en esta disciplina durante una charla con Paulo Álvarez para la revista *Kamchatka*.

Mi mentor Gianni Bossio, que era un historiador alternativo, socialista de izquierda, que fundó todo el movimiento de historia oral y popular en Italia, hablaba del intellettuale rovesciato, el intelectual al revés [...] La primera cosa que el intelectual al revés hace, es escuchar. A mí me parece que la historia oral es exactamente un arte de la escucha. La entrevista de la historia oral es una experiencia de aprendizaje [...] Cuando estás intentando aprender un poquito, la gente está muy dispuesta a ayudar, todo el trabajo de campo de la historia oral es un trabajo de aprendizaje y de esfuerzo, de estudio e interpretación. El tipo de poder que los intelectuales tenemos no es sobre los narradores, es el relato que recibimos de ellos porque podemos amplificarlo y ponerlo en el discurso colectivo, oficial (Álvarez Bravo, 2017, p. 546).

Por su parte, David Mariezkurrena dice que podemos encontrar antecedentes de la historia oral –aunque no fuera nombrada de esa manera–, desde Heródoto, quien narró las guerras médicas a partir de la recopilación de diferentes testimonios, y Tucídides, quien escribió sobre el conflicto en el Peloponeso. Además: “Los cronistas medievales tampoco desdeñaron el testimonio oral, incluso en el siglo XVIII, el ilustrado Voltaire se sirvió tanto de fuentes escritas como del relato de testigos para redactar su libro *El siglo de Luis XVI*, al igual que [Jules] Michelet escuchó a su padre para entender mejor el espíritu de la Revolución [francesa]” (Mariezkurrena, 2008, p. 227).

Qué sería del tema que a nosotros nos ocupa en este capítulo: las guerras civiles centroamericanas, los movimientos armados y el internacionalismo argentino, sin los testimonios que le han dado un sentido al dolor, a la lucha y a las ideas de los pueblos para encontrar el sendero a la libertad contra la opresión que siempre ha ejercido el sistema capitalista y neoliberal. Libros como *Memorias de un guerrillero. Comandante Balta*, de Juan Ramón Medrano Guzmán; *El Salvador, el soldado y la guerrillera*, de Óscar Martínez; *Tomamos la palabra: Mujeres en la guerra civil de El Salvador (1980-1992)*, editado por la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”, de El Salvador; *Memorias de Enrique Gorriarán Merlo*, escrito por el propio protagonista y *El Salvador, testimonios de guerra*, de Ariel Romero, son ejemplo de ello.

Es decir, las interpretaciones de esos hechos pueden ser una fuente riquísima de información, y esto solo nos lo puede dar la mirada particular de cada fuente oral. Por supuesto, esto no significa que nuestros trabajos carezcan de disciplina y rigurosidad académica, todo lo contrario. Las obras que emplean la oralidad y el testimonio como fuente principal nos acercan a nuestro objeto de estudio y nos introducen en sus miradas y perspectivas; esto es, en sus experiencias de vida.

En este sentido, la historia oral propone una metodología que se debe seguir. Graziella Altamirano nos dice al respecto:

El proyecto, según sus objetivos e hipótesis, tiene como función dirigir la investigación a través de la entrevista, precisar a qué personas entrevistar, qué preguntas formular y cómo efectuar el tratamiento de cada caso. La historia oral cuenta con criterios elásticos para su aplicación, dichos criterios dependen del proyecto y de los objetivos del trabajo. En cada caso particular se determinará si es conveniente o indispensable la realización de entrevistas que cubran, ya sea toda la trayectoria de la vida de las personas entrevistadas, o bien, solo una etapa específica. Optar por la historia oral depende del tipo de preguntas formuladas sobre el objeto de estudio y también de que exista una situación viable para que se lleve a efecto la investigación.

En este sentido, es necesario contar con sujetos no solo vivos, sino disponibles y en condiciones de proporcionar información (Altamirano, 1994, pp. 62 y 63).

Altamirano comenta, además, cómo se debe hacer una guía para las entrevistas que se realicen en el proyecto de historial oral que se decida realizar:

La guía temática general debe contener una amplia visión de lo que ya se sabe sobre el objeto de estudio y de aquello que se quiere indagar a través de las entrevistas. Es importante formular a todos los entrevistados las preguntas, consideradas como generales, lo que no significa que serán tratadas de la misma forma en todas las entrevistas ni tampoco que tendrán el mismo peso en todas las informaciones. Antes bien, ello permitirá justamente que se puedan comparar versiones diferentes sobre el mismo asunto, producto de las posiciones también distintas de los entrevistados. Si bien la guía contiene las preguntas de lo que se quiere saber, obviamente nadie va a responderlo todo. Hay que tomar en cuenta que este instrumento de trabajo es como la materia prima que se va adaptando a cada entrevistado. Si así conviene, en la elaboración de la guía se podrá hacer una periodización del tema, una zonificación y una determinación de las áreas temáticas (Altamirano, 1994, p. 64).

Un hecho que no podemos dejar de obviar, es que con el paso de los años y el desarrollo de esta disciplina, se ha logrado poner en cuestionamiento la supuesta objetividad del trabajo historiográfico como hecho científico. En este sentido, Graciela de Garay lo explica bien:

A medida que los historiadores orales avanzaban en la aplicación de esta metodología y tomaban más en cuenta los planteamientos de la nueva teoría de la historia, la necesidad de replantear una definición de la entrevista de historia oral devino un compromiso central para sus practicantes. Así, la historia oral ha cuestionado la objetividad defendida por la historia científica o positivista y ha puesto en tela de juicio la tarea de la historia como forma de explicación de la realidad

a partir de leyes, para sugerir en cambio una historia interesada en las interpretaciones, entendidas como conocimiento con consenso de verdad, elaboradas por sujetos, actores y objetos de la historia (De Garay, 1999, p. 83).

Finalmente, en este apartado del artículo nos queremos referir al momento de la realización de una entrevista. Todo encuentro entre entrevistado-entrevistador tiene un contexto determinado y un momento particular. Esto es necesario respetarlo y entenderlo, porque de lo contrario, no se podrán apreciar y aprovechar de mejor manera los testimonios que nos brinden nuestras fuentes orales.

Es indispensable que durante el encuentro entre el entrevistado-entrevistador, el primero aprenda a escuchar al segundo; comprenda sus palabras, el sentido que le da a estas al hablar de un tema determinado. Nuestros entrevistados, por ejemplo, hablan del internacionalismo revolucionario con gratitud. Destacan su nobleza, valentía y solidaridad. Pero, sobre todo, el aprendizaje mutuo que tuvieron en la lucha contra las dictaduras de sus países.

A continuación, aplicaremos esta metodología para analizar tanto el contexto salvadoreño como el contexto argentino, al tiempo que presentaremos los aportes de las y los internacionalistas a la lucha armada salvadoreña.

## **Contexto salvadoreño**

Desde mediados de la década de los cuarenta, en El Salvador comenzó una crisis social, política, económica y cultural llena de tensiones y contradicciones entre las clases populares, medias y poderosas del país. Mientras los primeros buscaban tener una vida más confortable y lejos de la miseria, los segundos, encabezados por estudiantes e intelectuales, defendían los derechos de la población, y finalmente, los grupos del poder económico, pretendían

garantizar su riqueza, anclada en la explotación de las otras clases sociales. En este sentido, Guillermo Ungo, explica:

La lucha en El Salvador tiene una larga historia con una causalidad fundamentalmente interna y un permanente actor externo, el gobierno de Estados Unidos, que recientemente se ha interiorizado en nuestra realidad nacional y en sus centros de poder. Gobiernos oligárquico-militares han sostenido estructuras injustas que excluyen a las mayorías populares de la participación real en las decisiones que afectan a la vida social, económica y política (Ungo, 1984, p. 143).

A partir del 21 de octubre de 1944 se impulsaron diferentes golpes de Estado que entre otras cosas plantearon una reforma constitucional en 1950 denominada “Modernización social y económica de El Salvador”, la cual se venía gestando en toda la región centroamericana luego del final de la Segunda Guerra Mundial “y que pretendía un cambio en el modelo de desarrollo, pasando de la agroexportación a la industrialización y la integración económica regional, a la vez que se diversificaba la agricultura de exportación. Simultáneamente se intentó cierta apertura al sistema político que no logró superar los obstáculos del autoritarismo, el anticomunismo y los condicionamientos geopolíticos de la Guerra Fría” (Turcios, 2003, citado en López Bernal, 2017, p. 104).

Luis Armando González comenta: “La junta de gobierno [de 1944] encabezada por el general Andrés Ignacio Menéndez se empeñaba por lograr un proceso pacífico de transición hacia un régimen democrático, pero el problema principal fue el obstructionismo de aquellos grupos de poder y de los militares quienes, so pena de socavar el poder político acumulado en sus manos, no estaban dispuestos a tolerar la instauración de un régimen democrático” (González, 1999, p. 45).

A ello se sumó, que pese a los intentos del gobierno por superar las crisis internas que se venían acumulando desde hacía varias décadas entre las tres clases sociales, miles de salvadoreños se refugiaron en otros países, como Honduras. Ello provocó un

enfrentamiento entre ambas naciones entre el 14 y el 18 de julio de 1969. Conocido como la guerra del fútbol o la guerra de las cien horas, esta tuvo un costo muy alto para El Salvador, pérdidas humanas y económicas. Según Yudy Montoya Blanco “el país gastó al menos la quinta parte de su presupuesto anual, por lo que en los siguientes años se recaudó para compensar los gastos de la guerra, profundizando aún más la presión social” (Montoya Blanco, 2020, p. 11). En este sentido, González añade:

Desde 1948 hasta 1979, los militares fueron incapaces de tomar conciencia sobre las necesidades sociales, políticas y económicas del país y de que estas, a su vez, exigían no solo reformas estructurales, sino también de una apertura política que solo podía hacerse efectiva con el apoyo del estamento militar. No valoraron adecuadamente el poder político y económico de los grupos productores-exportadores de café, a partir del cual estos podían impedir cualquier tipo de reforma. Los militares pudieron haber jugado un papel crucial en este proceso, tal y como lo hicieron en otros países de América Latina, pero en El Salvador no lo hicieron. En cambio, durante las tres décadas siguientes, los militares controlaron la sociedad sin llegar a dominarla. No lograron convertirse en el actor hegemónico que podría reemplazar a la oligarquía; perdieron varias oportunidades de formar coaliciones importantes e impidieron el que otros las formaran (González, 1999, p. 47).

Paralelamente, como lo hemos dicho antes, la Revolución cubana inspiró el desarrollo de nuevos movimientos guerrilleros en América Latina, ante las graves desigualdades que se estaban gestando en el mundo, y en especial en esta región del planeta. Mientras, en las montañas de Colombia nacían en 1964 las Fuerzas Revolucionarias Armadas de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP); en 1965 se creaba en Uruguay el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros; en 1970 surgía en Argentina la agrupación Montoneros y, en 1980, aparecía en El Salvador el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN).

Dicho frente surgió de la conformación de cinco agrupaciones guerrilleras: las Fuerzas Populares de Liberación “Farabundo Martí” (FPL), el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), la Resistencia Nacional (RN), el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC) y el Partido Comunista Salvadoreño-Fuerzas Armadas de Liberación (PCS-FAL). Su objetivo era derrocar a la Junta Revolucionaria de Gobierno (JRG), nombre con el que se conoció a los tres gobiernos de facto que administraron el país entre el 15 de octubre de 1979 y el 2 de mayo de 1982, encabezados por Adolfo Arnoldo Majano, Jaime Abdul Gutiérrez Avendaño y José Napoleón Duarte.

Durante las tres décadas que gobernaron los militares, entre 1944 y 1979, fueron incapaces de generar mejores condiciones de vida para los salvadoreños. Por el contrario, la crisis social se profundizó debido a la alianza que las fuerzas armadas hicieron con las clases dominantes para evitar que se llevaran a cabo las reformas estructurales que el país requería. Asimismo, dice González que: “no lograron convertirse en el actor hegemónico que podría reemplazar a la oligarquía; perdieron varias oportunidades de formar coaliciones importantes e impidieron el que otros las formaran” (González, 1999, p. 48).

En este sentido, la irrupción del FMLN en la vida cotidiana de los salvadoreños fue un aliento de esperanza, pues ya habían visto en el triunfo sandinista del 19 de julio de 1979 que un cambio era posible mediante la revolución armada. La organización de dicha guerrilla tuvo una mayor presencia en las áreas rurales debido a que sus bases políticas organizadas históricamente se encontraban en el campo. Además, el apoyo logístico, adiestramiento en campamentos guerrilleros y armamento ligero, se hallaba en esas regiones.

Por otro lado, la guerrilla encontró en los centros urbanos un gran anclaje para masificar su lucha. Las huelgas obreras, las manifestaciones y las movilizaciones sociales en contra de la represión del Estado y en rechazo al apoyo de Estados Unidos a la guerra

y a que esta se inscribiera en el conflicto Este-Oeste fueron fundamentales para que la guerra lograra perdurar 12 años.

En ese contexto, Ignacio Martín Baró explica que “desde mediados de diciembre de 1980, el FMLN empieza a anunciar una ofensiva general. La población salvadoreña es invitada a incorporarse a los Comités de Defensa Popular, y se le indica que debe prepararse y almacenar provisiones para los días venideros. Se anuncia también la próxima salida al aire de *Radio Liberación*, voz oficial del FMLN, cuya misión será ‘orientar al pueblo en las batallas decisivas que se avecinan’” (Martín Baró, 1981, p. 19).

Es así que, tras el triunfo sandinista en Nicaragua y la participación de las y los internacionalistas durante la guerra, el FMLN sumó a su lucha el apoyo de guerrilleros extranjeros que lograron intercambiar experiencias con los combatientes salvadoreños con un solo propósito: derrotar a la dictadura militar y a sus aliados.

## Contexto argentino

Para comprender los motivos que provocaron que decenas de jóvenes argentinos y argentinas participaran en El Salvador como internacionalistas, es necesario entender el proceso social que atravesaron en su país, desde el golpe de Estado de 1966-1973, encabezado por Juan Carlos de Onganía (1966-1970), Roberto Marcelo Levingston (1970-1971) y Alejandro Agustín Lanusse (1971-1973), que depuso de la presidencia al mandatario Arturo Illia (1900-1983), hasta el *putch* de 1976-1983, que dirigieron Jorge Rafael Videla, Eduardo Emilio Massera y Orlando Agosti y que derrocó a María Estela Martínez de Perón.

El 24 de marzo de 1976, las fuerzas armadas en su conjunto dieron un nuevo golpe de Estado. Autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional (PRN)”, el *putch* fue encabezado por el teniente general Jorge Rafael Videla, el almirante Eduardo Masera y el brigadier Orlando Agosti, y tuvo el apoyo de amplios sectores

empresariales y católicos. De ahí que cuando en la actualidad se habla de este periodo histórico (1976-1983) se lo nombra como la dictadura cívico-eclesiástico-militar.

El objetivo del golpe fue imponer un proyecto económico neoliberal que no se podían implementar de manera pacífica, igual que había sucedido con otros países de la región, como Chile, Uruguay, Paraguay y Brasil, entre otros, que vivían contextos similares.

Para justificar los cambios económicos propuestos por la Junta Militar, las fuerzas armadas encontraron en las agrupaciones político militares y en los movimientos sociales a su mejor enemigo, dado que el contexto político desde finales de los años sesenta y principios de los setenta era de constante ebullición y crecimiento, especialmente en la guerrilla urbana y el foco guerrillero que tenía el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) en el norte del país.

Dado que este capítulo pretende retratar el papel que jugaron las y los internacionalistas en el proceso revolucionario salvadoreño, no entraremos en más detalles sobre la política económica de la Junta Militar, ni sobre las diferencias que había sobre el tipo de proyecto que debía aplicarse; tampoco abundaremos en los desacuerdos que existieron entre las fuerzas armadas sobre el tema, aunque consideramos que para otro tipo de trabajos son muy importantes, pues plantean la complejidad que supuso el armado de la Junta Militar.

Montoneros, el ERP, las FAR y OCPO, entre otras, surgieron de distintas propuestas políticas, pero con un mismo objetivo: derrocar a las dictaduras, primero a la de Onganía, Levingston y Lanusse (1966-1973) y posteriormente a la de Videla, Massera y Agosti (1976-1983). Montoneros, además, tenía otro propósito: terminar con los 18 años de proscripción de su líder político: Juan Domingo Perón, exiliado en Madrid, y quien pudo regresar al país en 1972.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que para cuando se dio el golpe de Estado de 1976, las guerrillas prácticamente estaban desarticuladas, ya que desde que José López Rega, mano derecha de Juan Domingo Perón y de Isabelita, creó la Triple A en 1974, cientos

de jóvenes que militaban dentro de organizaciones políticas o armadas fueron asesinados o asesinadas.

Finalmente, tampoco podríamos comprender las razones que los cientos de internacionalistas tuvieron para seguir luchando tras la dura derrota sufrida en su país y apenas habiendo logrado sobrevivir. El internacionalismo revolucionario se repuso al golpe recibido, se organizó desde el exilio y se integró a las guerrillas centroamericanas, principalmente, porque representaban, por un lado, un faro de esperanza en sus objetivos, y, por otra parte, la posibilidad de seguir combatiendo para lograr un mundo más igualitario y destruir el sistema capitalista.

Los internacionalistas argentinos, que participaron del proceso revolucionario salvadoreño en particular y centroamericano en general, venían de sufrir una gran derrota en su país. La dictadura, que no había terminado, cuando ellos llegaron al istmo había dejado miles de desaparecidos, exiliados y detenidos. Por ello, cuando los guerrilleros argentinos se integraron a los movimientos armados centroamericanos no sólo encontraron un faro de esperanza para su proyecto revolucionario, sino que hallaron en esa experiencia la posibilidad real de hacer una revolución armada apoyada por las masas, especialmente en El Salvador y Nicaragua. En sus *Memorias de Enrique Gorriarán Merlo. De los setenta a La Tablada*, el comandante del Ejército Revolucionario Popular (ERP), explica la influencia que ejerció en ellos la guerrilla guatemalteca, especialmente las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR). Montoneros, por su parte, se acercó al proceso revolucionario de esa región a partir del contacto que tuvieron en Cuba con los líderes de FMLN y el FSLN, y su participación estuvo enmarcada como parte del regreso a Argentina para seguir luchando. Finalmente, las y los guerrilleros que se acercaron a El Salvador, Nicaragua y Guatemala de forma independiente lo hicieron a partir de los contactos que llegaron a tener en países donde estaban exiliados, como México y Suecia, entre otros.

## **Encuentro entre el internacionalismo argentino y la guerrilla salvadoreña**

Como dijimos anteriormente, el internacionalismo revolucionario argentino que se integró a los movimientos armados de América Central venía derrotado por la dictadura de su país. Los militantes que no se encontraban desaparecidos, se hallaban muertos, en la cárcel o en el exilio. La Junta Militar había logrado en el primer año de su mandato destruir a la guerrilla, y si bien quedaban algunas células, estas no eran lo suficientemente representativas para ejercer una fuerte oposición a las fuerzas armadas. Excepto la Contraofensiva<sup>3</sup> lanzada por Montoneros en 1978 y que fracasó, ninguna otra agrupación guerrillera tuvo en ese momento la capacidad organizativa para oponerse militarmente a la dictadura.

En el exilio las organizaciones militares se rearmaron y recontraron. Por ejemplo, en México crearon la Casa Argentina de Solidaridad (CAS) y el Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA). A ambos espacios acudían los exiliados de las diferentes organizaciones guerrilleras (Luque, 2021, p. 140). Por otra parte, en países como Venezuela, Panamá, Cuba, Francia, Italia, Suecia y España sucedieron experiencias similares de encuentro entre los desterrados. Fue en esos lugares donde el exilio argentino se encontró con los movimientos armados de América Central y decidió participar de ellos.

Su llegada al istmo fue de diferentes formas. Aunque la mayoría llegó a través de una invitación por parte de las dirigencias del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) o el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), algunos lo

<sup>3</sup> Para mayor referencia consúltese: Confino, E. (2018). *La contraofensiva estratégica de Montoneros. Entre el exilio y la militancia revolucionaria (1976-1980)*. (Tesis de doctorado). Buenos Aires, Argentina: Universidad Nacional de General San Martín. Instituto de Altos Estudios Sociales.

hicieron de manera individual y otros de forma agrupada, especialmente los integrantes del ERP y Montoneros (Balerini, 2020, p. 182).

De forma individual encontramos dos casos: José Ramón Morales (Pepe Morales) y Carlos Balerini García (el flaco Francisco), quienes desde enero de 1978 se integraron en la formación de cuadros guerrilleros nicaragüenses y salvadoreños en Costa Rica, así como luchando en los frentes de guerra. Mientras que el primero de ellos cayó en un combate con la Guardia Nacional somocista un año después, en 1979, en la frontera con Costa Rica, el segundo –quien dejó una carta donde relató cómo murió Morales, ya que se encontraba con él durante el hecho–, fue secuestrado y posteriormente desaparecido el 8 de agosto de 1981, en Tegucigalpa, Honduras, justo cuando en ese país había asesores militares argentinos ayudando a formar el Batallón de Inteligencia 3-16 (Balerini, 2020, pp. 129-167).

Asimismo, arribaron a Costa Rica para colaborar con los sandinistas o los salvadoreños, José Sbezzi (el Gordo Pepe) y Ana María Pizarro (la Gringa), entre otros, quienes venían del movimiento sindical anarquista de Córdoba, Argentina. Y, al igual que Morales y Balerini, fueron invitados a participar en las guerrillas del istmo por Raúl Cuestas, uno de los dirigentes montoneros en Costa Rica e impulsor, entre otros, de *Radio Noticias del Continente*.

Los integrantes del ERP, por su parte, arribaron a Centroamérica, específicamente a Nicaragua y Guatemala, hacia finales de abril y principios de mayo. Lo hicieron tras una serie de discusiones internas donde se dividieron entre los que entendían, como Luis Matini,<sup>4</sup> que la lucha armada no se podía seguir dando y los

<sup>4</sup> Fue activista sindical en la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE), en el Sindicato Autónomo de Obreros de la Construcción Naval y en la Unión Obrera Metalúrgica (UOM). En 1968 ingresó al Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), en la seccional Zárate, provincia de Buenos Aires. En 1970 participó de la fundación del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), como delegado en el V Congreso. A partir de 1972 integró el Buró Político del PRT-ERP, haciéndose cargo de diversas responsabilidades. En julio de 1976 se convirtió en el secretario general del PRT-ERP. En

que creían, como Enrique Gorriarán Merlo,<sup>5</sup> contrariamente a esa idea, que a pesar de la derrota en Argentina se tenía que profundizar el enfrentamiento contra el imperialismo, nos dijo Antonio, un internacionalista de esa agrupación militar argentina que integró las células que participaron en Nicaragua y Guatemala, durante una entrevista realizada en el partido de Lanús, provincia de Buenos Aires, en julio de 2017 (Antonio, 2017).

Los internacionalistas argentinos que participaron en el conflicto interno de Guatemala y las guerras civiles de El Salvador y Nicaragua lo hicieron porque, como hemos mencionado, encontraron en esos países una luz de esperanza para su proyecto revolucionario. Venían derrotados de su país, estaban exiliados (Yankelevich, 2016, pp: 11-31), tenían a cientos de compañeros desaparecidos, asesinados y encarcelados, por lo que especialmente

---

septiembre de ese año se exilió con el fin de reorganizar el partido desde el exterior. En esos años vivió en Italia, España y México. A principios de 1980 renunció al partido. A finales de ese año, solicitó el asilo como refugiado político en el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (Acnur), dependiente de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), que lo destinó a Suecia. Volvió a la Argentina en marzo de 1986. En esos años tuvo una breve militancia en el Partido Comunista (PC), donde dirigió la revista *Ideología y Política*. Ya en la década del noventa se acercó a la experiencia de grupos autónomos como el Movimiento Amplio de Transformación Argentina (MATE), fue uno de los fundadores y docente de la cátedra libre “Che Guevara”, en la Universidad de Buenos Aires (UBA), y siguió publicando libros y ensayos.

<sup>5</sup> A mediados de la década de 1960, siendo estudiante de Ciencias Económicas, se incorporó a la vida política como militante de Palabra Obrera, el grupo trotskista dirigido por Nahuel Moreno que se fusionará con el Frente Revolucionario Indoamericano Popular de los hermanos Santucho, y que posteriormente dio lugar origen al PRT. Tras la división de esta fuerza en 1968, acompañó la posición guerrillera de Mario Santucho que se opuso al insurreccionalismo de Moreno. En 1970 fue elegido delegado por la regional Rosario del V Congreso del PRT. En dicho evento se votó la creación del ERP y Gorriarán fue designado como uno de los jefes militares de la guerrilla. Luego del golpe de Estado y de la muerte de Mario Santucho en 1976, Gorriarán ocupó un lugar en la dirección del PRT-ERP, donde encabezó una de las fracciones que dividió dicho partido en el exilio. Los militantes que lo seguían se sumaron en mayo de 1979 a la Revolución sandinista, ayudando en su contrainteligencia. En septiembre de 1981, junto a un pequeño grupo de militantes, ajustician a Anastasio Somoza, dictador nicaragüense, que se encontraba viviendo prófugo en Asunción en Paraguay.

Nicaragua y El Salvador representaron para ellas y ellos la posibilidad de volver a sentirse vivos ante el halo de muerte y derrota que los rodeaba.

Su llegada a los países del istmo suscitó una serie de reacciones positivas dentro de las organizaciones guerrilleras y de sus comandantes. Entre otras cuestiones permitió que los milicianos centroamericanos tuvieran una mejor formación militar, pues una de las principales labores que tuvieron las y los internacionalistas fue la de entrenar militarmente a los futuros cuadros armados y combatir en los frentes de guerra de la región.

Estas dos actividades las pudieron hacer porque ya tenían un bagaje militar importante a partir de experiencias previas como la del Ejército Guerrillero del Pueblo de Argentina, cuyo dirigente, Jorge Massetti, estableció, entre 1963 y 1964, un foco guerrillero que respondía a las ideas guevaristas en la provincia argentina de Salta. También por la propia experiencia que El Che tuvo en Bolivia en 1967 y que acabó con su asesinato.

A pesar de que estas dos acciones fracasaron rápidamente, ambas inspiraron a cientos de jóvenes de América Latina y, en particular de Argentina, a seguir por la misma línea planteada por uno de los líderes de la Revolución cubana. En vez de sentirse desorientados por su asesinato, entendieron que el camino era el de la guerra, y que ya fuera de manera foquista o a lado de la lucha de masas, tenían que seguir preparándose en la materia.

Por ello, cuando los argentinos llegaron a América Central, ya tenían la experiencia necesaria para enfrentarse a ejércitos regulares aplicando la metodología de Guerra de guerrillas. A pesar de ello, es necesario aclarar que si bien su participación fue importante, no fue trascendental para el triunfo del FSLN del 19 de julio de 1979, ni para que la guerra salvadoreña se lograra extender hasta la Ofensiva Final de noviembre de 1989. Mucho menos para que el conflicto interno guatemalteco siguiera hasta los acuerdos de paz en 1996 (Balerini, 2020, p. 232).

Por el contrario, el encuentro entre las guerrillas centroamericanas y el internacionalismo supuso distintas reacciones para los protagonistas, entre ellas preguntarse en un primer momento ¿qué hacían esos extranjeros en medio de una guerra que no era suya? Para, después, abrir la puerta del intercambio de experiencias mutuas y el aprendizaje que les permitiera sostener una verdadera lucha contra la opresión impuesta por el imperialismo estadounidense. La experiencia internacionalista también se tradujo en un profundo agradecimiento por parte de los pueblos centroamericanos con los latinoamericanos y viceversa.

En el caso salvadoreño, la organización Resistencia Nacional, fue una de las que integró a sus filas internacionalistas argentinos. En la entrevista que sostuvimos con Eduardo Sancho el 5 de enero de 2018, nos habló de dos de ellos: Carlos Balerini (el flaco Francisco) y José Sbezzi (el gordo Pepe) y los definió de la siguiente manera: “Eran unos personajes. Todo mundo los identificaba como argentinos por el acento. No podían negarlo, no podían decir que eran de Guatemala” (Sancho, 2018).

Sobre ellos, Cienfuegos dice:

Pepe era un obrero industrial, que hizo una investigación sobre el combustible sólido, en un taller clandestino en Managua para averiguar si este servía para hacer un cohete de tierra-aire, mientras que el flaco Francisco fue el coordinador de todo el proyecto de un frente de logística de retaguardia que se abrió en Honduras en 1981. Su idea era meter todas las armas que pudieran por la frontera en camiones o en carros. Después, el flaco estuvo trabajando en logística. En 1979 se montó el primer campamento guerrillero en el exterior del FMLN. Lo hicimos nosotros en Costa Rica, en la ciudad de Liberia. Lo hicimos en una finca. Él fue el instructor y Renata,<sup>6</sup> la jefa política. Teníamos el jefe político y el jefe militar (Sancho, 2018).

<sup>6</sup> Se refiere a Myrna López, integrante de la Resistencia Nacional.

Así como la Resistencia Nacional tuvo internacionalistas en sus filas, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) también los integró. Jorge Meléndez (Jonás), quien llegó a ser comandante de esa agrupación política y que se integró cuando era estudiante de secundaria en el colegio Celestino Castro en 1967, fundado por el Partido Comunista de El Salvador, nos contó durante la entrevista que nos concedió el 15 de diciembre de 2017, que el nombre de la guerrilla a la que él se integró estaba inspirado en su homónima argentina, ERP: “A nosotros nos gustaba ese nombre porque era el ejército del pueblo. Éramos revolucionarios, es decir, transformadores [...]. Estoy hablando de cuál era nuestro punto de vista [...] yo no participé en esa decisión. Simplemente nos comunicaron que nos íbamos a llamar de esa manera” (Meléndez, 2017).

Uno de los temas que abordamos durante la charla con Jonás fue la participación internacionalista argentina, y en general, durante el proceso revolucionario salvadoreño. Al respecto nos explicó que su aportación fue determinante: “El ejemplo de haber tomado las armas fue decisivo tanto en Nicaragua, como en Guatemala, Argentina, Chile y Uruguay. [...] nos enseñaron a prepararnos contra las torturas. Nos solían explicar cómo mentalizarnos contra la tortura. Los textos que escribieron sobre la organización celular y clandestina nos ayudaron a formarnos” (Meléndez, 2017).

Lo dicho por este excomandante guerrillero sobre cómo los internacionalistas argentinos enseñaron a los salvadoreños a prepararse contra la tortura es muy relevante, ya que los estudiosos en la materia han señalado que las fuerzas armadas argentinas se especializaron en esta práctica, influenciados en la doctrina impartida por la Escuela Superior de Guerra de Francia tras la batalla por la liberación de Argel en 1954 (Rouquié, 1981; Robin, 2004; Mazei, 2013).

Además, es muy significativo que los internacionalistas argentinos analizaran el tema con sus pares salvadoreños o de otros países de la región. Jonás dijo que así como los prepararon contra la tortura, los ayudaron a entender cómo operaban las fuerzas

armadas en materia de “control de migración, aparatos de inteligencia, contrainteligencia e infiltración”.

En este sentido, esta misma aportación la hizo el ERP argentino al Ejército Guatemalteco del Pueblo (EGP). Aunque no es materia de este capítulo, vale la pena recordar una entrevista que Gustavo Meoño, jefe del Frente Urbano de dicha guerrilla, nos concedió el 15 de enero de 2018, sobre la participación internacionalista en su país y la inteligencia que ellos empleaban para realizar sus actividades.

[Estando] en Managua me informaron que había un dirigente revolucionario argentino con el cual sería muy importante conversar. Era [Enrique] Gorriarán [Merlo]. Tuve una reunión con él justamente para intercambiar todas las experiencias que habíamos vivido en Guatemala sobre la represión y la caída de las casas de seguridad. Para mí fue la confirmación práctica, contundente, del papel que los asesores argentinos habían jugado en Guatemala. Gorriarán me contó que ellos en el ERP habían utilizado casas de seguridad en colonias residenciales. Me contó cómo las habían convertido en pequeños cuarteles guerrilleros. Y, cómo, una pareja llevaba a los niños al colegio y vivía en esas casas. Aquí [en Guatemala] el problema era esa inexistencia de comunicación y contacto de experiencias que pudo evitar golpes tan terribles como los que tuvimos (Meoño, 2018).

Otra de las comandantes que entrevistamos fue Ana Guadalupe Martínez, dirigente del ERP. Con ella conversamos el 22 de diciembre de 2017. Durante la charla nos dijo que la aportación internacionalista fue fundamental en el proceso armado salvadoreño. Al preguntarle cuáles fueron sus aportaciones, explicó:

—Bueno, los internacionalistas, en general, en el caso del ERP aportaron en la construcción de una de las redes de asistencia médica de combate de las más eficientes. Ese fue un diseño operado, fundamentalmente, por médicos mexicanos y alemanes. El otro gran campo fue el de las comunicaciones, no en el sentido de las comunicaciones

militares, sino la ejecución de una estrategia de comunicar al mundo lo que estaba ocurriendo en El Salvador.

—¿Como Radio Venceremos?

—No. Las revistas internacionales, los boletines y las películas sobre el conflicto salvadoreño que contribuyeron a dar a conocer y a difundir lo que estaba viviendo el pueblo salvadoreño. Si bien es una estrategia que fue elaborada y discutida en el seno del ERP, hubo un gran aporte y creatividad de parte de un grupo venezolano de cineastas, que desarrollaron gráficamente todas las ideas de cómo transmitir lo que estaba ocurriendo en El Salvador. El otro espacio grande fue el de la inteligencia. Ahí participaron personas de varias nacionalidades porque tenían un papel muy especial. Era gente que estaba metida del otro lado, en el lado del gobierno, del ejército, de las instituciones del Estado. Entonces, eran personas con una enorme cobertura para poder realizar sus actividades. En esos tres aspectos fue clave la presencia de internacionalistas (Martínez, 2017).

Las Fuerzas Populares de Liberación (FPL) también tuvieron internacionalistas argentinos en sus filas. El 14 de diciembre de 2017 tuvimos la oportunidad de entrevistar al comandante Atilio Montalvo. Al preguntarle sobre la importancia de ellos en el proceso revolucionario y lo que representó para el FMLN, nos explicó que el acercamiento se dio tras apoyar la insurrección Sandinista de 1978. Ahí conocieron a chilenos, argentinos, venezolanos, dominicanos, con los que participaron en el Frente Sur, donde también ellos tenían gente. “Había chilenos militantes del MIR, gente del Partido Comunista Chileno, del Partido Democrático Revolucionario de [República] Dominicana y los Montoneros” (Montalvo, 2017).

Sobre la relación con Montoneros explicó que “fue muy buena porque la primera idea que surgió [de nuestro encuentro] fue de parte de ellos, [querían] que nosotros los entrenáramos. Hubo gente que vino desde Europa. La primera [iniciativa] fue el intercambio de experiencias [...]” (Montalvo, 2017).

Queremos hacer una aclaración sobre la cita anterior. Los estudios realizados sobre el internacionalismo, incluidos los del propio autor, suelen plantear que fueron los internacionalistas los que ayudaron a formarse de mejor manera a los milicianos salvadoreños, nicaragüenses y guatemaltecos. Sin embargo, lo dicho por Montalvo demuestra que esta regla no necesariamente se cumplió en todos los casos. Es verdad, y ha sido reconocido que en los tres países donde hubo guerra civil o conflicto armado interno, los internacionalistas formaron militarmente a guerrilleros centroamericanos, pero la variable presentada por el comandante de las FPL sobre el intercambio de experiencias, en que exiliados argentinos viajaron desde Europa a El Salvador para adiestrarse militarmente no ha sido estudiada o por lo menos no teníamos conocimiento de ello (Balerini, 2020, p. 234).

Suponemos que las razones por las que no se ha profundizado en este tema responden a criterios de investigación. Son pocos los trabajos que se han hecho sobre el internacionalismo en Centroamérica, y éstos no provienen de la academia centroamericana, sino desde la mexicana, argentina, estadounidense y europea, más específicamente la española, por lo tanto, no plantean variables en la que los extranjeros hayan aprendido algo de la experiencia vivida en la región, sino de la experiencia que fueron a enseñar. A pesar de esto, al entrevistar a diferentes internacionalistas –cuyo testimonio se encuentra en el repositorio del autor de este capítulo–, y a los comandantes guerrilleros que prestaron su testimonio tanto para nuestra tesis doctoral como para este trabajo, nos han señalado la riqueza política y social, así como el aprendizaje para la vida que les dejó la experiencia en el istmo. Es decir, consideramos que el mejor análisis que se debe hacer en este tipo de trabajos debe plantear el intercambio político que dejó para los centroamericanos la participación internacionalista, y viceversa, la aportación del internacionalismo en América Central (Balerini, 2020, p. 234).

En este sentido, al preguntarle a Atilio Montalvo por las labores del internacionalismo, nos comentó que el argentino que tuvo más

cerca fue Nicolino Carlos Parafioriti (Chacho), quien, junto a otro compatriota suyo, Domingo Vargas (el negro Hugo), estuvieron al frente de un pelotón en la educación política y la formación militar de los combatientes. Además, Montalvo nos dijo que con ellos en las FPL había unos españoles, que les ayudaban con los explosivos; unos mexicanos, dedicados a la atención de los hospitales de combate; y los compañeros chilenos y argentinos que se encontraban más concentrados en la preparación de su ejército (Montalvo, 2017).

Francisco Jovel, comandante del Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC), nos dijo durante la charla que sostuvimos con él el 22 de diciembre de 2017 que el internacionalismo fue importante. Al preguntarle sobre las aportaciones internacionalistas argentinas esto nos comentó: “Los compañeros que participaron en el quehacer militar, ayudaron en cuestiones vinculadas con la organización de un ejército que superara el origen que tenía la guerrilla en las características salvadoreñas, que empezaron siendo grupos espontáneos de autodefensas en el campo frente a las matanzas. Incluso, en Guazapa, recuerdo que la guerrilla era la que se encargaba de escoltar a cientos de pobladores civiles para que escaparan de una invasión del ejército que fuera dar lugar a una matanza” (Jovel, 2017).

Asimismo, nos explicó que algunos de los internacionalistas que habían sido soldados, oficiales o habían hecho el servicio militar en su país de origen, y, posteriormente se habían incorporado a la guerrilla, ayudaron junto a los salvadoreños que habían sido miembros del ejército o soldados, a crear unidades guerrilleras muy grandes.

Jovel señaló en la entrevista que, así como los internacionalistas ayudaron a crear unidades guerrilleras muy grandes, les enseñaron a los milicianos salvadoreños a desconcentrarlas rápidamente, sobre todo a partir de que el ejército comenzó a emplear helicópteros que ayudaban a localizar fácilmente las grandes concentraciones de guerrilleros y que, por lo tanto, las hacía blanco fácil de ataques:

Entre 1985 y 1989 muchos de estos compañeros ayudaron a crear esa capacidad de despliegue y de concentración política de los dirigentes del ejército. Muchos internacionalistas nos ayudaron en el aspecto médico. Los médicos internacionalistas ayudaron más que los médicos salvadoreños. El papel que jugaron los internacionalistas fue muy variado y bueno. Muchos entregaron su vida aquí en esta lucha (Jovel, 2017).

Finalmente, el último de nuestros entrevistados es Dagoberto Gutiérrez, exintegrante del Partido Comunista Salvadoreño. Durante la charla que sostuvimos el 11 de enero de 2018 nos habló de las diferencias del Partido Comunista argentino y el salvadoreño, el internacionalismo como expresión revolucionaria y las aportaciones que hicieron los internacionalistas, ya fuera que estuvieran integrados con ellos o con otras organizaciones del FMLN.

El Partido Comunista argentino no siempre entendió o estuvo de acuerdo con la guerra en El Salvador. Tampoco estoy seguro si entendió o estuvo de acuerdo con organizaciones como los montoneros en Argentina. Tengo la impresión de que no. El Partido Comunista argentino pertenecía a un país rico, que era una joya preciada para el capitalismo y para la Unión Soviética. Tenía una situación especial porque podía jugar ese papel en el péndulo comercial,<sup>7</sup> otro papel en la lucha del pueblo argentino y otro papel en el terreno del internacionalismo. El tema del internacionalismo no resulta fácil. Incluso para Argentina, que tiene en la figura de el Che el punto más alto. Por supuesto, que el Che no nació en Argentina, por algo. Ni es un producto de Argentina. En Argentina nació Ernesto Guevara, pero el Che nació en México, Guatemala y Cuba, entre otros lugares. En todos esos espacios fue apareciendo la persona que habitaba el personaje que después se convirtió en el Che. Entonces, ese internacionalismo

<sup>7</sup> Cabe recordar que el Partido Comunista de Argentina estuvo en contra de los movimientos armados de la región, entre otras cosas porque seguían la política del Partido Comunista soviético, de evitar la formación de guerrillas en América Latina, como parte de un acuerdo con Estados Unidos, en el contexto del conflicto Este-Oeste.

no se conecta tan fácilmente con Argentina ni con el Partido Comunista argentino, pese a que el Che era comunista (Gutiérrez, 2011).

En la entrevista, Dagoberto menciona cuáles fueron para él los puntos de conexión entre la guerra civil salvadoreña y los grupos armados argentinos:

La dictadura argentina, que fue modélica según los cánones del imperio estadounidense, estuvo dedicada a terminar con toda expresión de protesta de la pequeña burguesía y de la clase obrera. En Argentina había clase obrera y una pequeña burguesía intelectual muy importante. Esa naturaleza clasista del fenómeno lo conectaba con lo que ocurría en nuestro país. La guerra civil de 20 años en nuestro país fue campesina, pero dirigida por una pequeña burguesía intelectual, sin participación importante de la clase obrera [...] Hubo una conexión con las distintas formas de lucha armada de Argentina, que también tenía componentes importantes de la pequeña burguesía, porque tengo la impresión de que no fue la clase obrera argentina la que organizó la lucha armada. Entonces, la dictadura argentina, modélica, como te dije, tenía una dimensión de extraterritorialidad y no se remitía solo al territorio argentino, sino a todos los territorios de Sudamérica. El Plan Cóndor es la concreción de esta idea. Los que tomaron el poder allí y dieron el golpe de Estado de 1976 tenían una misión de lucha internacional contra el comunismo. Pero, sin duda, por petición de Estados Unidos, consideraron que El Salvador era un lugar donde podían poner en práctica sus conocimientos y experiencia. Uno entiende el interés inmediato de hacer esto en Chile, Uruguay y Bolivia, por ejemplo, pero no se comprende tan fácilmente en mi país (Gutiérrez, 2011).

Sobre la incorporación de las y los internacionalistas argentinos, explica:

Sí hubo, pero no provenían en su mayoría del Partido Comunista argentino, sino jóvenes de la sociedad argentina: decentes, inteligentes y valientes, dispuestos a luchar. [De hecho] se integraron en el combate y en ocasiones como médicos. Nosotros tuvimos a Rodolfo

Cohen que murió en Chalatenango. Lo enterraron en la comunidad Los Alas, ahí mismo. Su mamá vino varias veces desde Buenos Aires. Su verdadero nombre era Marcelo Feito.<sup>8</sup> Tenía un problema: era barba roja, alto y fuerte. Era simpático y agradable. Sobresalía entre nosotros porque era rubio y barba roja. Murió en un control. También tuvimos a Elvio Sisti. Su nombre de guerra era Rocky. Era médico y psiquiatra. Sobrevivió. Después de la guerra se regresó a Argentina para hacer investigaciones sobre la salud mental. Los internacionalistas entraron en contacto con nosotros en distintos lugares: en ocasiones en México o en Costa Rica, y, después, con el secretario general del Partido Comunista argentino, Patricio Echegaray.<sup>9</sup> Con él las relaciones fueron diferentes porque tenía una cabeza más abierta y una manera distinta de ver el mundo. Tenía una noción diferente sobre el desarrollo de la guerra en El Salvador y sobre el internacionalismo (Gutiérrez, 2011).

Finalmente, Dagoberto define el sentimiento salvadoreño por las y los internacionalistas:

El internacionalismo es muy complejo. Genera adhesión o resistencia. Entonces, siempre que aparecía la figura del internacionalista despertaba entre nosotros al principio extrañeza, porque la reflexión era: ‘y este que anda haciendo aquí’, pero esa primera reacción habría el paso a una segunda, que era de admiración, independientemente de su nacionalidad, porque venía de diferentes lugares. Se entendía que esa persona tenía una gran riqueza humana, y eso generaba otra gran reacción: cariño. Quién ganaba en todo esto era el

<sup>8</sup> Se puede ver más información sobre él en: <https://www.alainet.org/es/articulo/207902>.

<sup>9</sup> Patricio Echegaray fue nombrado secretario general de la Juventud Comunista en 1980, cargo que ocupó hasta 1986 cuando fue designado secretario general del Partido Comunista. Durante su gestión en la Juventud Comunista impulsó la discusión para que el partido participara de procesos revolucionarios como el nicaragüense, tal como finalmente sucedió con el Movimiento de Brigadistas Libertador General San Martín, en 1984. Para ver mayores referencias se puede consultar: Fernández, Paula Daniela (2010, febrero) Comunismo, solidaridad y Revolución Popular Sandinista: El caso del Movimiento de Brigadistas Libertador General San Martín. *Historia, Voces y Memoria*, (2) 109-135.

internacionalismo. En algunas ocasiones hacían cosas extraordinarias y funcionaban como ejemplo. El aporte tiene que ver con la educación, con el aprendizaje a tratar con la gente (Gutiérrez, 2011).

Hasta aquí hemos podido problematizar sobre las aportaciones del internacionalismo revolucionario en El Salvador. Nuestro objetivo fue seguir aportando al debate en la materia. Entender la doble experiencia adquirida tanto por los guerrilleros centroamericanos como por los internacionalistas y andar y desandar los caminos que llevaron a los combatientes argentinos a incorporarse a la guerrilla salvadoreña.

## **Reflexiones finales**

El objetivo de este capítulo es establecer cuál y cómo fue la participación que tuvo el internacionalismo revolucionario argentino durante la guerra civil de El Salvador (1980-1992) y cuáles fueron sus principales aportaciones. Debemos recordar que la mayoría de los internacionalistas argentinos llegaron a Centroamérica primero para incorporarse al Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) de Nicaragua que sostenía una guerra contra la dictadura familiar somocista, que había gobernado el país entre 1934 y 1979.

Asimismo, eran combatientes que se integraron en el conflicto centroamericano tras haber sido derrotados por la dictadura militar argentina. En el país sudamericano, tras los primeros años del golpe de Estado, quien no se encontraba preso, se hallaba muerto, desaparecido o exiliado. Fueron algunos de esos exiliados los que desde distintos países se organizaron y viajaron a Centroamérica, especialmente a Nicaragua, El Salvador y Guatemala.

El sentimiento de derrota que sobrevolaba en el exilio argentino no les impidió seguir con su sueño revolucionario de transformar este mundo, para que la matriz de la fuerza de producción cambiara de manos y dejara de ser de unos pocos. Su idea era que

el mundo fuera más justo, donde todos pudieran acceder al trabajo y a la educación por igual, donde en el mismo mundo cupieran muchos mundos y que el mundo no fuera dominado por unos cuantos.

Con ese ideal revolucionario los internacionalistas se integraron a las guerras civiles del istmo, y especialmente en El Salvador contribuyeron a la formación de milicianos, de unidades especiales, a la creación de escuelas de guerra y al combate en los frentes de guerra.

El encuentro entre los internacionalistas y los guerrilleros salvadoreños también supuso reacciones de diferente índole. Como nos dijo Dagoberto Gutiérrez en la entrevista que nos concedió: “La figura del internacionalista despertaba entre nosotros al principio extrañeza, porque la reflexión era ‘y este que anda haciendo aquí’, pero esa primera reacción habría el paso a una segunda, que era de admiración, independientemente de su nacionalidad, porque venía de diferentes lugares. Se entendía que esa persona tenía una gran riqueza humana, y eso generaba otra gran reacción: cariño”.

Otra de las áreas de contribución fue la inteligencia y contra-inteligencia, especialmente en las zonas urbanas con la creación de casas de seguridad. Asimismo, en las escuelas de formación de cuadros guerrilleros, entre los temas que abordaba el internacionalismo, se encontraba las formas de resistir a la tortura. Asimismo, hubo internacionalistas que participaron del trasiego de armamento desde otros países. Según nos dijo Eduardo Sancho en esa tarea, que se realizó desde Costa Rica y Honduras, participaron conjuntamente, Carlos Balerini y José Sbezzi.

Finalmente, creemos que ese internacionalismo, que fracasó en su país, logró desarrollarse y triunfar con el gran intercambio de experiencias que tuvieron en Centroamérica. No debemos olvidarnos que la mayoría de los extranjeros que se integraron a las guerrillas del istmo eran parte de una burguesía ilustrada que se encontró con el hecho de que las revoluciones en América Central tenían un fuerte componente popular y masivo.

## Bibliografía

Altamirano, Graziella (1994). Metodología y práctica de la entrevista. En Graciela de Garay (coord.), *La historia con micrófono. Textos introductorios a la historia oral* (pp. 123-145). México: Instituto de Investigaciones José María Luis Mora.

Álvarez Bravo, Paulo. (2017, julio). La historia oral es un arte de la escucha. Entrevista a Alessandro Portelli. *Kamchatka. Revista de análisis cultural*, 9, 543-552. <https://doi.org/10.7203/KAM.9.10561>

Balerini Casal, Emiliano (2011). Aportaciones que hizo el internacionalismo revolucionario al triunfo sandinista del 19 de julio de 1979 y la posterior reconstrucción de Nicaragua. Tesis de Maestría. Universidad Nacional Autónoma de México.

Balerini Casal, Emiliano (2020). Argentina en el conflicto centroamericano: de la dictadura al internacionalismo revolucionario (1977-1984). Tesis Doctoral. Universidad Nacional Autónoma de México.

De Garay, Graciela (1999, marzo). *La entrevista de historia oral: ¿monólogo o conversación?* [Ponencia] Primer Taller de Historia Oral del Noroeste: Métodos e Investigaciones. Baja California, México: Instituto de Investigaciones Históricas (UABC) y Asociación Mexicana de Historia Oral.

González, Luis Armando (1999). El Salvador de 1970 a 1990: política, economía y sociedad. *Realidad: Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, (67), 43-61. <https://doi.org/10.5377/realidad.v0i67.4844>

Grele, Ronald (1998). Movement without aim: Methodological and theoretical problems in oral history. En R. Perks y A. Thomson (Eds.), *The oral history reader* (pp. 38-52). Londres: Routledge.

Luque, Candelaria María (2021). Aportes para la memoria política y cultural del exilio argentino. La experiencia exiliar de los músicos argentinos en México (1974-1983). En *Miradas interdisciplinarias desde América Latina y El Caribe. Memorias 2020*. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM. <https://ru.ceiich.unam.mx/handle/123456789/3835>

Mariezkurrena Iturmendi, David (2008). La historia oral como método de investigación histórica. *Gerónimo de Uztariz*, (23/24), 15-30.

Martín-Baró, Ignacio (1981). La guerra civil en El Salvador. *Estudios Centroamericanos*, (377-388), 25-40.

Mazzei, Daniel H. (2013). La misión militar francesa en la escuela superior de Guerra y los orígenes de la Guerra Sucia, 1957-1962. *Revista de Ciencias Sociales*, 13, 105-137. <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1164>

Montoya Blanco, Yudy (2020). *Guerra civil en El Salvador, un conflicto histórico por la tenencia de la tierra*. Bogotá: Universidad Santo Tomás.

Robin, Marie-Monique (2004). *Escuadrones de la muerte: la escuela francesa*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Rouquié, Alain (1981). Poder militar y sociedad política en la Argentina. Buenos Aires: Emecé.

Ungo, Guillermo (1984). Causas y perspectivas en la guerra civil en El Salvador. *Revista Mexicana de Sociología*, 46(3), 143-154.

Yankelevich, Pablo (2016). Los exilios en el pasado sudamericano. *Migraciones y Exilios*, (16), 45-63.

## **Entrevistas**

Antonio (seudónimo) (2017), integrante del ERP argentino, entrevistado por Emiliano Balerini el 15 de julio.

Gutiérrez, Dagoberto (2018). Exintegrante del Partido Comunista Salvadoreño [PCS], entrevistado por Emiliano Balerini el 11 de enero.

Jovel, Francisco (2017). Comandante del Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos [PRTC]), entrevistado por Emiliano Balerini el 22 de diciembre.

Martínez, Ana Guadalupe (2017). Comandanta de las Fuerzas Populares de Liberación (FPL), entrevistado por Emiliano Balerini el 22 de diciembre.

Meléndez, Jorge (2017). Comandante del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), entrevistado por Emiliano Balerini el 13 de diciembre.

Meoño, Gustavo (2018). Jefe del Frente Urbano del Ejército Guatemalteco del Pueblo [EGP], entrevistado por Emiliano Balerini el 15 de enero.

Montalvo, Atilio (2017). Comandante de las Fuerzas Populares de Liberación (FPL), entrevistado por Emiliano Balerini el 14 de diciembre.

Sancho, Eduardo (2018). Integrante de la Resistencia Nacional [RN], entrevistado por Emiliano Balerini el 5 de enero.

## En el exilio también se camina

Taller sobre la identidad de la mujer guatemalteca  
refugiada en México (1986-1987)

*Yosahandi Navarrete Quan*

*En el exilio también se camina,  
se nutre  
y se enriquece la esperanza.*

Stella Quan Rossell

El objetivo de este capítulo es hablar sobre el Taller de Grupo Operativo sobre la Identidad de la Mujer Guatemalteca, fundado y coordinado por la antropóloga guatemalteca Stella Quan Rossell. El taller inició en mayo de 1986 y concluyó en septiembre de 1987. Hay que resaltar que fue una iniciativa única en su momento, por su carácter interétnico y la propuesta de abrir un espacio para mujeres en situación de refugio (muchas sin una experiencia de militancia previa), donde fuera posible hablar de sus vivencias en esta nueva realidad.

De ahí que con este trabajo busquemos aportar a la memoria de las mujeres guatemaltecas en el exilio mexicano en la década de los ochenta, una de las décadas más represivas del conflicto armado guatemalteco, sobre todo si consideramos que el exilio, esto

es, el refugio en un lugar ajeno, no solo consiste en salir del país de origen, sino que es una forma de sobrevivencia y, en muchos casos, de resistencia.

Para la elaboración de este capítulo se retomaron los testimonios de las integrantes del taller, además de diversos documentos redactados por Quan y por las mismas participantes. Gran parte del material que se utilizó es parte de la investigación de la antropóloga sobre la identidad de la mujer guatemalteca, que comenzó a escribir en 1985 y continuó durante los siguientes 15 años, y del que solo existen publicaciones aisladas.

En sus propias palabras, “el proyecto de una investigación global sobre la identidad de la mujer guatemalteca en una situación de exilio-refugio se planificó y discutió varios años antes de echarlo a andar” (Quan, 1966, p. 1), por lo que este no fue un trabajo improvisado, sino planeado con mucha anticipación.

Uno de los aspectos más importantes sobre el taller, fue que las participantes no solo encontraron un espacio donde pudieron expresar sus reflexiones personales; también se constituyó en un lugar en el comenzaron, lentamente, a reconfigurar su identidad como exiliadas, pero no solo desde las vivencias traumáticas. Se trató, sobre todo, de una experiencia sanadora y de aprendizaje.

Los relatos de las participantes permanecieron guardados en grabaciones, diarios de campo, entrevistas, algunos documentos elaborados por las integrantes del taller, así como en varios artículos de Quan, la gran mayoría inéditos. Todo este material forma parte del archivo personal de la antropóloga, heredado a sus hijos Alexei y Yosahandi Navarrete Quan, que me pareció necesario sacar a la luz porque, ya sea porque haya decidido optar por priorizar una militancia política comprometida o por los múltiples proyectos relacionados con el exilio en los que participó, Quan dejó la gran mayoría del producto de sus investigaciones académicas sin publicar, por lo que su trabajo antropológico, como el de la identidad de la mujer en el exilio, es prácticamente desconocido.

Para reafirmar la importancia de develar este proyecto, retomo las palabras de Alba Martínez en su artículo sobre la experiencia de cuatro mujeres españolas exiliadas en Francia durante el franquismo: “pensamos que a través de sus narraciones las mujeres construyeron subjetividades diversas en torno a la experiencia del exilio, que el género marcó sus vivencias y ello ha tenido un correlato en las prácticas del recuerdo al potenciar temáticas y enfoques que permiten observar otra forma de entender y vivir el exilio, sin perder de vista la pluralidad [de] los mismos” (Martínez, 2019, p. 367). Lo mismo podría decirse de las narrativas expuestas en el material que utilizamos para este trabajo; además del origen étnico de algunas de las integrantes, que en el caso de Guatemala tiene gran relevancia, sobre todo por las luchas reivindicativas de las mujeres mayas de las últimas décadas, estas mujeres dejaron constancia de sus luchas, angustias y proyectos de vida.

Después del fallecimiento de mi madre comencé a revisar y ordenar todo el material relacionado con su investigación sobre las mujeres latinoamericanas en condición de refugio. Si bien había escuchado hablar de este proyecto durante años, revisar sus anotaciones en diarios de campo, informes y algunos escritos hechos por las propias integrantes fue revelador. Me conmovió especialmente escuchar las grabaciones en las que varias de las participantes hablaban del recorrido que tuvieron que realizar desde sus lugares de origen hacia la Ciudad de México, lo que significó para ellas dejar familias, casa, trabajo. Por supuesto, no era posible abarcar todo este material en un capítulo. Tuve que elegir y decidir qué documentos usar y cuáles quedan pendientes para trabajos futuros.

Existen múltiples estudios sobre temas como el exilio o los refugiados guatemaltecos en nuestro país, pero sin duda falta profundizar mucho más en la experiencia de las mujeres en el destierro y sus múltiples significados. De ahí que decidiera hablar sobre el grupo de trabajo de mujeres guatemaltecas en la ciudad de México, representativo de la diversidad social que hay en el país de origen, al tratarse de un colectivo heterogéneo, que incluía mayas y

guatemaltecas no indígenas, con diferentes grados de estudios y de compromiso político. Exponer estas voces era necesario, no solo desde una perspectiva de género, sino para tener una comprensión más amplia de cómo se vive el exilio siendo mujer. Me percaté de que las sesiones de los grupos de trabajo registradas por Quan daban sentido a las implicaciones de vivir el destierro como madre y esposa, hermana; a su particular forma de afrontarlo. Como hija del exilio, y desde mi particular punto de vista como literata, todo el material, el mosaico de voces que conforma el archivo de Quan, aporta a la creación de una narrativa que ayuda a la revisión de temáticas relevantes como el exilio de las mujeres, responsables principales, en muchos casos, del cuidado de los hijos y de la casa, lo que incluye el aspecto económico. Y que al mismo tiempo nos hablan de otras temáticas relacionadas, como la exclusión por condición de género, el racismo y la desigualdad social.

Quisiera señalar que este capítulo no solo es producto de una revisión minuciosa de los archivos de Quan. Es también un reconocimiento al trabajo de hormiga que realizó durante su vida en defensa de los derechos humanos y la causa de las mujeres. Dicho trabajo incluyó múltiples actividades: coordinación de talleres de mujeres, participación en grupos de trabajo, actos de denuncia contra la violación a los derechos humanos, asociaciones de solidaridad, y publicación de artículos cuya temática se centró particularmente en la situación de represión por la que atravesaba su país.

Incluso su caracterización como el personaje de “la tía Josefita” en la película *El Norte*, dirigida por Gregory Nava (nominada al Oscar como mejor película extranjera en 1983), tuvo el propósito expreso de denunciar las masacres que se estaban perpetrando en Guatemala.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Quan fue invitada como consultora; posteriormente, la productora Bertha Navarro le propuso que audicionara para el papel. Parte del guion de la película fue redactado por el escritor guatemalteco Arturo Arias.

Para contextualizar el interés de Quan por el tema de la mujer en el exilio y la configuración de su identidad, es importante hablar sobre algunos eventos que marcaron su vida. Cuando su pareja, el arqueólogo Carlos Navarrete Cáceres, es expulsado de su país en 1963 y se refugia en México, decide abandonar Guatemala para radicar juntos en el Distrito Federal. No fue un caso aislado en ese momento. Como lo señala Guadalupe Rodríguez de Ita: “se dieron casos de mujeres que se trasladaron a México para encontrarse con su respectiva pareja, como Alaíde Foppa, esposa de Solórzano Fernández, [...] en tanto que como estudiante ingresó Stella Quan, quien se había casado con Navarrete. Una vez en la tierra receptora se autodefinieron como exiliadas y se quedaron allí de manera permanente” (Ita, 2021, s/n).

Una vez en México, ingresó en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) donde llevó a cabo estudios de licenciatura y maestría en Etnohistoria. Posteriormente realizó su doctorado en Antropología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Fue investigadora del Centro de Estudios Mayas (UNAM), del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), y en sus últimos años, del Centro de Estudios sobre la Universidad (CESU-UNAM), ahora Instituto de Estudios sobre la Universidad (IESU-UNAM). Después de su divorcio en 1970, comenzó a interesarse en los estudios feministas y el psicoanálisis.

Entre otras iniciativas, Quan fue fundadora, junto a Alaíde Foppa y otras académicas de diferentes nacionalidades, de la Asociación Internacional de Mujeres contra la Represión en Guatemala (AIMUR). Después del secuestro de Foppa (19 de diciembre de 1980) formó parte de la Asociación de Trabajadores de la Cultura de Guatemala (ATCG) “Alaíde Foppa”, y colaboró en múltiples comités de solidaridad.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Para conocer más sobre Aimur se puede consultar el artículo de mi autoría “Alaíde Foppa y Aimur, o una voz que emerge de las llamas”, en el libro *Urgente Futuro. Escritos sobre Alaíde Foppa*, publicado en 2024. Véase bibliografía.

Además, Quan se especializó como coordinadora de grupos operativos entre 1983 y 1986, metodología que utilizó en las sesiones de los talleres de mujeres a su cargo, por considerarla óptima para el trabajo de grupo. Para Andrade,

entender la dinámica de los grupos propicia intervenciones adecuadas en comunidades, que de forma natural y gregaria, elaboran sus principios de realidad acorde a las necesidades y demandas, frente a diferentes sectores sociales que los intervienen y condicionan su accionar. La intervención grupal para generar cohesión y establecer un proceso de cura, debe tomar en cuenta elementos culturales, sociales, imaginarios y políticos, como también, las rupturas de estos a lo largo de los procesos adaptativos (Andrade, 2011, p. 196).

La participación en grupos de mujeres, ahora tan común, fue sumamente innovador en la segunda mitad del siglo xx, por lo que me parece relevante dar a conocer esta iniciativa, sobre todo por las repercusiones que tuvo entre sus integrantes, además de ser parte de la memoria histórica de las mujeres en el exilio. De ahí que, además de las aportaciones de Quan, me interesa en particular rescatar la voz de las protagonistas que dieron vida a este colectivo en la Ciudad de México.

Si bien existen diversos trabajos publicados sobre las experiencias de mujeres en Guatemala, todavía falta hablar de las iniciativas de pequeños grupos de mujeres que se llevaron a cabo en México, como el que nos ocupa en este trabajo. Al respecto, Bonder señala que:

es importante destacar las formas de organización y participación que el movimiento feminista se ha dado en su historia, o sea, los grupos de concientización, los pequeños grupos de mujeres en donde se debaten cuestiones relativas a su vida cotidiana en intensa interacción personal, como modo de abordar progresivamente las relaciones íntimas entre lo privado y lo público, lo personal y lo político. [...] De este modo organizativo resulta evidente que para las mujeres

existe la necesidad de crear ámbitos [...] que permitan expresar lo personal e intersubjetivo (Bonder, 1983, p. 622).

## **Exilio, lucha y esperanza**

Durante la segunda mitad del siglo pasado México acogió a miles de exiliados de diferentes países latinoamericanos. Entre las múltiples causas que los obligaron a salir de sus lugares de origen sobresalen dos: la represión y los conflictos armados que asolaron América Latina, sobre todo en las décadas de los setenta y ochenta. Independientemente de las experiencias individuales, clase social, nacionalidad y etnia, hubo una raíz común que propició su necesidad de refugio en este país: la injusticia social que vulneraba su dignidad y sus derechos humanos, además del hambre, la miseria y el cansancio moral, producto de la violencia y la represión.

Para la elaboración de su tesis de maestría, Quan realizó una investigación sobre la participación de personajes centrales durante los gobiernos de Jacobo Árbenz y Juan José Arévalo en Guatemala (1944-1954), que incluyó la recopilación de testimonios e historias de vida de exiliados en México,<sup>3</sup> que comenzó a realizar en 1968. Posteriormente, a partir de los años ochenta, se centró en la figura de la mujer mestiza e indígena de su país. Como menciona Marisa Ruiz Trejo:

Quan se interesó por recopilar historias de vida de cómo y cuál era el impacto de la guerra, los conflictos políticos y sociales, en la vida cotidiana, y en la parte más íntima de las personas en Guatemala. (...) Además, su trabajo antropológico resulta importante debido a que se trata de una guatemalteca exiliada que realizó investigación sobre otros exiliados en México, lo que le permitió tener una comprensión

<sup>3</sup> En su tesis de maestría, *Guatemala: una cultura de la ignominia*, recopiló la historia de vida de Luis Cardoza y Aragón, Alfonso Solórzano, Jacobo Rodríguez Padilla, José Luis Balcárcel y Julio Gómez Padilla.

más amplia y profunda, al haber pasado por experiencias similares a las que se enfrentaron sus entrevistados (Ruiz Trejo, 2020a, pp. 73-74).

Al respecto, en el prólogo de su tesis Quan señala: “Kluckhohn afirma que el antropólogo debe ser un espejo de la realidad. Tal petición es absurda, además de imposible de satisfacer en la medida en que no somos ese espejo-objeto. Somos seres humanos y estamos comprometidos con nuestros materiales. Visceralmente comprometidos. [...] Tratamos con seres humanos cuyo destino está dibujado en nuestra propia perspectiva” (Quan, 1972, p. 1).

Si bien el tema del exilio sigue siendo parte fundamental de los intereses de Quan, después de obtener su título de maestría su mirada se centra particularmente en la mujer latinoamericana. No fue algo fortuito, puesto que formó parte de la primera generación de antropólogas feministas en México. De acuerdo con Castañeda:

las antropologías y los feminismos deben ser estudiados a partir de las profundas implicaciones que tiene la relación de mutua influencia entre feminismo, sociedad y política. En México encontramos esta influencia también, aunque en términos únicamente de la disciplina es posible identificar el despliegue de la antropología feminista a partir de las críticas al indigenismo, a la antropología “de Estado”, del surgimiento de la antropología crítica y, por supuesto, con la emergencia del feminismo como movimiento político. Además, es posible ubicarlo en el ámbito de la paulatina instalación del feminismo académico y el despliegue de la antropología aplicada que trascendió los límites institucionales para encontrar en las organizaciones sociales y las organizaciones no gubernamentales espacios decisivos desde los cuales emprender procesos de investigación-acción (Castañeda, 2020, pp. 61-62).

En este mismo sentido, la investigación sobre identidad de la mujer en situación de refugio se basó, además de las experiencias previas de las que hablaremos más adelante, en el trabajo que se llevó a cabo en el taller de mujeres guatemaltecas en el exilio, original

en su momento, como ya señalé, por el carácter interétnico de las integrantes. Para Quan era claro que la represión, las masacres y el éxodo de los refugiados estaban atravesados por la cuestión étnica. Y que no solo era necesario hablarlo. Era urgente analizarlo y discutirlo, además de exponerlo (Quan, 1991, p. 87).

Una de sus propuestas, también innovadora para su tiempo, era que solo el trabajo en conjunto podía llevar a la reflexión sobre la identidad de la mujer guatemalteca, ladina e india, en situación de refugio, lo que se replicó en la sesión del 29 de septiembre de 1986, cuando se llegó a la conclusión de que solo en el exilio era posible indagar sobre la propia identidad. Y que dicha indagación era, sobre todo, una necesidad (Quan, 1996, p. 23). Esto queda claro en el testimonio de una de las integrantes: “solo al salir al exilio se reflexiona sobre qué es ser guatemalteca. En Guatemala no. En el exilio se es guatemalteca con coraje, amor y deseo de hacerlo valer [...]. Lo medité, lo sentí, lo sufrí al salir” (Quan, 1996, p. 23).<sup>4</sup>

Como señalé al inicio, la memoria de todo el trabajo realizado entre mayo del 86 hasta septiembre del 87 quedó en múltiples entrevistas grabadas, algunos artículos publicados, la mayoría inéditos, informes, diarios y cuadernos donde Quan documentaba cada sesión, además de los apuntes de la investigadora, vertidos en hojas, notas y papeles sueltos que conforman su archivo personal.

El trabajo con mujeres en condición de refugio, parte de la idea, propuesta por Quan, de que,

el exilio político, en tanto migración política, provoca una crisis fundamental en la historia del ser humano, en tanto ser-en-el-mundo, y en tanto sujeto existencial; el ser humano que vive esta situación, enfrenta la ruptura brutal de sus propias coordenadas, de su propio marco de referencia. [...] El refugiado o asilado político, sometido a la

<sup>4</sup> Al tomar en cuenta el contexto político-represivo de Guatemala en esos años, Quan utilizó solo el nombre de pila o pseudónimos, por petición expresa de algunas de las integrantes, con el fin de proteger la integridad de las mujeres que la acompañaron en este proyecto. Pese a las décadas transcurridas, respetaré los nombres que aparecen en los documentos y grabaciones del archivo de Quan.

discontinuidad de su vivencia cotidiana, debe asumir la ruptura de su equilibrio. Por tanto, investigar el exilio, la expatriación, es hacer una inmersión en la fenomenología de la muerte (Quan, 1987b, pp. 17-18).

En este contexto, los talleres de mujeres exiliadas no fueron una iniciativa en solitario. A mediados de los ochenta, producto de los años más cruentos de la represión en Guatemala, varios colectivos de mujeres se organizaron tanto dentro como fuera del país. Como señala Monzón,

desde la segunda mitad de la década de 1980 hasta 1994, se observan al menos, dos espacios de convergencia de las mujeres: a) La demanda pública de miles de mujeres víctimas del conflicto armado por el respeto a los derechos humanos, vinculada con los procesos de diálogo, negociación y la lucha por la desmilitarización de la sociedad [...] y otras desde el refugio en México [...]. En ese período también iniciaron las articulaciones con organizaciones de mujeres de otros países, por ejemplo, de Centroamérica y México. Las luchas estaban imbricadas con las demandas por el cese de la guerra en la región, por la presencia militar foránea y contra las desapariciones forzadas, los asesinatos políticos y la violencia contra las mujeres (Monzón, 2015, p.18).

Parte importante del trabajo de grupo que se llevó a cabo en el taller fue, precisamente, hablar sobre la violencia contra la mujer en Guatemala, la muerte y sus repercusiones entre las exiliadas en México y en el país de origen. Además, el colectivo escribió un documento donde se expusieron las masacres y la terrible represión que se estaba viviendo en su país.

## **Mujer y participación: Nicaragua y México**

El taller de identidad de la mujer guatemalteca fue una consecuencia directa de dos experiencias previas. El trabajo etnográfico de Quan

sobre mujeres en situación de conflicto comenzó en Nicaragua en 1979, justo después de la Revolución, cuando entre noviembre y diciembre de ese año realizó una serie de entrevistas a las sobrevivientes.<sup>5</sup> El propósito era trabajar la problemática de la mujer nicaragüense en situaciones límite. Sobre todo, entender cómo se vive la cotidianidad en un contexto de prisión, muerte, secuestro, desaparición y tortura. ¿Cómo se ama, se crían hijos, se resguardan las relaciones familiares y se tejen amistades en medio del caos? ¿Cómo se sobrevive a la pérdida del padre, el esposo, los hijos?

En este caso, la participación de la mujer fue esencial para mantener, hasta donde fue posible, cierto clima de normalidad al interior del hogar y la comunidad, como cabezas de familia, cuidadoras, trabajadoras, militantes, por mencionar solo algunos de sus múltiples roles durante la guerra.<sup>6</sup>

De acuerdo con la investigadora, uno de los grandes aprendizajes que le dejaron los testimonios recopilados fue constatar que “estas mujeres no solo habían logrado vivir una vida de congruencia, de dignidad, de alegría incluso, pese a ser protagonistas sobrevivientes de una de las experiencias más violentas y represivas de América Latina: el somocismo” (Quan, 1989, p. 1).<sup>7</sup>

<sup>5</sup> Quan participó como voluntaria en un grupo de solidaridad internacional, invitada por la embajada de Nicaragua en México, con el fin de apoyar en la aplicación de pequeños proyectos para solucionar problemáticas urgentes en el país, en cuanto a vivienda, nutrición y apoyo psicológico. En su calidad de antropóloga y debido a sus conocimientos sobre psicoanálisis, fue invitada para integrarse entre los voluntarios que trabajarían en este último rubro (Quan, 1989, p. 5).

<sup>6</sup> Las entrevistas se realizaron a miembros de las Comunidades Cristianas de Base (CCB) en Managua, unas de las más beligerantes contra el somocismo. Las integrantes vivían en barrios marginales. Esta experiencia, afirma Quan, “nos permitió compartir la cotidianidad de una posguerra agobiadora, gracias a la cual aprendimos a apreciar el enorme valor del trabajo que hacían pequeños grupos de mujeres, en este caso coordinados por dos sacerdotes hispanos” (Quan, 1989, p. 2). Las CCB fueron esenciales para que las mujeres pudieran encontrar el modo de sobrevivir a torturas y hasta la muerte de los hijos, familiares, compañeros y amigos. “El pequeño grupo había logrado sostener e integrar su autoestima, su entereza, su mismidad con ese mundo social de pesadilla al que pertenecían y que las habitaba” (Quan, 1989, p. 3).

<sup>7</sup> Quan publicó algunas de las entrevistas en el diario mexicano *El Fígaro* a lo largo de 1981 bajo el seudónimo de Mariana Valenzuela.

Además de lo anterior, el trabajo evidenció la necesidad humana de hablar, de poner en palabras lo vivido. Al llegar a Nicaragua, escribe Quan, “las voluntarias que llegamos de México pusimos un pequeño anuncio para las mujeres de los barrios donde vivíamos: ‘cualquier compañera que desee hablarnos de sus tristezas, sus enfermedades o sus problemas pueden inscribirse en...’ En veinticuatro horas tuvimos a noventa mujeres inscritas” (Quan, 1989, p. 2). Este primer acercamiento le permitió llegar a la conclusión de que “el trabajo en pequeños grupos de mujeres, coordinados idóneamente, era una alternativa real, concreta, para la búsqueda de salud mental y emocional de mujeres enfrentadas a situaciones límite, como el exilio” (Quan, 1989, p. 2).

Años más tarde, en agosto de 1985, el Primer Programa Para la Mujer Refugiada Latinoamericana de la Ciudad de México (PPM), que inició sus actividades un año antes, le solicitó a Quan, debido a su formación como coordinadora de grupos operativos y estudios de psicología, de antropología y etnohistoria, que se encargara del primer taller de mujeres en condición de exilio, pensado para los siguientes seis meses. El lugar de encuentro fue el Centro de Estudios Ecuménicos de la Ciudad de México.<sup>8</sup>

Esta iniciativa estaba dirigida a mujeres que se encontraban en situación de refugio por razones políticas. Un aspecto importante fue que, además de las que tenían una trayectoria de participación política, también se tomaron en cuenta a aquellas que habían salido de sus países de origen, no porque hubieran sufrido persecuciones o vejaciones de manera directa. Su expatriación había derivado de la participación o persecución del marido, padre, hermano o pariente cercano, tal y como había sido la propia experiencia de Quan al salir de Guatemala un par de décadas antes. La

<sup>8</sup> Las chilenas Anita de la Jara y Gloria Cruz, miembros de la Junta Coordinadora del Centro, jugaron un papel primordial para la organización del taller. Todo el trabajo realizado por las colaboradoras fue *ad honorem*. El PPM se estructuró a través de diferentes talleres sabatinos: de identidad, de sexualidad de la mujer, de expresión corporal, y otro sobre los problemas del niño refugiado, entre muchos otros. (Quan, 1996, p. 3).

idea era darle un espacio a quienes vivían a la sombra de su pareja o familiar, y que habían viajado para acompañar y vivir, junto a él, un exilio ni siquiera imaginado (Quan, 1986c, p. 18).

Argentinas, uruguayas, chilenas, peruanas, y principalmente, salvadoreñas y guatemaltecas, indígenas y ladinas, se dieron cita los sábados de cuatro a seis de la tarde, para hablar de su exilio en la Ciudad de México. Con el fin de apoyar a las madres y abuelas, se buscaron actividades infantiles para que las participantes pudieran trabajar sin la preocupación de tener que cuidar a los niños.<sup>9</sup> Aunque esto variaba en cada sesión, el número de asistentes fluctuó entre 20 y 25, con edades que iban de los 20 a los 60 años.

El objetivo concreto fue convertir el taller en un lugar de encuentro, donde se pudiesen intercambiar experiencias y enfrentar problemas de forma colectiva, como una respuesta a la soledad y el desencuentro que viven muchas mujeres durante las primeras etapas del exilio. Paralelamente, se buscaba ser una instancia de formación, capacitación y consulta, para que las integrantes pudieran no solo reflexionar sobre su situación, sino de manera práctica, saber a dónde dirigirse para conseguir apoyo y asesoría legal, laboral, financiera y de salud.<sup>10</sup> Además, en el taller se tejieron diversas redes de apoyo que sirvieron para que las participantes pudieran tener acceso a la educación, buscar trabajo, casa, así como atención psicológica y médica.

<sup>9</sup> En la Memoria sobre el Encuentro de Organismos no Gubernamentales de ayuda a Refugiados Centroamericanos, algunas mujeres participantes de este primer taller expusieron que “generalmente algunas mujeres sacrifican su espacio, su interés por atender a los niños. Pues esta vez ¡no!, contamos con la ayuda desinteresada de quienes asumieron esa responsabilidad” (TGOI, 1990, s/n). Por otra parte, algunos esposos, hermanos o hijos cuidaban a los hijos en casa para que las mujeres pudieran acudir al taller. “Nos llena de esperanza [expusieron las mujeres], saber que hay hombres que rompen con los mitos de la sociedad patriarcal, donde el cuidado de los niños es atributo solo de las mujeres” (TGOI, 1990, s/n).

<sup>10</sup> En esta primera experiencia Quan contó con el apoyo de la especialista en Educación Popular, Berta Vargas, quien fue esencial para la parte operativa del taller, así como de la psicoanalista Marie Langer, para atender las necesidades mentales y emocionales de las exiliadas que requirieron de asistencia psicológica.

Para que el grupo realmente se pudiera constituir como un lugar seguro, las reglas fueron muy claras desde el inicio: se buscó una participación horizontal en la toma de decisiones, como las temáticas a discutir y los productos que se realizarían, todo ello surgido al interior del grupo y de forma consensuada.

El colectivo tuvo una clara perspectiva de género. Como escribe Quan, “el trabajo de las feministas en pequeños grupos implica tomar la causa de mujeres con nuevas estrategias y métodos, combinando la acción y la investigación, la práctica y la teoría en una visión ‘desde adentro’ y ‘desde abajo’” (Quan, 1986a, p. 5). En este sentido, un aspecto relevante del programa fue que, por primera vez desde su llegada a México, las participantes comenzaron a asumir “consciente e implacablemente” (Quan, 1989, p. 3) su identidad de mujeres latinoamericanas refugiadas. Y parte de asumirse como tales, implicó también entender “racionalmente, pero también desde las entrañas, que ellas también, unidas” (Quan, 1989, p.3), tenían un papel que desarrollar en los múltiples procesos de sus tierras en conflicto. “Que les era perfectamente posible aceptar su rol no elegido de desterradas y convertirlo en uno de mujeres que luchan” (Quan, 1989, p. 4), cada una de acuerdo con sus intereses y posibilidades. “Que su aquí y ahora y su mañana, su siempre, debe ser uno de alerta permanente sobre su condición de mujeres que se niegan a que sus hijas y nietas, de vuelta en el país del que fueron violentamente expulsadas, deban vivir las experiencias que ellas ahora relatan, analizan, comparten” (Quan, 1989, p. 5).

Estas mujeres, nos dice la investigadora, se pusieron en marcha. Si bien el exilio se vive como una experiencia terrible, como una especie de paréntesis, aunque dure años o toda la vida, afirma Quan, también en este se camina, se nutre y se enriquece la esperanza. Ejemplo de ello es el comentario de Martha: “El exilio me produjo una pérdida de confianza en mí misma [...]. Me sentí incapaz de hacer nada; la integración al grupo me dio la oportunidad de reflexionar, de aportar aunque sea un poquito, me hizo recuperar esa confianza...” (Quan, 1991, p. 16).

Para impulsar este primer taller se tomaron en cuenta las preocupaciones y necesidades tanto de las integrantes como de sus familias. Incluso, hubo sesiones dedicadas exclusivamente a casos considerados urgentes, dando contención y apoyo a mujeres que habían sufrido secuestro de parte del Estado represor, violaciones, torturas o cualquier otro tipo de experiencia traumática. Cuando fue necesario, fueron derivadas a terapia con psicólogas y psicoanalistas que aportaron sus conocimientos y trabajo solidariamente.

Iniciativas como esta formaron parte de muchos otros grupos de mujeres que se organizaron durante las décadas de los ochenta y noventa en Latinoamérica, cuyo objetivo principal fue entender esta nueva realidad y, sobre todo, encontrar un lugar de participación individual o colectiva fuera de los países de origen. En este contexto, y de acuerdo con Monzón, diversos grupos de mujeres están conformados por una gran heterogeneidad: mujeres populares, profesionales, obreras, amas de casa y madres, que a partir de sus diferentes experiencias de opresión se movilizaron en función de reivindicaciones inmediatas, casi siempre relacionadas con su rol reproductivo, la clase social a la que pertenecen y sus condiciones objetivas y cotidianas de vida (Monzón, 2015, p. 13).

Si bien los talleres de Quan no eran parte de ninguna organización de izquierda y sus objetivos tampoco eran propiamente políticos, sí se buscó reflexionar sobre los puntos que menciona Monzón, entre muchos otros. Al respecto, vale la pena recordar de manera sucinta, que uno de los postulados de la segunda ola del feminismo fue que “lo personal es político”, en el amplio sentido de la palabra, ya que la idea de lo político abarca sobre todo las relaciones de poder. En el caso concreto de Guatemala, durante el conflicto armado la mujer ocupaba uno de los escaños más bajos, sobre todo en un escenario de machismo y represión. De acuerdo con el ensayo de Carol Hanish “Lo personal es político”, publicado originalmente en 1970, los problemas personales siempre son

problemas políticos. La feminista afirma que no hay soluciones personales sino una acción colectiva para una solución colectiva.

En este sentido, uno de los aspectos más importantes del taller fue reivindicar de manera conjunta la identidad de las participantes y reconfigurar su papel como mujeres exiliadas en México, y en muchos casos –especialmente entre las que tenían hijos o familiares a su cargo–, su nuevo rol como cabeza de familia. Para que las integrantes pudieran hablar de estos y otros temas dolorosos era necesario construir un espacio seguro, donde fuera posible expresarse libremente y, sobre todo, encontrar apoyo y la solidaridad de otras compañeras con experiencias similares. Aunque cada sesión tenía una estructura bien delimitada, el trabajo colectivo en su conjunto era flexible y se fue adaptando a las necesidades del grupo.

Como dice el texto colectivo redactado por integrantes del Primer Taller de Mujeres Refugiadas en México, “cuando ya no se aguanta más, cuando el dolor ha ido más allá del límite, cuando se levanta nuestra voz para protestar presiones, amenazas, represión y hasta torturas, nos han empujado a mujeres, ancianos y niños a enfrentar juntos esta nueva imposición: el exilio” (Integrantes del Primer Taller de Mujeres Refugiadas en la Ciudad de México, 1985, p. 2).

En el texto mencionado, las participantes afirman “somos las mujeres, y solo nosotras, quienes debemos abandonar el papel pasivo de receptoras para asumir el de actoras. [...] Enfatizamos que nuestras demandas no son secundarias ni obedecen a problemas ‘domésticos’, sino que son consecuencia de toda una ideología que debe cambiarse, especialmente dentro de los participantes del proceso revolucionario” (Integrantes del Primer Taller de Mujeres Refugiadas en la Ciudad de México, 1985, p. 30).<sup>11</sup>

<sup>11</sup> Además de un sonorama producido juntamente con el colectivo Comunicación Popular Alternativa (COPAL), las integrantes del primer taller optaron por escribir una crónica sobre la situación de la mujer refugiada en México, con el fin de sensibilizar a un público más amplio sobre la problemática del refugio que vive específicamente la mujer. Dicho material fue presentado en la Conferencia Mundial de la Mujer, organizada por las Naciones Unidas en Nairobi, en 1985. También participaron en varios programas de radio, transmitidos por *La causa de las mujeres* de Radio Educación.

Más tarde, como consecuencia de esta experiencia, las indígenas guatemaltecas le pidieron a la antropóloga que organizara otro taller, esta vez destinado exclusivamente a mujeres de su país, donde pudieran hablar de manera conjunta acerca de sus vidas en el exilio, su identidad, el racismo, el machismo y la exclusión, entre otras temáticas. También pedían apoyos más concretos: “queremos que un grupo de profesionales nos ayuden a castellanizar a las que no hablan español, a prepararnos tanto como podamos, pero sin perder nuestras raíces étnicas” (Quan, 1986b, p. 2). El reto era grande, por lo que de forma alterna al taller y las sesiones sabatinas, se solicitó apoyo de diversos grupos de solidaridad en México para organizar pequeños grupos de alfabetización y enseñanza del español.

Esta segunda iniciativa, con integrantes indígenas y ladinas, no solo replicó el espacio seguro, sino que también, igual que su precedente, logró establecer redes de apoyo para las mujeres, que al emigrar a México habían perdido familias, amistades y, en muchos casos, trabajo y casa. Así, entre las tareas más urgentes se buscó reconstruir dichas redes, consiguiendo en la medida de lo posible, gracias a los grupos de solidaridad que existían en la ciudad, educación, casa, trabajo y servicios de salud para las integrantes. (Quan, 1987, p. 5)

Como la investigadora refiere, durante esta segunda iniciativa, poco a poco comenzaron a llegar más participantes, de una en una o de dos en dos porque se corrió la voz. No fue casual que las mujeres indígenas impulsaran la creación de este taller, cuyo objetivo más claro era que “el fenómeno de la identidad (individual, étnica, de género, de clases, ideológica y nacional) fuera discutido, analizado e interpretado” (Quan, 1991, p. 15),<sup>12</sup> ya que los pueblos

<sup>12</sup> Parafraseando a Quan, la identidad es un fenómeno de doble faz: debe existir una congruencia en la identidad que se le adjudica a determinada persona y la que ella asume como tal. Si no existe congruencia en ese complejo mecanismo de adjudicación y asunción de roles, hay un desquiciamiento de la identidad, puesto que esta se transforma a lo largo de la vida de cada persona (Quan, 1988, p. 1).

indígenas eran el blanco principal de la contrainsurgencia con el fin explícito de exterminarlos y diezmar su cultura. Así, dice, una forma de oponerse desde el exilio a estas prácticas genocidas, era buscar estrategias para reafirmarse como indígenas guatemaltecas (Quan, 1991, p. 15).

El trabajo del taller se llevó a cabo bajo la metodología de grupos operativos propuesto por Pichón Rivière,<sup>13</sup> adaptada a la situación concreta de las exiliadas. Entre otros propósitos, la idea era dar difusión al proyecto, para aportar al conocimiento de la identidad de la mujer guatemalteca, india y mestiza en el exilio mexicano, además de denunciar la represión gubernamental contra las comunidades indígenas en Guatemala. Así, en diferentes soportes se fue guardando la memoria de estas mujeres. Si bien Quan se propuso dejar constancia de estas experiencias en su trabajo etnográfico, y existen abundantes documentos y grabaciones al respecto, prácticamente ninguno de sus artículos o trabajos académicos fue publicado por las razones antes expuestas. Sin embargo, gracias a la conservación de su archivo personal, ahora en poder de quien esto escribe, es posible consultarlos.

## **La experiencia del taller sobre la identidad de la mujer guatemalteca**

Cuando algunas mujeres indígenas se acercaron a Quan para solicitarle que organizara un taller solo para guatemaltecas, la conformación del grupo fue un poco diferente al anterior. En primer lugar se habló con mujeres que tuvieran alguna experiencia previa en el trabajo conjunto, pues parte de los objetivos era “realizar una investigación participativa que pudiera producir materiales colectivos sobre el tema de la identidad de la mujer guatemalteca”, sobre todo, de las relaciones interétnicas dentro de la sociedad

<sup>13</sup> Ver bibliografía.

guatemalteca (Quan, 1986d, p.1). Como parte de la investigación, Quan, además de coordinar el taller, aportaba sus propias reflexiones y un marco teórico antropológico.

Con el objetivo de conformar el grupo de trabajo, se contactó con las integrantes del Taller Artesanal *Ja C'amabal I'b* (Casa de la Unidad del Pueblo) en la Ciudad de México, quienes previamente habían publicado materiales sobre la identidad étnica, “que nos parecía de lo más lúcido que se estaba produciendo en el exilio guatemalteco en la última década”.<sup>14</sup> (Quan, 1986d, p. 1) También se contactó con excompañeras de la Asociación de Trabajadores de la Cultura (ATCG) “Alaíde Foppa”, y del Foro de Guatemaltecos Democráticos, además de acercarse a otras mujeres sin ninguna filiación grupal, pero interesadas en el proyecto.

El Taller de Grupo Operativo sobre la Identidad de la Mujer Guatemalteca (TGOI) comenzó con ocho integrantes en mayo de 1986 y terminó con 15 en septiembre del año siguiente. Estaba conformado por mayas del altiplano, algunas con estudios de primaria, que en su lugar de origen eran campesinas o amas de casa. Las mujeres no indígenas provenían de las zonas urbanas, sobre todo de la Ciudad de Guatemala, y la mayor parte había concluido el bachillerato o tenían estudios universitarios. Algunas eran amas de casa y otras profesionales con trabajos remunerados. Otras de las integrantes, tanto mayas como no indígenas, habían tenido experiencia como militantes de izquierda y al menos tres habían formado parte de algunas de las agrupaciones guerrilleras. En el

<sup>14</sup> El taller artesanal fue fundado por refugiados que habían participado en la toma de la embajada de Brasil en Guatemala en 1980; entre ellos, Domingo Hernández. Muchos de ellos se habían separado, junto a Mario Payeras, del EGP. Gran parte de sus actividades, además de la creación de artesanías como una forma de obtener ingresos en México, fue la reflexión profunda acerca del derecho de los pueblos indígenas y la situación étnica multicultural (Hernández Soc, Alba Patricia, comunicación personal, s.f.). Uno de los materiales producidos por sus integrantes fue la ponencia presentada en el IV Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, realizado en 1987 en la Ciudad de México, Taller *Ja C'amabal I'b* (Casa de la Unidad del pueblo) de Guatemala, y que circuló de manera impresa entre los exiliados guatemaltecos. Una fotocopia de la ponencia forma parte del archivo de Quan.

grupo había mujeres divorciadas, viudas, madres solteras. La mayoría tenía pareja e hijos que mantener. Al finalizar el trabajo de grupo, ocho eran mayas y siete ladinas.

La coordinación estuvo a cargo de Quan y de la socióloga colombiana Pilar Jiménez.<sup>15</sup> Como ya se señaló, desde el inicio fue claro que las participantes sabían que el taller formaba parte de la investigación de la antropóloga sobre la identidad de la mujer guatemalteca. Por otra parte, se determinó que tanto las integrantes como las coordinadoras, todas migrantes, se auto asumirían como sujetos y objetos de estudio con una tarea común. Así, se establecía la horizontalidad entre los miembros del TGOI, independientemente de si se era coordinadora o integrante (Quan, 1986b, p. 2).

Las edades de las participantes oscilaban entre los 18 y los 53 años. Había mujeres solteras, casadas, divorciadas y viudas. El nivel educativo también era diverso: desde universitarias hasta aquellas que solo habían terminado la primaria. Algunas trabajaban, estudiaban o eran amas de casa. Pese a la heterogeneidad del grupo, una característica que las unía, además del exilio, era que todas habían perdido a un familiar cercano y/o tenían amigos o parientes desaparecidos (Quan, 1986d, p. 2).

Por supuesto, el inicio no estuvo exento de problemas. Como posteriormente señalaron las propias integrantes, “la desconfianza en cuanto a que, siguiendo esquemas tradicionales del trabajo en grupos, pudiera imponerse determinada tendencia y orientación. Timidez o temor frente a las compañeras con formación guerrerista o profundamente politizadas. Desvalorización de experiencias no políticas, entre otras” (TGOI, 1986, p. 1). Se tuvo que explicitar desde el inicio que el taller no tenía ningún vínculo político con

<sup>15</sup> Pilar Jiménez (Colombia, 1943-México, 2006) estudió Sociología en la Universidad de Santo Tomás de Aquino, en Bogotá. Fue investigadora del Centro de Estudios Sobre la Universidad (CESU) de la UNAM, hoy Instituto de Estudios Sobre la Universidad (IESU). En 2006 obtuvo el premio Sor Juana Inés de la Cruz, otorgado por la UNAM por su trayectoria académica. Su trabajo partía de un enfoque multidisciplinario, que incluía sociología, psicoanálisis y ciencias de la educación.

grupos de izquierda o con cualquier otro. Era una iniciativa de mujeres para mujeres.

Como se sabe, una consecuencia directa del conflicto armado guatemalteco fue el exilio. Y en el caso de los pueblos indígenas, la condición de refugiados en el sur de México producto de las masacres llevadas a cabo por el ejército. Poder verbalizar las vivencias que obligaron a las participantes a salir de sus comunidades de origen, incluido el periplo por el que pasaron para llegar a la Ciudad de México, fue uno de los motores que motivaron la organización de este grupo.

Como parte de su trabajo antropológico, Quan llevaba un diario de campo sobre la experiencia en el taller que tiene el registro de cada sesión. El diario pertenece a su archivo personal que, como ya mencioné se encuentra en mi poder. Se trata de un cuaderno rallado, de media carta, y tiene unas 100 páginas anotadas y la mayoría numeradas a mano, aunque hay algunas hojas sin folio. Desde el inicio del diario es evidente que el trabajo requirió de mucho acompañamiento y de múltiples apoyos para las participantes. Hubo sesiones muy duras, en las que la desazón fue palpable.

Nos quedó tristeza a todas. Llanto no llorado por las refugiadas guatemaltecas, cuyo exilio es desolado y opaco. Amargo. Hablamos sobre el suicidio como una posibilidad de acabar con el sufrimiento, con la angustia, la desolación por tantas cosas perdidas, producto del desarraigo. No son las únicas centroamericanas que vislumbran el suicidio como una alternativa real, vigente, a ese nudo ciego en que se ha convertido su vida (Quan, 1986e, p. 6).

El exilio como un quiebre de vida es definido por Elvira como “un nudo ciego gigantesco, como jaula de elefante, del que [ellas] son un alfiler perdido exactamente en el centro” (Quan, 1986e, p. 6). El recuerdo de lo que se dejó atrás no es menos desolador. Elvira también narra cómo los kaibiles llegaron a las casas de su pueblo para exigirle a las familias que entregaran a las mujeres más jovencitas para su uso personal: cocinar de día y satisfacerlos sexualmente

de noche. Por primera vez se atreve a mencionar que tanto en su caso como en el de otras mujeres indígenas, esta terrible experiencia no solo provocó trauma y vergüenza en cada una de ellas, sino una exclusión visible dentro de la propia comunidad. Por ejemplo, cuando el novio rompía con ellas porque ya no eran vírgenes o habían quedado embarazadas (Quan, 1986e, p. 7). En este sentido y tomando como base testimonios como el de Elvira, la represión también se debe revisar, menciona Quan en su diario (Quan, 1986e, p. 7), desde una perspectiva de género. Al respecto, ahora se sabe que la violación fue una más de las estrategias de contrainsurgencia practicadas específicamente contra las mujeres de las comunidades indígenas. Como señala Segato: “la violencia contra las mujeres ha dejado de ser un efecto colateral de la guerra y se ha transformado en un objetivo estratégico de este nuevo escenario bélico” (Segato, 2013, p. 15).

Como se ha visto, el espacio sabatino permitió hablar sobre temas considerados tabú hasta ese momento, ya que en general las integrantes preferían silenciar sus experiencias a manos de los soldados por el trauma y el duelo que significaron para quienes las sufrieron. Quan puntualiza sobre esto:

Las mujeres (junto a niños y ancianos) en Guatemala son las más vulnerables y vulneradas. Y las mujeres indias las más oprimidas por el machismo, la exclusión y, sobre todo, la represión. Centenas de niñas y jovencitas han sido violadas y embarazadas por los soldados contrainsurgentes. Muchas se plantean el suicidio como alternativa ante el dramatismo de llevar en su vientre al hijo del violador, el mismo que asesinó a los padres, hermanos, y arrasó y quemó su aldea” (Quan, 1986e, p. 7).

Verbalizarlo por primera vez y conseguir ayuda psicológica para enfrentar situaciones terribles como esta con el fin de sanar, fueron otros logros del colectivo. Otras problemáticas que se pusieron sobre la mesa, vinculadas con lo anterior, fueron las relacionadas con el rol de la mujer dentro y fuera de casa (espacio público y

privado), así como la de la sexualidad, su incidencia en la relación de pareja y en su propia identidad. Muchas se permitieron, por primera vez, exponer temas considerados personales.

Participar activamente en pequeños grupos de mujeres, “fuera de casa”, por decirlo de alguna manera, fue una oportunidad de organizarse colectivamente y realizar una reflexión conjunta sobre su propia historia y el nuevo rol que debían jugar en la situación de refugio que les tocó vivir. También fue una forma de apropiarse de un espacio en un país ajeno. Así, se cuestionaron acerca de su papel no solo dentro del entorno familiar; también en lo social, político e individualmente, como agentes de cambio. Quan escribe que al inicio el grupo se dividió en dos:

Las militantes, que, de acuerdo a las propias participantes, habían transgredido el rol socialmente asignado, de esposas y madres para ocupar el espacio público, y aquellas que se veían como “las acompañantes” (a los ojos de la otras y de los suyos propios). Es decir, aquellas que siguen cumpliendo con el rol prescrito por la sociedad patriarcal, y se quedaban en el ámbito privado desempeñando su rol de esposas, madres, amas de casa (Quan, 1987b , s/n).

Mientras el trabajo de las militantes era claro, pues luchaban por reivindicaciones sociales dentro de sus respectivas organizaciones, el de las acompañantes se desdibujaba entre las labores domésticas y el cuidado de la familia. Esta división dio pie a que se hablara específicamente sobre el rol de este segundo grupo de mujeres, que hasta ese momento habían sido invisibilizadas políticamente por su falta de militancia. En algunos casos, ni siquiera conocían la participación de sus esposos, hermanos o padres, hasta que, de un día para otro, se vieron obligadas a abandonar su país. El sentimiento que predominaba entre ellas era el de desesperanza, de inutilidad o fracaso por su papel secundario en la familia o por su falta de politización. Después de muchas sesiones “logramos una revalorización de la condición femenina en torno a un trabajo específico, que para todas constituyó un reto intelectual

que pudimos vencer con el aporte que cada una hizo en función de sí misma, mucho o poco, pero cada uno igualmente valioso” (TGOI, 1986, p. 11).

En este sentido, uno de los grandes logros fue reconocer que la mujer acompañante, que se ve a sí misma como la que cocina, cuida la casa y escucha los problemas de los demás, es plenamente capaz de asumir una postura política, tomar conciencia de la situación social no solo en su país sino en el resto del mundo, y participar de acuerdo con su situación personal (TGOI, 1986, p. 11).

Debido a que era uno de los puntos en común, muchas sesiones fueron dedicadas al tema del exilio. Los testimonios al respecto son reveladores. Silvia, por ejemplo, señala en la sesión inaugural: “En mi país tenía una identidad; allá, pese a los problemas que teníamos, me sentía integrada a nuestra sociedad. Todos los días tenía algo que hacer. Al llegar aquí me sentí vacía del todo” (Quan, 1996, p. 7). Graciela también reflexiona sobre su nuevo rol en la Ciudad de México: “En mi país era la esposa de, la señora de tal, la mamá de fulano, la hija de perengano. Aquí, por tantas cosas que pasé, me descubrí a mí misma como mujer, como persona y ver quién soy. Ahora me toca construir lo que quiero ser y lo que quiero para mi país” (Quan, 1996, p. 7). Jacinta resume su transformación en el tiempo pasado fuera de Guatemala: “aquí estamos descubriendo que podemos trabajar y mantener nuestro hogar, que podemos ocuparnos de nuestros hijos pero también trabajar por nuestro país, que podemos estudiar, prepararnos, independientemente de la edad que tengamos” (Quan, 1996, p. 8). Y agrega, “aquí descubrimos en toda su dimensión el significado del machismo, algo en lo que antes ni siquiera habíamos pensado; pero en la medida en que vamos teniendo más identidad como mujeres, vamos siendo más críticas con nuestra pareja. Esto hace que a veces la pareja se rompa o se llegue a consolidar con raíces más profundas” (Quan, 1996, p. 8). Y finaliza su intervención afirmando: “el exilio para nosotras debe ser tomado como una oportunidad de preparación para el retorno, para el cambio, para la superación” (Quan, 1996, p. 8).

Por otra parte, la libertad de expresarse libremente, así como las experiencias compartidas, permitieron que las mujeres, tanto indígenas como ladinas, encontraran vínculos, coincidencias, preocupaciones comunes, estableciendo así un puente entre ellas. Como afirman Lourdes y Miriam, “antes creíamos que el problema de la mujer solo se daba en nuestras comunidades, pero ahora sabemos que es un problema común. Es desde chiquitas que nos enseñaron cuál era el rol de las mujeres y vemos ahora que eso se da en todos los niveles, ricos o pobres, ladinos e indígenas” (Quan, 1996, p. 13).

Así, vemos cómo, a partir del trabajo grupal, las mujeres comenzaron a identificar que su identidad estaba pasando por un proceso de transformación. Se puede ser ama de casa, trabajadora doméstica, profesionista o estudiante, pero también hay otros roles que se pueden desempeñar. Solo a través del diálogo lograron tomar conciencia de que además de las tareas que ya tenían, era posible construir un proyecto propio, autónomo, fuera de ser madres, esposas o hijas de.

Otro de los aspectos más significativos del taller fue constatar cómo a lo largo de la experiencia, las mujeres fueron analizando y reconfigurando su rol dentro de la pareja y la familia. Ana María, por ejemplo, dice:

En mi caso, el haber sido solo apoyo [de mi marido] y pensar que eso no significa casi nada, el haber sido durante muchos años mujer sumisa con mi pareja, y cómo en el exilio descubro un sinnúmero de valores que había perdido, y que a pesar de que al principio esto se me hacía sumamente difícil, poco a poco me vuelvo a sentir capaz de descubrirme nuevamente (Quan, 1996, p. 10).

Paralelamente a las sesiones sobre el rol social de la mujer, también se habló sobre el machismo y cómo afectaba su interacción cotidiana con esposos, familiares, amigos, jefes y, en el caso de las militantes, con sus compañeros. Al respecto, Sonia comenta que, en una visita a Tlaxiaco, Oaxaca, observó unas estelas antiguas.

Noté que las figuras eran solo de hombres. Luego vimos el cadáver de una mujer con sus ollas [...] de repente me indigné y pensé, desde entonces había machismo; y me puse furiosa [...] soy india y soy mujer; y ver que hasta en la tumba está la mujer con sus ollas me puso furiosa [...], para mí esta es una prueba de las transformaciones que voy teniendo pues antes no lo hubiera notado. Comentaba con las compañeras que tenía ilusión de venir, porque aquí es el lugar donde puedo compartir estas cosas (Quan, 1996, p. 28).

Otra problemática que se abordó durante varias semanas fue la del racismo. Si bien al inicio, comenta Quan, predominaron los silencios, después de la primera sesión las integrantes, tanto indígenas como ladinas, hablaron sobre cómo los prejuicios heredados socialmente condicionaban la interacción social entre ellas, no solo en Guatemala, sino también en el exilio. Con el fin de confrontar el problema indio-ladino, se determinó que era necesario hablar de cómo las participantes se concebían unas a las otras, de acuerdo con lo que habían aprendido en sus respectivas familias y comunidades. Posteriormente se decidió que, si se deseaba profundizar en el tema, era necesario partir de las propias experiencias, de los propios prejuicios (Quan, 1996, p. 7). A partir de ese momento se enfocó el problema “desde lo cotidiano, escarbando ideas y actitudes, hasta asumir que no se resuelve, que el racismo no se puede resolver solo teóricamente ni porque participemos juntas en una lucha ni, mucho menos, de la noche a la mañana” (Quan, 1996, p. 28).

Ana María fue muy crítica al respecto: “en las sesiones empezó a salir cómo, en nuestros hogares, consciente o inconscientemente, existía un rechazo al indio y se invisibiliza cómo nuestra sociedad lo explota, lo margina y ha tratado de imponerle sus costumbres, menospreciando la cultura tan rica que tienen” (Quan, 1993, p. 4). Por su parte, Alejandra comentó: “pensaba que yo no actuaba con esa mentalidad, pero al escuchar a las compañeras me di cuenta de que no era así, que de muchas formas también había discriminado (Quan, 1996, p. 5).

Las mujeres mayas también expresaron sus propios prejuicios y temores. Lourdes y Miriam, ambas con trabajo político a sus espaldas, afirmaron que “en el grupo salió cómo efectivamente nosotras también llevábamos nuestros esquemas, prejuicios [...] pero empezamos a superar eso y nos ayudó a liberarnos de muchas cosas que traíamos dentro” (Quan, 1996, p. 5).

Uno de los aspectos en los que se centraron fue en el binomio que caracteriza al racismo: paternalismo por parte de los ladinos y resentimiento de los indígenas. Se requirió de una verdadera crítica y autocrítica para reconocer mutuos errores, diferencias y coincidencias para planear ideas comunes, sin perder de vista que todavía quedaba mucho por hacer, individualmente y en conjunto, para erradicar el racismo. Que había una larga tarea por delante que sigue sin completarse.

Entendemos que hay rasgos comunes que nos unen. Principalmente, el deseo de lograr un sistema justo donde exista igualdad de oportunidades para indias y ladinas. Vimos que si se comienza a hablar de la discriminación, al unirse indios y ladinos, no solo mujeres, es posible trabajarla y desarticularla; también comprobamos que juntas podemos romper estereotipos y comenzar a vernos como seres humanos, como iguales. Y lentamente desterrar la discriminación, al menos dentro de nuestros pequeños grupos y gracias a nuestros esfuerzos comunes (TGOI, 1986, p. 33).

A partir de la reflexión conjunta fue posible desterrar lentamente los prejuicios y la desconfianza mutua. Beatriz, mujer ladina, viuda y exmilitante, al hacer una síntesis de su experiencia al finalizar el taller, afirmó: “considero que el grupo se inició con una buena dosis de desconfianza mutua, la cual en parte se debía a experiencias previas de las integrantes. [...] Todas estas cosas (temores, desconfianza) se fueron desvaneciendo a través del trabajo” (TGOI, 1986, p. 33). Y al recapitular, señala:

¿Qué hemos sacado del trabajo en el grupo? Tal vez una serie de lecciones. Yo vine al grupo diciendo: no quiero ver, no quiero pensar. Lo

del indígena y sus problemáticas hacía tiempo que había dejado de pensarlo [...] por lo insalvable en una situación de violencia extrema como la que se vive en Guatemala (TGOI, 1986, p. 33).

Como consecuencia de lo anterior, buena parte de las sesiones se centraron en la represión contra la población indígena. Se vio la necesidad de concientizar a las compañeras ladinas de cómo la contrainsurgencia golpeó directamente el corazón de su cultura, destruyendo sus formas tradicionales de organización, mediante el asesinato de ancianos, sacerdotes rituales, principales y dirigentes, además de obligar a las distintas comunidades a abandonar sus lugares de origen (como refugiados o por la conformación de aldeas modelo), y en esa medida, desintegrar sus grupos étnicos.

Al respecto, en una entrevista grabada por Quan, Renata comenta:

Nuestra cultura tiene que cambiar y adaptarse. Nuestra identidad ya no puede basarse en la cultura de nuestros bisabuelos, abuelos y padres porque no se expresa de la misma forma que la nuestra, la de nuestros hijos y jóvenes, algunos huérfanos, creciendo fuera del país. Por eso, por nuestra condición de refugiados, su identidad no puede ser la nuestra” (Renata, 1986).

Y más adelante se pregunta:

¿Será que todo eso es negativo? ¿Todo lo que se refleja de nuestra cultura es deseable para un mundo mejor? ¿Acaso las patrullas de auto-defensa civil [también] representan nuestra cultura e identidad? ¿Y los kaibiles, un indígena kaibil, que tiene familia, que creció junto a la gente que después asesinará? ¿Será que también el indígena kaibil expresa su identidad y su cultura igual que un campesino que lucha, que vive fuera de su comunidad? ¿Y qué va a pasar con las aldeas modelo? ¿Qué sí debemos reivindicar y qué no? (Renata, 1986).

En este contexto, las mujeres indígenas plantearon que analizar y desentrañar la complejidad de la identidad de las refugiadas en México no solo era asunto de antropólogos, sociólogos y demás

investigadores; eran ellas quienes, en última instancia, habían vivido la represión y el exilio. Y que desde México y otros países, también estaban estudiando la situación étnica multicultural en contextos de guerra, masacres y destierro, con la capacidad de proponer nuevas formas de análisis, desde su cosmovisión y conocimientos ancestrales. Por supuesto, la reflexión conjunta con el resto de las integrantes del taller podía ser enriquecedora, señalaron, siempre y cuando se les considerara como iguales, no solo como objetos pasivos de estudio, sino como agentes de cambio (Quan, 1986e, p. 57).

Si bien el grupo estuvo consciente de la dificultad que hay en las relaciones inter e intra étnicas, el diálogo, el intercambio de ideas, de posturas, el respeto y el cariño que se fueron construyendo en el camino, les permitió tener una leve esperanza de cambio, de transformación. Por primera vez se atrevieron a imaginar un futuro diferente, “donde indios y ladinos bajo el respeto mutuo decidamos qué queremos ser” (Quan, 1996, p. 11). Por supuesto, quedó claro que la vivencia en el taller era solo un pasito para llegar a este fin. Una experiencia preliminar a la que debían seguir muchas otras, y que décadas después, siguen sin ser suficientes.

En los testimonios de las participantes indígenas se menciona otro aspecto relevante relacionado con la identidad, pues muchas no se consideraron guatemaltecas hasta que salieron de sus comunidades. No por iniciativa propia, sino como una exigencia externa, porque a nivel internacional y en los grupos de solidaridad, no se mencionaba su etnia sino su nacionalidad. La misma experiencia la vivieron los varones. Solo entonces comenzaron a asumirse como guatemaltecas, guatemaltecos. Paralelamente, debido a la necesidad de vivir en la Ciudad de México, otra exigencia que expresaron las integrantes, fue el de adueñarse del español y continuar con su educación formal (Quan, 1996, p. 20).

Un proceso importante dentro de la configuración de la identidad de la mujer guatemalteca que se fue elaborando dentro del TGOI, fue constatar que de la misma forma en que las indígenas

buscaban el reconocimiento y la reivindicación de su cultura y su cosmovisión, las ladinas también comenzaron un proceso similar. Como señala Cristina, “aunque el término ladino ha sido considerado despectivo al hablar de los no indígenas, también es un término que hay que reivindicar” (Quan, 1996, p. 22). Y propone que a través de dicha reivindicación es posible conformar una identidad más amplia. “Para crecer y para luchar contra todas las opresiones y discriminaciones es pensarnos, además de indias o ladinas, como mujeres latinoamericanas” (Quan, 1996, p. 22).

A partir de la reflexión conjunta se produjeron cambios, pequeños, pero no por eso menos significativos. Lourdes y Mirian afirmaron que

es con este tipo de experiencias que empezamos a ver con preocupación que la educación de los hijos ya no debe ser la misma, debemos proponer una formación nueva en relación con el papel de la mujer y del hombre en la sociedad, además de una nueva visión acerca del problema étnico (Quan, 1996, p. 24).

Otro tema que se trabajó en las últimas sesiones fue el del regreso. El gobierno democrático de Vinicio Cerezo (14 de enero de 1986 a 14 de enero de 1991) abrió la posibilidad de volver al país de origen. Tomando en cuenta esta situación, el equipo de coordinación planteó la necesidad de hablar sobre la posibilidad de que las integrantes volvieran a Guatemala. Especialmente para que aquellas que optasen por retornar pudiesen elaborar su separación de México. No olvidemos que el “desexilio” también implica pérdidas y ajustes, pues se vive como otra ruptura con el marco referencial construido en el país anfitrión. Para muchas, retornar también significaba dejar el espacio del taller y los vínculos que habían logrado establecer hasta entonces. “¿Dónde voy a hablar de mis cosas? ¿Dónde voy a seguir reflexionando sobre las temáticas que hemos visto aquí?”, se lamentaba una de ellas (Quan, 1996, p. 20). Así, elaborar la separación fue una de las tareas implícitas del trabajo grupal.

En la sesión del 8 de diciembre de 1986, la última reunión antes de las vacaciones navideñas, dos compañeras irían a Guatemala a pasar las fiestas. La perspectiva del viaje provocaba emociones encontradas. Por un lado les ilusionaba el futuro reencuentro con la familia y amigos. Por otro, se asociaba con la pérdida y la muerte. Se recordaba a los asesinados y desaparecidos que ya no se volverían a ver, a abrazar. Se pensaba que tal vez la visita no sería solamente temporal. Cabía la posibilidad de que se convirtiera en una estancia permanente por razones diversas, como podían ser las responsabilidades familiares, o en casos más extremos, la captura o la muerte (Quan, 1996, p. 21).

Cuando se hablaba de lo que anhelaban de Guatemala no se mencionaban sus calles o las comunidades de origen. Lo que se extrañaba eran las casas de los padres, los hermanos, los amigos, los espacios significativos para ellas. Diana, joven maya quiché, pidió a las viajeras que “dieran un beso a los volcanes”. Entre otras cosas, se habló de que el miedo era real, pues la represión no había concluido, ni las muertes violentas o las violaciones a niñas y jovencitas (Quan, 1996, p. 21).

Otra de las preocupaciones, especialmente entre las que se autodefinían como acompañantes era, en palabras de Margarita, “¿cómo combinar la emoción del retorno, de la visita, con la certeza de que muchos familiares y amigos ya no comparten ideas, causas, proyectos, una visión del mundo; familiares y amigos a quienes, pese a ello, se ama y por quienes se es amado?” (Quan, 1996, p. 22).

En la sesión de cierre otra integrante se pregunta, “¿cómo va a ser la vida sin los grupos de mujeres con quienes ha trabajado en México, donde ella pudo expresar sus miedos, sus preocupaciones, donde se transformó. [...] Donde se parió como un nuevo tipo de mujer que trata de imponerse? ¿Con quién podrá comunicarse a este nivel de profundidad, de franqueza?” (Quan, 1996, p. 35).

Al concluir el taller, Quan mantuvo contacto con algunas de las integrantes, a quienes entrevistó. También siguió sirviendo de

puente entre las exparticipantes y las diversas redes de apoyo. En sus conclusiones sobre la experiencia afirma:

La expatriación para estas mujeres ha implicado encontrar uno, varios espacios, para reflexionar colectivamente sobre sus múltiples identificaciones y sus múltiples roles. La acción ha proseguido a la reflexión y la mayoría de ellas se ha involucrado en tareas o trabajos interesantes que les permiten desempeñar sus diversos roles, como militantes o como madre-esposa-ama de casa con mayor alegría. [...] El exilio ha sido aprendizaje, confrontación, lucha. En el TGOI han vertido su historia, honesta, sinceramente; han comparado la suya con la de las otras y han asumido su papel en la historia reciente (Quan, 1991, p. 15).

## **Reflexiones finales**

Aunque lo anterior es tan solo una pequeña muestra de todo el trabajo realizado en el Taller de identidad de la mujer guatemalteca, es claro que para las participantes fue un espacio de encuentro, de introspección. Implicó, hasta cierto punto, un momento de emancipación individual, familiar y colectivo. Como señala Quan:

Con el trabajo grupal, respetuoso, fraterno, cara a cara, las integrantes han logrado ir sobreponiendo el trauma del exilio. Ante la pérdida del marco referencial que les aportaba el país de origen, han comenzado a adquirir otro que les complace, con el que se sienten satisfechas, en el que se transforman; ante la aniquilación de sus vínculos afectivos, pudieron construir otros. Ante la pérdida de identidad de la primera etapa del desarraigo, han trabajado para rearmar otra, a partir de la identificación con otros roles, otros objetivos de vida (Quan, 1996, 11).

Además, la reflexión permitió ir construyendo colectivamente una conciencia de género entre las participantes, pues durante su

exilio en México la panorámica de posibilidades personales, colectivas, se amplió y les mostró una serie de probables acciones domésticas, sociales y políticas. Entre otras iniciativas derivadas del taller, se propusieron denunciar las consecuencias de la represión, como la violación de los derechos humanos de las mujeres, y de las indígenas en particular.

Si bien, como apunta Quan en el último diario de campo que escribió en 1986, la identidad étnica y el racismo fueron las temáticas más duras de trabajar, hubo grandes avances al evidenciar estas problemáticas en la vida cotidiana de las integrantes, al encontrar coincidencias ideológicas, de experiencias de vida, de género. El trabajo en pequeños grupos, concluye la investigadora, puede convertir el exilio en una oportunidad para el cambio, para la superación, para fortalecerse al momento del retorno, si es que se produce (Quan, 1996, p.12).

La solidaridad y el compromiso adquiridos en el grupo permitieron la identificación con otras mujeres, con otras realidades. Se reconocieron necesidades mutuas. Como las mismas participantes expresaron en la sesión de cierre, vivir una experiencia exitosa en el taller, les permitía replicarla en otros espacios de manera individual, con el fin de seguir impulsando grupos similares dirigidos a mujeres en condición de exilio y retorno, ya fuera en México o en sus lugares de origen (Quan 1996, p. 26).

Si bien el proceso de configuración de la identidad nunca se completa, el TGOI les dio a las participantes, incluidas las coordinadoras, herramientas para repensarse en el exilio, desde los nuevos roles que el refugio en México las obligó a desempeñar. Y al mismo tiempo, vivir el destierro no solo como una experiencia de sobrevivencia, sino de esperanza: por la posibilidad de sanar, de prepararse, de crecer individual y colectivamente. Y algo sumamente importante que las integrantes manifestaron: repensar la educación de sus hijos de una forma distinta, más inclusiva (Quan 1996, p. 26).

Quan propone que en el exilio, “el nuevo mundo es un tema de reflexión permanente, ya que el desarraigo, la expatriación, implica un duelo. Cuando disminuye la idealización de la patria perdida, cuando se le llega a aceptar con sus aspectos positivos y negativos, el proceso de duelo empieza a tomar un camino de introspección, de acción”. Y prosigue, “el ser humano que se sobrepone al trauma del exilio-refugio, que llega a configurar una nueva identidad, adquiere una riqueza inmensa, que abre nuevas perspectivas de vida” (Quan, 1996, pp. 31- 32).

A muchas les tocó regresar y vivir el desexilio. Otras hicieron de México su lugar de residencia, como la propia investigadora. En todos los casos, el taller impulsado por Stella Quan Rossell se convirtió en un refugio en medio de la terrible experiencia del destierro. Al menos para las participantes, fue una oportunidad de establecer relaciones con otras mujeres, de prepararse formalmente o seguir estudiando sobre el racismo, el feminismo, o su propia participación para combatir la represión que se estaba viviendo en Guatemala.

Como ya se ha dicho, en muchos casos iniciativas como estas han pasado inadvertidas por la academia al no quedar registradas en libros y revistas.<sup>16</sup> De ahí la necesidad de exponerlas, para rescatar la memoria de las mujeres en el exilio en México durante el conflicto armado guatemalteco. En el caso concreto de este capítulo, más allá de mostrar el trabajo etnográfico de Quan, se evidencia una de las múltiples iniciativas que las mujeres guatemaltecas en situación de refugio llevaron a cabo, en una búsqueda permanente de acciones encaminadas a buscar soluciones a los conflictos personales, familiares y comunales que se viven en el destierro.

<sup>16</sup> El trabajo de Quan comenzó a divulgarse apenas unos años atrás, gracias a la publicación de la trilogía *Díspora, identidades y memoria colectiva* de su autoría, publicada en Guatemala por Editorial Catafixia, y a la investigación sobre antropólogas feministas pioneras de Chiapas y Centroamérica, llevada a cabo por Marisa Ruiz Trejo. La trilogía, publicada en 2018, incluye los libros *Los escritores y artistas del 44. Jacobo Rodríguez Padilla: una historia de vida; No es el fin. Es el mar. Crónica y voces de Luis Cardoza y Aragón; y La semilla que yo sembré. Alfonso Solórzano: testimonio.*

## Bibliografía

Andrade Salazar, José Alonso (2011). La intervención grupal: una lectura de los conceptos de Enrique Pichón Riviere: artículo de reflexión investigativa. *Revista electrónica de Psicología*, 14. (pp. 194-228). México: FES Iztacala, UNAM. [efaidnbmnnnibpcajpcgclefindmkaj/https://www.iztacala.unam.mx/carreras/psicologia/psiclin/vol14num3/Vol14No3Art11.pdf](https://www.iztacala.unam.mx/carreras/psicologia/psiclin/vol14num3/Vol14No3Art11.pdf)

Bonder, Gloria (1983). El estudio de la política desde la perspectiva de las mujeres. *Revista Internacional de Ciencias Sociales. La mujer y las esferas de poder*, 98. (pp. 613-627. Murcia: Universidad de Murcia.

Castañeda Salgado, Martha Patricia (2020). Antropología feminista y epistemología. En Lina Rosa Berrio Palomo, Martha Patricia Castañeda Salgado, Mary Rosaría Goldmish Conelly et al (coord.), *Antropologías feministas em México: epistemologías, ética, prácticas y miradas diversas*. (pp.61-81). México: Universidad Autónoma Metropolitana, Universidad Nacional Autónoma de México, Editorial Bonilla.

Hanish, Carol (2016). Lo personal es político. *Feministas Lúcidas*. [http://www.diariofemenino.com.ar/documentos/lo-personal-es-politico\\_final.pdf](http://www.diariofemenino.com.ar/documentos/lo-personal-es-politico_final.pdf)

Martínez Martínez, Alba (2019). Las mujeres recuerdan. Género y memoria del exilio republicano en Francia (1939-1978). *ARENAL*, 26(2), 367-398. Granada: Universidad de Granada.

Monzón, Ana Silvia (2015). Las mujeres, los feminismos y los movimientos sociales en Guatemala: relaciones, articulaciones y desencuentros. *Cuadernos de Debate*, 4, 1-3. Barcelona: Asociación Internacional de Ciudades Educadoras.

Navarrete Quan, Yosahandi (2024). Alaíde Foppa y Aimur, o una voz que emerge de las llamas. En Mónica Albizúrez (comp.) *Urgente Futuro. Escritos sobre Alaíde Foppa*. Guatemala: Editorial Cara Parens.

Pichón-Rivière, Enrique (1980). *El proceso grupal*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Quan Rossell, Stella (1972). *Guatemala: una cultura de la ignominia*. (Tesis de doctorado). México: Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Quan Rossell, Stella (1986). Ser mujer refugiada latinoamericana. *FEM* 10 (46),18-19. México.

Quan Rossell, Stella (1987). La identidad de la mujer guatemalteca en una situación de exilio. En Vania Salles y Elsie McPhai (comps.). *La investigación sobre la mujer. Primeros informes*. (Serie de investigación Núm. 1.) México: PIEM, El Colegio de México.

Rodríguez de Ita, Guadalupe (2021). Exiliados guatemaltecos en México: una experiencia recurrente. *Pacarina del Sur*, (48) (s/n). Perú: Asociación Cultural Latinoamericana Pacarina del Sur. [pacarinadelsur.com/home/abordajes-y-contiendas/319-exiliados-guatemaltecos-en-mexico-una-experiencia-recurrente](http://pacarinadelsur.com/home/abordajes-y-contiendas/319-exiliados-guatemaltecos-en-mexico-una-experiencia-recurrente)

Ruiz Trejo, Marisa G. (2020a). Despatriarcalizar y descolonizar las Ciencias Sociales y la memoria de Chiapas y Centroamérica. *Descolonizar y despatriarcalizar las Ciencias Sociales, la memoria y la vida en Chiapas, Centroamérica y el Caribe*. (pp. 63-110). Tuxtla Gutiérrez: Universidad Autónoma de Chiapas.

Ruiz Trejo, Marisa G. (2020b). Acercamientos a las antropólogas feministas en Chiapas y Centroamérica. En Lina Rosa Berrio Palomo, Martha Patricia Castañeda Salgado, Mary Rosaría Goldmish Conelly et al (coords.). *Antropologías feministas en México:*

*epistemologías, ética, prácticas y miradas diversas.* (pp. 83-118). México: Universidad Autónoma Metropolitana, Universidad Nacional Autónoma de México, Editorial Bonilla.

Segato, Rita Laura (2013). *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres.* México: Tinta Limón.

Villa Avendaño, Anelí (2019). *Memorias de esperanza. La lucha de las mujeres en la guerra contrainsurgente de Guatemala.* (Tesis de doctorado). México: Unidad de Posgrado en Estudios Latinoamericanos, UNAM.

### **Archivo Personal Descendientes Stella Quan Rossell, México.**

Integrantes del Primer Taller de Mujeres Refugiadas en la Ciudad de México. (1985). Diaporama sobre la situación de refugio de la mujer latinoamericana. (Inédito). Archivo Personal Descendientes Stella Quan Rossell, México.

Quan Rossell, Stella (1986a). *Grupo operativo: un aporte potencial teórico-práctico para el trabajo feminista.* (Inédito). Archivo Personal Descendientes Stella Quan Rossell, México.

Quan Rossell, Stella (1987b). *Exilio (refugio), identidad de la mujer y el trabajo en pequeños grupos.* [Ponencia]. *Encuentro de Talleres del PIEM-Colmex, marzo 10-13.* Archivo Personal Descendientes Stella Quan Rossell, México

Quan Rossell, Stella (1986b). *Justificación del proyecto.* (Inédito). Archivo Personal Descendientes Stella Quan Rossell, México.

Quan Rossell, Stella (1986d). *Protocolo del Taller de la Mujer Guatemalteca en situación de Refugio.* (Inédito). Archivo Personal Descendientes Stella Quan Rossell, México.

Quan Rossell, Stella (1986e). *Diario de campo refugiadas guatemaltecas*. (Inédito). Archivo Personal Descendientes Stella Quan Rossell, México.

Quan Rossell, Stella (1988). *Sobre la fenomenología de la identidad*. (Inédito). Archivo Personal Descendientes Stella Quan Rossell, México.

Quan Rossell, Stella (1989). *La primera experiencia: Nicaragua*. (Inédito). Archivo Personal Descendientes Stella Quan Rossell, México.

Quan Rossell, Stella (1991). *Exilio, identidad y memoria colectiva: mujeres de Guatemala refugiadas en México*. (Inédito). Archivo Personal Descendientes Stella Quan Rossell, México.

Quan Rossell, Stella (1993). *Memoria del TGOI*. (Inédito). Archivo Personal Descendientes Stella Quan Rossell, México.

Quan Rossell, Stella (1996). *Una experiencia de enseñanza-aprendizaje e investigación grupal, con mujeres guatemaltecas refugiadas en la Ciudad de México*. Borrador. (Inédito). Archivo Personal Descendientes Stella Quan Rossell, México.

Taller *Ja C'ambal I'b* (1987). *Taller Ja C'ambal I'b (Casa de la Unidad del Pueblo) de Guatemala, IV Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe*. [Ponencia]. Archivo Personal Descendientes Stella Quan Rossell, México.

Taller de Grupo Operativo sobre la Identidad de la Mujer Guatemalteca (TGOI) (1986). *Texto colectivo de las integrantes del TGOI*. (Inédito). Archivo Personal Descendientes Stella Quan Rossell, México.

Taller de Grupo Operativo sobre la Identidad de la Mujer Guatemalteca (TGOI) (1990). *Memoria del Encuentro de Organismos no Gubernamentales de ayuda a Refugiados Centroamericanos* (julio 3 al 5

de 1990). (Inédito). Archivo Personal Descendientes Stella Quan Rossell, México.

### **Entrevistas**

Renata (1986). Refugiada guatemalteca, entrevistada por Stella Quan Rosell [Entrevista inédita]. Caset 3, TGO1, minutos 22-25. Archivo personal descendientes Quan Rossell, México.



# Utopía, imaginarios y desmovilización

## Los comandos de la Contra y el proceso de paz en Nicaragua

*Verónica Rueda-Estrada*

*Con Dios y patriotismo derrocaremos al comunismo.*

*Dios, Patria y Libertad*

*Consigna Contra.*

*Paz y Libertad son conceptos más allá de no tener guerra.*

*Con toda la pobreza, miseria, desigualdad, no hay paz.*

Wangki Awala, URACCAAN, 2011

### **Introducción**

Con la victoria electoral de Violeta Barrios el 25 de febrero de 1990 se gestó el proceso de desarme y desmovilización de las fuerzas contendientes y con ello se puso fin oficialmente al conflicto bélico en Nicaragua. Para amplios sectores de la sociedad, incluida la presidenta electa, la salida del poder del sandinismo era sinónimo de paz y esta traería consigo frutos inmediatos pues la situación económica mejoraría, sin conflicto bélico la producción se incrementaría, habría empleo y la economía se desarrollaría. En un

ambiente pacífico, el gobierno, junto con la comunidad internacional, apoyaría proyectos para los excombatientes, entre ellos los Polos de Desarrollo, una figura productiva que traería progreso a los contras desmovilizados y a sus familias.

Evidentemente, en los campamentos contras surgieron dudas sobre su futuro y el de su organización: ¿Cuáles serían los frutos tangibles de la paz? Es importante reconstruir desde las fuentes orales el ideario y las esperanzas de futuro que albergaban los comandos desmovilizados, por lo que vale la pena también preguntarse: ¿Qué imaginaron los comandos contras cuando entregaron el fusil? ¿Los convencieron de entregar el arma o era un deseo de los combatientes? ¿Ha mejorado su situación económica desde el fin de la guerra? En este texto se busca dar respuesta a estos cuestionamientos a través de una serie de entrevistas realizadas a excombatientes entre 2006 y abril de 2018 en Nicaragua, y en Costa Rica en 2023 debido a que, tras la crisis de 2018, el trabajo de campo con excontras se hizo en su exilio.

El capítulo se encuentra dividido en cinco secciones: en la primera se desarrollan los antecedentes de la Contra y los primeros acuerdos de paz. En la segunda se analizan las elecciones de 1990, los acuerdos oficiales de desmovilización y los anhelos de paz de los contras. En la tercera sección se describe la entrega del arma y las utopías del proceso de desmovilización. En la cuarta se examina la inserción civil de los contras y sus utopías, así como la realidad de la desmovilización. Finalmente, en la quinta sección, a manera de epílogo, se expone de manera sintética la utopía de los excontras tras el regreso de Daniel Ortega al poder y la crisis de abril de 2018.

## **Origen de la Contra y los primeros vientos de paz**

El 17 de julio de 1979 Anastasio Somoza Debayle abandonó Nicaragua, lo acompañaron políticos cercanos al régimen y

algunos miembros de la Guardia Nacional (GN). Otros iniciaron el exilio en Honduras, El Salvador, Guatemala y Costa Rica, donde empezaron la organización de la contrarrevolución para derrocar a los sandinistas que los habían vencido. Pronto contactaron a los militares norteamericanos que los habían capacitado en la Escuela de las Américas, y así, en septiembre de 1979, ingresó desde Honduras el primer contingente armado (Dickey, 1985). A partir de ese momento, la escalada contrarrevolucionaria sería la constante.

Paralelamente a los movimientos de los exguardias, grupos de campesinos, pequeños productores, indígenas y disidentes sandinistas tomaron las armas, ya que se sentían víctimas de despojos, persecuciones y amenazas por parte del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) que había tomado el poder, y conformaron diversas agrupaciones contrarrevolucionarias. Las primeras acciones de estos pequeños grupos tuvieron que ver con la recuperación de armas; el liderazgo lo ejercían sus padres, familiares, vecinos y/o amigos, y contaban con suficiente apoyo de la población rural para sobrevivir. Primero los guardias, luego políticos oportunistas<sup>1</sup> y finalmente el gobierno norteamericano quienes decidieron maximizar el descontento campesino. Inició entonces el apoyo oficial al incipiente movimiento antisandinista con la Fuerza Democrática Nicaragüense (FDN). Entre 1979 y 1983, se calculan unos 73.9 millones de dólares. Posteriormente, tras el rechazo de sectores políticos en Estados Unidos se buscó el financiamiento internacional, de carácter ilegal (Núñez Soto et al., 1992, p. 166).<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Así resume Luis Fley, “Comandante Johnson”, la contradicción entre el liderazgo contra y las bases: “el campesino fue el que se levantó en armas [...] no fueron los de corbatas, sacos, los que se levantaron. Aquí fue el campesino, que se sintió que lo violentaron [...] Y los campesinos, luchando por su libertad, su cambio, por volver a la normalidad y volver a trabajar en paz” (Fley, 2018).

<sup>2</sup> Elliot Abrahms, subsecretario de Estado, obtuvo para la Contra 10 millones de dólares del sultán de Brunei, 32 millones del rey Fahd de Arabia Saudita; donaciones de Taiwán y Chile; Israel y Sudáfrica enviaron armas.

El salario de los líderes Contra era de 20 000 dólares por mes, sin embargo, los reclutas recibían el equivalente a un dólar diario en entrenamiento, comida y pertrechos (Núñez Soto y otros, 1992, p. 173). La Resistencia Nicaragüense (RN) nació oficialmente con ese nombre en Washington, D.C., en mayo de 1987 a través de una alianza con múltiples sectores con evidentes diferencias ideológicas. Había miembros de los partidos liberales, conservadores, social demócratas y social cristianos, el sector laboral y el privado, entre otros. Esta multiplicidad de actores e intereses provocó rupturas y disputas, el proyecto naufragaba pues para finales de ese año, la Central Intelligence Agency (CIA) ya no dirigía oficialmente esta iniciativa (Castillo Rivas, 1993, p. 275). Sin patrocinadores, los líderes políticos buscaron negociar con los sandinistas los Acuerdos de Sapoá y, tras una serie de intentos de pacificación regional, se estableció en el Plan Arias, y después, en los Acuerdos de Esquipulas II, la participación en la contienda electoral a celebrarse en 1990. Como contraste, los comandantes en el campo de batalla se consideraban fuertes en el terreno militar, con más de 19 000 combatientes (Morales Carazo, 1989),<sup>3</sup> creían poder vencer a los sandinistas, por lo que las negociaciones eran una “traición” a su lucha. Es decir, había una ruptura entre el imaginario desde el campo militar y la política.

Los primeros acuerdos significaron esperanza para algunos en los campamentos de la Contra, así lo recuerda una combatiente del Batallón Sagitario: “se decía que se negociaba y que [...] se había arreglado con los Estados Unidos [...] y venía la paz para Nicaragua y que la lucha no iba a seguir y aceptamos” (Flor, 2006). Los acuerdos no solo pondrían fin a la guerra, también significaban una mejoría inmediata en la vida de los nicaragüenses. Dolores, una vendedora que había sido herida en el fuego cruzado durante

<sup>3</sup> Desde 1985-1986, el número de combatientes era superior al que había tenido la Guardia Nacional de Somoza en 1979 con 15 000 efectivos. En 1988 eran entre 19 000 y 19 700 (Morales Carazo, 1989).

una batalla entre contras y sandinistas, recuerda lo que escuchaba de los primeros, mientras estaba hospitalizada reponiéndose de varias heridas de bala:

Ya estaban lo de los Acuerdos de Sapoá [...] ya se decía que en Nicaragua iba a haber paz [...] como los que estábamos ahí éramos heridos, muchos discapacitados, entrenados a la guerra, para pelear, ellos querían paz, ellos decían que andaban luchando para que hubiera un cambio en Nicaragua, para que tengamos una democracia, este-mos en libertad, bonito, todos aspirábamos a vivir en paz, que no hubieran los racionamientos de comida, que aquellas grandes filas para comprar la librita de azúcar y aquellas cuestiones de que el dinero hoy andaba en mil córdobas y mañana era nada, se devaluaba día a día, entonces la gente aspiraba al cambio y la paz en Nicaragua, un gobierno democrático que nos dé libertad y trabajo, eso platicaban ahí en el grupo (Dolores, 2006).

Los Acuerdos de Sapoá, firmados el 23 de marzo de 1989, incluían el cese al fuego, amnistía para quienes quisieran desmovilizarse y la posibilidad de participar entonces en las elecciones de 1990. Fueron principalmente los heridos y discapacitados los que se beneficiaron del acuerdo, algunos posteriormente iniciaron el proselitismo electoral a favor de la candidata de la UNO. Así recuerda Dolores este periodo:

Nos informan los superiores, los jefes y nos reúnen, y nos dicen muchachos, al fin vamos a triunfar, porque Dios todo lo puede, porque es cierto que la guerra esta y nosotros estamos listos, tenemos todo el apoyo [de la población], tenemos el armamento y tenemos gente capacitada, pero si el gobierno de Nicaragua, que era Daniel Ortega, está de acuerdo, vamos a entregar armas y ellos también van a entregar, vamos a quemar todas esas armas para que así demos-tremos que nosotros queremos la paz y van a haber elecciones en Nicaragua, vamos a comenzar a hacer campaña [electoral], va a haber totalmen-te un cambio en Nicaragua, así que siéntanse tranquilos. Un montón de gente, muchos discapacitados únicamente con la aspiración de

volver a su pueblo, de ver a su gente que hacía tiempo que no la veían (Dolores, 2006).

Es posible observar que, para Flor, Dolores y los heridos en los campamentos contrarrevolucionarios, los acuerdos de paz eran una fuente de esperanza, un paso significativo para acabar con la guerra y el sufrimiento que traía; además, estaba la posibilidad de la participación en una contienda electoral y con ello lograr un cambio, no solo político, sino también en lo económico, pues se acabarían las devaluaciones y los racionamientos. En el testimonio de Dolores también se destaca la posición que se tenían en el terreno militar, la fuerza en armamento, el apoyo de Dios y de la población, y el espíritu de paz de los integrantes de la Contra, que a pesar de tener la “verdad” de su lado, estaban dispuestos a llegar a un acuerdo y dejar las armas. La población y los mismos combatientes necesitaban un descanso, darle una oportunidad a la paz, así lo recuerda Pájaro.

Cuando se empieza a hablar de firma de acuerdos [...] en ese entonces yo iba a cumplir 17 años, pensaba con mis compañeros que ojalá no caigamos antes de que se firme. Yo quería salir vivo, porque en el tiempo que estuve en la Resistencia Nicaragüense no tuve la oportunidad de ver a mi familia, yo no pude saber nada de mi familia, y yo deseaba que se llegara ya la paz, la desmovilización y deponer el arma y regresar a mi familia, a conocerlos porque yo ya ni me acordaba bien de mi mamá, de mis hermanas, entonces para mí era de suma importancia y de manera que el Frente Sandinista hiciera todo para llegar a acuerdos [...] (Pájaro, 2006).

Si bien los Acuerdos de Sapoá significaron un descanso a la guerra y la esperanza para muchas personas, también generaron dudas entre los comandos que estaban en el campo de batalla. Así lo explicó Moisés:

[...] compartí con muchos de mis compañeros lo que se hablaba de la paz inmediata, pero no una paz a costa de nuestra unidad, sino una

paz en base a los principios, del ideario de libertad que necesitaba el pueblo de Nicaragua y yo por lo menos creo que negociar con el Frente Sandinista para que [...] se firmara la paz y la democracia dentro del país, fue un paso que siempre debió hacerse [...] (Moisés, 2006).

Los cuestionamientos sobre el acuerdo eran legítimos, pues para los comandos estos debían de darse respetando el ideario por el que se luchaba: libertad. Era entonces algo trascendental para los contras: “Lo que [nosotros] queríamos era desmovilizar, deponer las armas o reinsertarnos, era en la democracia, en la vida civil, en libertad [...]” (Pájaro, 2006). Había también un ambiente de desconfianza, así lo recuerda Olivo, que como muchos otros combatientes estaba en el terreno:

Hieren al jefe [...] y vuelvo a quedar de jefe de pelotón [...] cuando oímos decir de los acuerdos de paz, que [...] estaban negociando los Acuerdos de Sapoá, no recuerdo la fecha, pero ya oíamos que había negociaciones con el Estado Mayor de la Resistencia y el Frente Sandinista, nosotros más que todo, no le creíamos al Sandinismo, porque al Sandinismo nunca, jamás se le cree, no creíamos porque nosotros un día antes pelamos y perdimos a dos comandos y sacamos heridos, decíamos el Frente jamás va a tratar con nosotros o va a llegar a negociar con los jefes (Olivo, 2006).

Existían también profundas críticas a sus líderes, especialmente a los que participaban en las negociaciones, fuera con el FSLN o posteriormente con Violeta Barrios:

[...] yo le pregunte a Franklin<sup>4</sup> que si lo que se estaba hablando de paz ¿era por un partido? ¿un arreglo político? porque los que andábamos ahí era por derrotar el comunismo, por llevar democracia en Nicaragua, para que hubiera participación, algo participativo y que hubiera cambios de gobierno con su periodo completo, por eso se luchaba,

<sup>4</sup> Se refiere a Israel Galeano, “Comandante Franklin”, jefe del Estado Mayor de la Resistencia Nicaragüense desde 1989, quien fue firmante de los acuerdos con el gobierno de Violeta Barrios (Tyroler, 1991).

para que hubiera democracia, pero no teníamos garantías y hay que ver cómo nos fue (Pantera, 2018).

Tras Sapoá, el conflicto bajó de intensidad, sin embargo, también se dieron operaciones militares de gran envergadura que lo que buscaban era afianzar a los bandos en las negociaciones. Así lo fue Danto 88 para el FSLN y las actividades armadas que realizó la Contra:

Mire, el objetivo de todo guerrillero es que se termine la guerra, los que andamos por principios de democracia no la queremos en realidad, porque la guerra lo que trae es luto, muerte, etcétera [...] pero que terminara uno triunfando ¿verdad? [...] cuando se dio un cese al fuego, un paso que se dio, aquí hubo voluntad de ambos, porque la verdad de las cosas, es que aquí el ejército sandinista estaba muy entrenado, capacitado, lo que pasa es que cuando a nosotros los americanos nos ayudaron con los misiles SAM 7 [...] nosotros venimos a Nicaragua e hicimos una ofensiva de infantería que nosotros casi llegamos a Managua porque estuvimos en Sébaco, estuvimos en La Trinidad, Estelí, estuvimos en Chontales, ahí por Santo Tomas [...] esa vez nos mataron bastante gente a nosotros, [...] el que diga que no mata entonces no anda en la guerra, porque si no mata lo matan, y entonces murieron bastantes del ejército y murieron bastantes de nosotros y tuvimos que retirarnos, llegamos a Honduras, la aviación nos atacó y nos hizo verga como decimos (Tigre, 2006).

En ambos bandos era cada vez más frecuente escuchar la necesidad de la paz para ponerle fin al sufrimiento de Nicaragua. Con la suma de voluntades, el cambio fue posible, aunque con consecuencias imprevistas para los comandos.

## **Las elecciones y los acuerdos de desmovilización**

El Plan Arias se estructuró teniendo como base tres pilares: democracia, paz y desarrollo. Evidentemente eso incidió en cómo se

gestionaría el proceso de pacificación en Nicaragua, pues, desde entonces, todos los esfuerzos de los actores se centraron en las elecciones, una visión bastante limitada que dejó de lado los otros elementos fundamentales. El gobierno sandinista se comprometió a realizar cambios para “democratizar” el país, por lo que dio garantías de prensa, propaganda y participación partidaria, todo ello para la participación electoral de la coalición de la Unión Nacional Opositora (UNO) que presentó a Violeta Barrios como candidata. Ella era un icono por ser la viuda de Pedro Joaquín Chamorro, un influyente periodista asesinado por la dictadura, la preferida de Estados Unidos (Boyer, 1993, p. 225)<sup>5</sup> y también la apuesta de la RN, aunque su experiencia política se limitaba a su fugaz participación en la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional (JGRN) a la que renunció. Violeta estableció su campaña en torno al anhelo de reconciliación nacional (Close, 2005, p. 104) y fue una verdadera contendiente para Daniel Ortega y Sergio Ramírez que buscaban la reelección.

Las elecciones se realizaron el 25 de febrero de 1990, la UNO ganó con el 55% de los votos y el FSLN admitió la derrota electoral. En los campamentos contras la celebración fue memorable:

Mucha alegría, mucha satisfacción [...] porque estábamos deseando reencontrarnos con la familia para poder ser parte de un proceso de reconstrucción física y moral de Nicaragua. [Estaba en Honduras] escuchando la radio [...] cuando se anuncia que eran ventajas porcentuales a favor de la Unión Nacional Opositora pues comienza la disparadera [sic] y todos celebramos [...] no había whisky, no había otra cosa más que el fusil y con eso a celebrar, incluso explotaron morteros [...] todos nos salimos de las covachas y empezamos a hacer fogatas y a brindar con café (Moisés, 2006).

<sup>5</sup> Si bien no hay datos oficiales sobre el volumen del apoyo norteamericano a la campaña de la UNO, se calcula que aportaron unos 16 000 000 de dólares, con ello y en solo cuatro meses de campaña “Estados Unidos, habían conseguido lo que casi una década de guerra no había podido alcanzar: la salida de los sandinistas del poder” (Boyer, 1993, p.225).

Para la población afectada y especialmente para las personas heridas por la guerra, se veía un futuro promisorio:

Y ganó la Violeta [...] pues le voy a decir sinceramente para mí fue una alegría porque yo dije ideay, ya no va a haber guerra, ella era una persona democrática que tiende a rozarse, que tiene amistad con países democráticos y vamos a tener una ayuda en Nicaragua [...] ojalá que [...] nos de libertad, que tenga ideas y principios democráticos, que no vaya a llevar a los chavalos a la guerra, que porque hay una exigencia, vamos a tener un buzón de armas acaparadas, ni que haya tanto entrenamiento de guerra (Dolores, 2006).

La victoria electoral era entonces garantía de acabar con la guerra, pero también rondaban otros sentimientos: “Tuanis, todos [en el campamento] felices de que se acababa la guerra, en la guerra había tiempos en que se alegraba uno y tiempos en los que lloraba, así era [...] era alegre porque íbamos a regresar donde nuestra familia, lo que quedaba pues porque muchos no regresaron, también triste” (Fredí, 2006). Esa tristeza era por sus compañeros, familiares y amigos caídos. Otros comandos eran pesimistas:

Al comienzo ninguno de nosotros creíamos en eso [del fin de la guerra], después se fue “embebiendo” lentamente [...] los jefes nos iban diciendo, vamos a negociar...algunos creían, otros eran rebeldes, “no quiero nada con esa gente” [los sandinistas]. Entonces lo tomamos no muy en serio, no con confianza [...]. Casi la mayoría pues no estábamos de acuerdo, pero nuestros jefes, digamos que nos seducieron [sic] (Carpintero, 2006).

En los siguientes días se dieron algunos ataques de la RN a comunidades, por ejemplo, el del 24 de marzo en La Pavona, Estelí, murieron 12 personas y 8 resultaron heridos; supuestamente los comandos no estaban enterados de la victoria de Barrios (*El Nuevo Diario [END]*, 1990b, p. 8). La salida del poder de los sandinistas era importante para el establecimiento de la paz, pero aún debían darse muchos pasos. No se había firmado ningún cese al fuego, por

lo que, en sentido estricto, la guerra no había acabado y los ataques seguirían dándose. Los comunicados norteamericanos evidenciaban que la Contra ya no recibiría más apoyo, el secretario de Estado James Baker había dicho ante el Congreso el 1 de marzo de 1990: “La guerra se terminó en Nicaragua y los contras se desmovilizarán como estaba previsto [...] reintegrar a los contras a la sociedad nicaragüense constituirá un problema delicado pero que será resuelto” (*END*, 1990, p. 2).

Para algunos comandos, esto no era una amenaza, sino una realidad que se vivía en los campamentos, un indígena combatiente de YATAMA lo resume así:

En 1987 [...] el Congreso norteamericano dijo que ya no iba a dar recursos económicos para armas, había aprobado para logística y alimento, entonces ya se estaba programando la desmovilización de la Contra. A nosotros nos avisan cuando ya estaba todo montado, eso cayó como balde de agua fría ¿qué iba a pasar con nosotros? sólo teníamos entrenamiento militar [...]. Para 1988 ya se olía la paz, se estaba buscando el mecanismo [para lograrlo], los líderes tenían ya esa disposición, pero a las tropas no se nos había informado y seguimos peleando [...] Las dos grandes potencias vieron que no había como ganar la guerra, ni los rusos ayudando a los sandinistas ni los norteamericanos apoyando a la Contra. También intervenían otros países, las iglesias, los organismos y se vio que la guerra tenía que parar. Entonces, los sandinistas controlaron a un grupo diciéndoles que les iban a dar casas, dinero y algunos cedieron y firmaron acuerdos, los difundieron fuertemente [en 1988 y 1989] era una guerra psicológica para los muchachos [contras] [...] sin municiones prácticamente el gobierno norteamericano los obligó a negociar con el Frente Sandinista (Sierra, 2008).

Existían actores que presionaban por la inmediata desmovilización de la Contra. El 27 de enero de 1990 fue juramentado como presidente de Honduras Rafael Callejas, y declaró que no estaba dispuesto a seguirles facilitando su territorio como base de operaciones, por lo que los combatientes que aún permanecían en el

país debían iniciar el retorno a su país lo antes posible (CIAV-OEA, 1998, p. 46).

Violeta Barrios sentía la urgente necesidad/presión de desmovilizar a sus aliados armados, por lo que su gabinete se reunió con líderes de la Contra para la firma del Acuerdo de Tocontín el 23 de marzo de 1990. Ahí la RN reconocía la victoria electoral de la UNO y aceptaba su desmovilización antes del 25 de abril de 1990 –fecha prevista para la toma de protesta–, es decir, se sellaba la entrega de las armas de más de 19 000 hombres y mujeres en un mes y dos días, ello porque la nueva presidenta consideraba que era un elemento esencial para crear el clima de paz, estabilidad y tranquilidad para el traspaso de poderes (Instituto Centroamericano de Estudios Políticos [INCEP], 194, p. 563). Evidentemente no se cumplió con esa fecha para la desmovilización, entre otras cosas, por la imposibilidad logística. Asimismo, muchos de los contras estaban aún en el campo de batalla y no sabían a donde dirigirse, otros ya se encontraban “acuartelados” en los campamentos y consideraban que se les obligaba a entregar el fusil, sin ninguna garantía, pues además el poder lo seguían teniendo los sandinistas: “En el gobierno estaba Violeta [...] pero atrás tenía a los sandinistas, con mucho poder, aún ahora es lo mismo [...] eso es lo que ha existido, desde la Violeta para acá” (Jinotegano, 2006).

En sentido estricto, el Acuerdo de Tocontín es el que posibilitó la desmovilización de la Contra, dio lugar a las siete zonas de seguridad, conocidas popularmente como Zonas de enclave,<sup>6</sup> en donde los combatientes acamparían y esperarían su turno para desmovilizarse; sin embargo, en los recuerdos de los comandos entrevistados, Sapoá fue al acuerdo más importante porque abrió la puerta a la paz como posibilidad, además, mediáticamente Tocontín fue eclipsado por la victoria de Violeta Barrios y su arribo al poder.

<sup>6</sup> Después se agregaron dos zonas de enclave más. Las establecidas fueron: El Amparo (Jinotega-Estelí); Kubalí (Matagalpa); San Andrés de Boboque (Matagalpa); La Piñuela (Chontales); El Almendro (Río San Juan); Bilwaskarma (cerca de Puerto Cabezas); Alamikamba (RAAN); Yolaina (Nueva Zelaya) y Los Cedros (Jinotega).

Entre los comandos, ese fue un periodo de esperanzas y dudas, de poca claridad en la información que recibían, así que los anhelos llenaban la imaginación sobre su futuro y lo que obtendrían a cambio de su fusil. Algunos, como Pájaro, anhelaban su desmovilización:

[...] lo hicimos de manera voluntaria, ya estábamos cansados y veía terrible ver caer a lado mío a los compañeros en los combates, incluso mirar caer a uno del ejército sandinista y saber que era un nicaragüense, lo que nos diferenciaba es que andaba con un uniforme de color diferente, pero que era otro nicaragüense igual que nosotros, pero con una ideología diferente, entonces lo que queríamos era que se acabara la guerra y que pudiéramos estar libres y mirarnos como hermanos aquí en Nicaragua (Pájaro, 2006).

Otros, como Jinotegano, tenían dudas. La desmovilización era prueba de su pacifismo y porque ya estaba pactado: “fuimos ingresados por acuerdos de Esquipulas II, de Sapoá [...] por el triunfo de la UNO, ingresamos porque no somos guerreristas, somos hombres de paz, siempre lo hemos dicho, lo que queremos es paz, democracia [...]” (Jinotegano, 2006). Las dudas más profundas eran las relativas a la seguridad de los comandos, así lo manifestó Redy: “Sabíamos que la democracia iba a prevalecer en Nicaragua, pero por otro lado pensábamos cómo integrarnos a la vida cívica sabiendo que con el Frente Sandinista éramos enemigos mortales, eso sí nos hacía pensar un poco. ¿De qué manera podríamos vivir en Nicaragua?” (Redy, 2006).

En su toma de protesta, el 25 de abril de 1990 la señora Barrios señaló:

[...] las causas que originaron la guerra civil en Nicaragua han desaparecido. Por eso los que se alzaron en armas deben ya dejar el fusil y regresar pacíficamente a Nicaragua con su familia a trabajar por la reconstrucción [...] todos hemos logrado esta primera gran elección democrática en la historia [...] la paz en todo el mundo se fortalece al coronarse con éxito esta elección. La democracia es la mejor garantía

de una paz firme y duradera, y Nicaragua se ha sumado a esa gran ola de cambio democrático que envuelve al mundo [...] La paz asegurada con la firma de los acuerdos entre las fuerzas de la Resistencia Nicaragüense, el Ejército Sandinista y representantes de mi gobierno (Ortíz Pinchetti, 1990).

Hay varios elementos que llaman la atención del discurso, entre ellos, el nulo reconocimiento al ejército de campesinos que había presionado militarmente para obtener la salida de los sandinistas: “Ese granito de arena que aportamos nosotros como Resistencia es la democracia” (El Negro, 2006). Por el contrario, para el nuevo gobierno, su victoria era producto de “las olas democráticas”; está también la idea sumamente reduccionista de que el FSLN fue la única causa de la guerra, es decir, que el antisandinismo era la exclusiva motivación de la Contra, y si bien era la principal en materia ideológica, parece evidente que deja de lado las consideraciones sobre las reivindicaciones de tipo campesino de los contras (Rueda-Estrada, 2015, pp. 82-90).

En otra parte Violeta Barrios afirmó: “Haré realidad mi compromiso de reconciliación nacional, porque solo así podemos tener desarrollo económico [...] no hay vencedores ni vencidos” (Ortíz Pinchetti, 1990). Pero la única propuesta para lograr la reconciliación fue el anuncio de una amnistía general por todos los delitos políticos y comunes relacionados durante la guerra y cometidos hasta ese día. Evidentemente, no fue suficiente para revertir la división entre los nicaragüenses.

Las dudas entre los comandos no se resolverían de inmediato, un paso importante para clarificar lo que seguiría fue la firma del “Protocolo para la Transferencia del Mando Presidencial del Gobierno de la República de Nicaragua” el 27 de marzo 1990, conocido popularmente como el Protocolo de Transición, que incluía una sección sobre el desarme de la Contra y el futuro de las Fuerzas

Armadas (Cajina, 1996).<sup>7</sup> La primera sería proscrita y la segunda pasaría por un proceso de reducción y de separación del FSLN. Con este protocolo se selló el futuro de las dos fuerzas contendientes.

En la campaña electoral y durante los primeros meses del gobierno de la UNO se promovió la idea de que una vez acabado el conflicto bélico la situación mejoraría, pues el gobierno ahorraría en gastos de defensa, estos serían canalizados a inversiones para paliar las condiciones de hambre y pobreza causadas por la guerra. Como dato significativo los recursos canalizados al conflicto entre 1983 y 1989 totalizaron 1 998 millones de dólares (Close, 2005, p. 58). En un ambiente de paz la producción mejoraría, la economía se desarrollaría, se promovería la inversión extranjera y la comunidad internacional apoyaría los proyectos productivos de los excombatientes, refugiados, discapacitados y de todos los sectores productivos. Vemos así cómo se configuró un trinomio utópico: Paz-Reconciliación Nacional-Desarrollo económico; es decir, que la paz por sí misma traería la reconciliación y esto generaría las condiciones para que mejorara la economía. Esta fue la idea que se estableció fuertemente en el imaginario popular, especialmente entre los contras.

## **La desmovilización, la democracia y las utopías**

Los comandos esperaban formar parte del gobierno, pues sentían que Violeta Barrios había llegado al poder debido a la presión militar que habían ejercido. La obtención de esos espacios era

<sup>7</sup> Un elemento fundamental fue la subordinación de la policía y el ejército al poder civil. Con ello se buscó reducir el riesgo de un golpe militar y de la excesiva influencia de los mandos militares en las decisiones del Estado. En los hechos, las fuerzas armadas empezaron a asumir funciones en seguridad, específicamente cuando se dio el rearme de excombatientes (Cajina, 1996) y esta práctica continúa hasta ahora. El ejército controla también actividades políticas, y con la politización de la ecología y el medio ambiente, se abrió la puerta para que incorporara a su quehacer la represión a las protestas ambientalistas.

fundamental para su futuro organizativo y si bien parte de la alta esfera de la RN los obtuvo,<sup>8</sup> estos fueron nimios en comparación con lo que esperaban; por el contrario, para el nuevo gobierno eran una fuerza que debía desaparecer lo antes posible, por lo que no incluyó la participación de los excomandos en la nueva administración (Close, 2005, p. 13). Tampoco en las fuerzas policiales, como era en anhelo de algunos: “[...] nosotros pensamos que doña Violeta nos iba a tomar en cuenta [...] que tal vez nosotros íbamos a ser la mitad de su ejército, la mitad de su policía ¡qué va a ser! [...] nos ofrecieron casa, tierra y nos ofrecieron puestos en el gobierno y a la hora de la hora lo que nos dieron fue un pantalón sin bolsa y un par de botas de hule” (Tigre, 2006).

Los contras tampoco obtuvieron el reconocimiento que esperaban como artífices del cambio. Un excontra herido en el campo de batalla lo estableció así: “Nosotros somos los héroes de la democracia, si nosotros no hacemos una guerra contra el Frente Sandinista aquí no hubiera habido elecciones libres y la UNO nunca hubiese gobernado, ni [Arnoldo] Alemán, ni [Enrique] Bolaños y el comunismo estaría en toda Centroamérica” (Moreno, 2006).

[...] digo yo que ese granito de arena que pusimos nosotros como Resistencia no fue en vano porque presionamos al gobierno sandinista para que diera elecciones libres, fue cuando se dio el caso de doña Violeta ¿ve? ahí se terminó lo del servicio militar y entonces digo yo que nosotros como Resistencia Nicaragüense, todo lo que hicimos es está democracia [...] (El Negro, 2006).

<sup>8</sup> El jefe del Estado Mayor de la RN y firmante de los acuerdos de Tocontín y Managua, Israel Galeano, “Franklin”, fue nombrado director de Coordinaciones Interinstitucionales del Ministerio de Gobernación; el líder militar y también firmante de acuerdos Óscar Sobalvarro, “Rubén”, fue designado vicepresidente del Instituto de Repatriación. Los líderes políticos fueron los más beneficiados: Alfredo César, presidente de la Asamblea Nacional; Carlos Hurtado, ministro de Gobernación; Antonio Ibarra, viceministro de la Presidencia; Humberto Belli, ministro de Educación; Azucena Ferrey, coordinadora de una comisión de la asamblea legislativa; Boanerges Matus, “Pepe”, ministro de Reforma Agraria; Frank César, secretario general del Ministerio de Gobernación; Brooklin Rivera de Yatama, ministro del Instituto para el Desarrollo de las Regiones Autónomas (INDERA).

Tigre (2006) también hace referencia al aporte de la Contra:

[...] y se abonó a la patria, miles de gentes las que murieron, que dejaron la sangre en las montañas, varios estuvimos heridos, muchos quedaron lisiados... se lo digo sinceramente, que el triunfo de doña Violeta fue por la presión que hicimos nosotros, jamás hubiera ganado si no hubiera existido la Contra. Los sandinistas como decimos vulgarmente “hubieran echado perro” así en las nalgas sentados en el poder, una segunda Cuba, porque sin la Contra jamás hubiera existido democracia en este país [...] sin las personas que pusimos la vida, sin los que nos ayudaron, porque nos ayudó el gobierno hondureño por el santuario y los Estados Unidos, en ese tiempo el presidente era Reagan y Oliver North, que estuvo bastante metido con nosotros, si no hubiese sido así, jamás nosotros hubiéramos tenido esta libertad de votar.

La postura es unánime, así lo expresa uno de los pocos estudiantes que se unió a la Contra: “Era un gobierno que nosotros pusimos, Violeta de Chamorro estaba debajo de una cama escondida mientras nosotros andábamos con una mochila al tuto [espalda], mientras nosotros estábamos exponiendo la vida [...]” (Enano, 2006). Sobre los cargos que ocuparon algunos líderes y que se beneficiaron en la guerra y la posguerra nos dicen:

Porque aquí los muertos los pusimos nosotros los nicaragüenses, tanto muertos pusieron los sandinistas como los pusimos los contras y nos damos cuenta: campesinos eran los muertos sandinistas y campesinos eran los muertos contra [...] hoy que analizamos la guerra, servimos de instrumento nomás para que las dos grandes potencias se entendieran, porque la lucha de nosotros la hicimos por los errores que el Frente Sandinista cometió [...] la persecución política, la confiscación a productores que no teníamos nada que ver con el somocismo, el servicio militar [...] nosotros pusimos los muertos y otros pusieron los ministros [...] después de que pasó la guerra son los que vienen a ver cómo se acomodan [...] en el 90 después de que nosotros nos desmovilizamos o estábamos en los enclaves, llamaban “¡fulano, venite que ya sos diputado, venite que ya sos ministro!” pero

hoy ni esos ministros ni diputados se acuerdan de que están gozando de un buen cargo por la sangre y el sacrificio de todo los combatientes de la Resistencia, muchos regresaron a recuperar sus capitales, ni siquiera las gracias a los “vuela tiros” han dado [...] ni siquiera en la historia de este país nos han puesto [...] con eso nos deberían de halagar, hablar de esa lucha, de esos 10 años, pero no (Chaparra, 2006).

Ese sentimiento de traición de parte de sus líderes y el desdén de la presidenta Barrios es la constante: “nosotros pusimos los muertos y ellos los ministros, yo no sé si me entenderá, ellos fueron los favorecidos, la gente que estaba en la comodidad de Miami son los que fueron favorecidos, no nosotros que nos vergueamos [...] entonces eso nos molestó a nosotros porque de ministros no dejó a nadie de La Contra” (Enano, 2006). Sin un verdadero reconocimiento a la RN, doña Violeta siguió con sus planes de desmovilización, pero no era una realidad fácil de aceptar para los comandos, pues además no había claridad en lo relativo a su seguridad y los mecanismos para su inserción civil. La diversidad de orígenes, experiencias y anhelos de los comandos complicaba el panorama, y a ello se sumaba el problema de la propiedad:

[...] nosotros solo queríamos regresar a trabajar. Yo quería regresar a El Cuá, donde tenía mi finca y mis negocios, y seguir trabajando como que no había pasado nada, a comenzar de cero. Y ¿qué pasó? Hasta la fecha no he podido recuperar lo que tenía. [...] el Gobierno Sandinista [...] me aplicaron una Ley, que se conocía como la *Ley de los Ausentes* [...] una ley que luego la abolieron, pero no regresaron los bienes, en eso está mi casa y mi finca. [...] La finca se la regalaron, se la dieron a un militante sandinista, y ahora pues como el poblado es un barrio de El Cuá [...]. Entonces, lo que queríamos era regresar a trabajar [...] (Fley, 2018).

Otros tenían aspiraciones más significativas: “Uno de mis deseos era simplemente poder venir y morir en Nicaragua, ver a mi mamá que estaba sola” (Pantera, 2018). Para Murra, si bien era esperanza-dora la paz, también había aspiraciones materiales:

La verdad es que en ese momento nosotros recibíamos ese tipo de noticias, que no nos dejaban de llenar de esperanzas y al final es lo único que se ha mantenido hasta ahora, que nos iban a entregar tierra, una vivienda, que a las personas con discapacidad nos iban a entregar una pensión de parte del seguro social y al final de cuentas lo único que mantengo hasta ahora es la pensión, del resto nada (Murrá, 2006).

Sobre cómo se cumplirían los acuerdos: “solo nos dijeron, de que en los acuerdos que se habían firmado [...] el gobierno se comprometía a darnos terreno para trabajar y que nomás nosotros teníamos que presentar el carné y otros papeles” (Rafael, 2006). Carpintero también rememoró estos beneficios, aunque con algunas precisiones:

[...] ellos [los líderes] nos proponían que íbamos a tener financiamiento, que nos iban a dar 50 manzanas de tierra para que la trabajáramos, que nos iban a dar reses, así para que nosotros las criáramos, para que empezáramos a forjarnos de nuevo, eso es lo que nos decían ellos, entonces nosotros lo mirábamos bien hasta cierto punto, de que nos ayudaran, de que nos dieran y nosotros dejábamos la guerra [...] ellos nos decían que era para todos, nomás nos desmovilizábamos y nos iban a dar financiamiento y 50 manzanas de terreno para que las trabajemos cada uno (Carpintero, 2006).

Flor también recuerda la entrega de tierra, aunque para ella no eran 50 manzanas, sino que: “Nos dijeron que nos iba a dar esas 50 hectáreas a cada comando en el lugar donde vivíamos y que también nos iban a hacer una buena vivienda y que íbamos a tener atención médica sin pagarlo, íbamos a tener transporte sin pagarlo y todo eso no es cierto” (Flor, 2006). Hay entonces un sentimiento de engaño pues no se cumplieron sus anhelos y todo lo que sus líderes les prometían fue “palabrería”.

Los Acuerdos de Tocontín permitieron el cuantioso ingreso de comandos a Nicaragua y la desmovilización en Honduras de heridos y discapacitados. El 18 de abril se firmó el Addendum que consideró “[...] que el desarme voluntario de las fuerzas de la Resistencia

que aún permanecían en Honduras inicie el 25 de abril y [...] finalizada a más tardar el 10 de junio de 1990” (INCEP, 1994, p. 576). La fecha fue definitiva, pues ese día concluyó la desmovilización oficial de la RN, aunque aún quedaban algunos rezagados. Se firmaron también dos acuerdos de Cese al Fuego<sup>9</sup> que incluyeron particularidades sobre el establecimiento de las zonas de seguridad, entre ellas que no hubiera presencia del EPS en las inmediaciones (INCEP, 1994, p. 573). El cardenal Miguel Obando y Bravo estuvo presente en casi todos los acuerdos, pues la religiosidad de los comandos hacía que confiaran en su figura, aunque no hizo el seguimiento necesario para cumplir los acuerdos y en su lugar se dedicó a conseguir fondos para una nueva catedral en Managua (Rueda-Estrada, 2019, p. 302).

Las dudas seguían creciendo entre los comandos. El 30 de mayo se firmó el Protocolo de Managua entre el gobierno y líderes de la RN, era relativo al traslado de enfermos y discapacitados a un centro de atención, El Almendro, como Polo de Desarrollo –donde ya estaban unos tres mil comandos listos para su desmovilización en ese enclave– y la creación de una policía con excontras para garantizar su seguridad (INCEP, 1994, p.589). El acuerdo no especificó la cantidad de excombatientes que participarían ni las características para integrarse en la fuerza policial, si era una nueva institución, una reorganización de la anterior o una cuota de excombatientes de la existente. Además, generó falsas expectativas sobre algunos nombramientos en ministerios.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> Acuerdo del Cese del Fuego Efectivo y Definitivo entre el Gobierno de la República de Nicaragua y la Resistencia Nicaragüense bajo los Auspicios del Cardenal Miguel Ovando y Bravo y Acuerdo del Cese del Fuego Definitivo entre el Gobierno de la República de Nicaragua y el Frente Atlántico YATAMA.

<sup>10</sup> “[...] el gobierno se compromete a nombrar a un representante de los desmovilizados que la Resistencia recomiende en los ministerios de [...] Salud, Reforma Agraria, Trabajo y otros, y dos miembros en el Consejo de Dirección del Instituto Nicaragüense de Repatriación”, pero no especifica qué cargo tendrían, por cuánto tiempo ni las atribuciones de los dos miembros del Consejo de Repatriación (INCEP, 1994, p. 589).

Sobre la subsistencia de los comandos tras entregar el arma se estableció: “los excombatientes que regresen a su lugar de origen recibirán de parte de las estructuras del Estado el apoyo necesario para su inserción a la vida civil [...] el gobierno de Nicaragua se compromete a prestar una ayuda económica mínima a cada desmovilizado” (INCEP, 1994, p. 589). Las dudas seguían siendo considerables ¿Qué estructuras del Estado serían las responsables? ¿Qué significaba para el gobierno “apoyo necesario”? ¿Qué entendía por inserción civil? ¿Cuál sería el monto o características de la ayuda “mínima”? ¿Con los 50 dólares y un machete se cumplía el acuerdo?

También quedó por escrito la asignación de 25 000 hectáreas de tierra en calidad de zonas de reasentamiento, donde el gobierno debería establecer once Polos de Desarrollo y financiar escuelas, hospitales y la infraestructura necesaria. Quizá debido a que este importante documento establecía generalidades, la RN pugnó para que se firmara un Acuerdo para el Establecimiento de Polos de Desarrollo. En este, el gobierno se comprometió a otorgar a los contras parcelas de tierra con títulos de propiedad y elaboró una lista con 23 puntos geográficos que delimitaban el área en donde se instalarían los Polos de Desarrollo. Sin embargo, no se acordó de dónde se obtendrían los recursos para realizarlos, quiénes serían específicamente las personas que se reunirían en ellos, ni la fecha de su instalación. Se enlistaban los elementos para formar una: “fuerza integrada con excontras [...] y pueda ser entrenada por las Naciones Unidas o por un gobierno amigo” (INCEP, 1994, p. 589). Este grupo de seguridad finalmente no se constituyó pues al no establecerse los polos, la fuerza no se organizó, así que prácticamente fue letra muerta. También llama la atención que en el acuerdo se incluyen formas colectivas de producción, totalmente contrarias a lo que se esperaría de la RN anticomunista y de un gobierno neoliberal.

A pesar de las imprecisiones, los contras aceptaron desarmarse y apoyaron al gobierno en sus políticas agrarias. La señora Barrios prometió dar viabilidad productiva a muchos excombatientes de

la Resistencia –pero también soldados del EPS– que dejaban la guerra, pero esto también quedó en papel. La Comisión Internacional de Apoyo y Verificación de la Organización de Estados Americanos (CIAV-OEA) fue la responsable logística de establecer las zonas de enclave, de atender las necesidades materiales de los combatientes mientras estuvieran en los campamentos, llevar un registro de los comandos y hacerles chequeos médicos; posteriormente: recopilar las armas, entregarles ropa de civiles, otorgar los carnets que los acreditaban como desmovilizados, concederles beneficios inmediatos –50 dólares– y finalmente, llevarlos de regreso a sus lugares de origen o a los Polos de Desarrollo que se establecerían. Entre los beneficios inmediatos estaban: “ahí me tomaron la foto, me dieron mi carnet de desmovilizado, en aquel entonces a los desmovilizados nos daban 10 o 15 pliegos de zinc y una piocha, un azadón, una pala, un molino<sup>11</sup> [...]” (Enano, 2006).

Cuando estaban en las zonas de enclave, las dudas sobre su futuro se profundizaban y pronto empezaron a darse cuenta de que no tendrían respuesta:

El acuerdo era que si ella, la Violeta, había ganado, la Resistencia tenía que desarmarse y deponer las armas, yo recuerdo que nosotros hablábamos, y algunos estábamos de acuerdo, otros no. Decíamos el acuerdo entre la Violeta y nosotros era que, si se desarmaban 10 contra, se desarmaban 10 del frente [FSLN], pero ese acuerdo no se cumplió, lo que se hizo es que se desarmara la Resistencia y no desarmaron al Frente.<sup>12</sup> El segundo paso, yo recuerdo que el siguiente paso

<sup>11</sup> Cada comando recibía: cepillo de dientes, pasta dental, dos jabones, cuchara, plato, vasos, molino de arroz, olla, balde, jarra y cucharón. Materiales de construcción: clavos, láminas de zinc, limas, martillos, y serruchos para los de zonas urbanas; para las rurales: machetes, azadones y hachas. Por los siguientes seis meses después de entregar el arma, a cada combatiente jefe de familia se le debían entregar 19 libras de frijoles, 19 de arroz, 12 de harina, 1,5 litros de aceite, 1 kilo de azúcar, 1 de café, 1 de pinolillo y un paquete de sal. A la embarazadas o con niños pequeños: leche en polvo (CIAV-OEA, 1998, p. 95).

<sup>12</sup> Hay que hacer una precisión, porque efectivamente si se “licenciaron” a los del EPS y a integrantes del Ministerio del Interior, pero en los hechos no fue de forma paralela.

era que a nosotros nos tenía que cumplir con una vivienda digna y ubicarnos con trabajo y que todos los compromisos que estaban firmados en los acuerdos [...] que cada miembro de la Resistencia había que darle respuesta, 50 manzanas de tierra, su vivienda, yo recuerdo y todo lo que nosotros quisiéramos no se ha cumplido eso, se le ha cumplido a unos, a otros no porque yo soy testigo de eso [...] (Olivo, 2006).

Del anterior extracto hay una idea que llama la atención: se les daría “todo lo que nosotros quisiéramos”, se trata de un sueño imposible pues, además, el gobierno norteamericano no se hizo completamente responsable de los costos de la desmovilización y solo entregó 47 millones de ayuda, y se cree que solo el 10% se usó para la desmovilización, lo que fue insuficiente (Rueda-Estrada, 2015, p. 152).<sup>13</sup>

Redy recuerda lo que sus jefes les informaban sobre la desmovilización: “nos dijeron que nos íbamos a integrar a una vida cívica, y que nos iba a dar donde trabajar, tierra, a otros les iban a dar créditos y otras formas de trabajo, que nos ayudaran, pero actualmente no se cumplió nada de eso” (Redy, 2006). El Negro también recuerda las promesas y la importancia de los lazos familiares:

Según los acuerdos que ellos firmaron así era, que nos iban a ubicar, por lo menos me acuerdo de El Almendro, iban a conseguirnos unos lotes de tierra para que los trabajáramos, algunos no quisimos porque le teníamos amor a la familia y nos venimos a donde nuestra familia ¿ve? y entonces fue imposible irnos a las zonas de enclaves que tenían [...] porque no se cumplió lo que prometieron, nos iban a dar tierra, nos iban a dar vivienda, [se cumplió] una parte, otra parte

<sup>13</sup> Existen dudas sobre el uso de esos fondos, incluso se propusieron investigaciones en el Congreso de Estados Unidos sobre el destino del dinero. En agosto de 1990 Roberto Ferrey informó de manera bastante general en la Asamblea Nacional que dos millones fueron para la operación de la Organización de Naciones Unidas para Centroamérica (Onuca), 15 millones a los refugiados y 30 para los asentamientos contras (Rueda-Estrada, 2015, pp. 152-153).

no, ahí andamos, por lo menos el caso mío ahí ando, buscando como trabajar para sobrevivir (El Negro, 2006).

Hay entonces una diferencia entre los anhelos, lo que se pactó, lo que se le informó y lo que al final recibieron. Solo dos de los comandos entrevistados pudieron leer alguno de los acuerdos y fue muchos años después de su desmovilización. Es así que para vencerlos de entregar el arma, sus líderes y el gobierno hicieron una serie de promesas que incluían la entrega de tierras estatales, cooperativas y apoyos productivos, pero los comandos consideran que solo se cumplió con la entrega de un billete de 50 dólares, algunos sintieron que era vergonzoso, un engaño, una afrenta a su lucha pues el gobierno los traicionaba y solo quería desmovilizarlos.

No hubo las condiciones. Para mí, una desmovilización tiene que ser un proceso y aquí no hubo un proceso, recordemos que un proceso lleva algo que va paulatinamente: un paso, segundo paso, tercer paso. Y nunca hubo esos pasos, solo nos desmovilizaron y nos dieron 50 córdobas oro, cuando a mí me dan [el billete] con toda la gente que veníamos de Honduras, dije: “eso valemos, 50 pesos oro, que penoso, como que nos compraron” (Enano, 2006).

El proceso de entregar el arma era vergonzoso y traumático:

[...] es que nadie quería entregar un fusil. Y teníamos que ingresar a Nicaragua a las zonas de enclave donde estaba la CIAV-OEA [...] uno de los puntos más dolorosos era entregar el arma, sabiendo que teníamos el enemigo armado, pero nosotros decidimos entregar el arma porque no éramos guerreristas, hubo gran inconformidad en las filas de la Resistencia [...] cambiamos el fusil por un machete [...] el mayor dolor era cambiar el fusil por un pantalón blanco que nos dieron, eso era lo más duro y luego nos botaban como perros, como animales “váyanse a la mierda” y nos van a botar como si llevaran a pastar al ganado a un potrero y nos mandaron sin ninguna seguridad a los municipios... que sucedió, había mucho odio político y hubo muchas muertes, se mató a mucha gente (Jinotegano, 2006).

Efectivamente, estaban las presiones de sus líderes para entregar el arma, sin embargo, no confiaba en el cumplimiento de los acuerdos y algunos intentaron no desmovilizarse:

Nosotros hasta quisimos volver a internarnos a la montaña para ver si efectivamente a los que se habían desmovilizado primeramente les iban a cumplir, pero llegó el comandante Johnson y Rubén, y dijeron que el que se fuera a las montañas lo iban a tomar como bandolero y que después ya no iba a haber desmovilización. Nosotros nos desmovilizamos de una forma como más exigida, porque no miramos nada concreto, de que nos enseñaran un documento que abrazara eso, que lleváramos una garantía [...] nunca confiamos en los grandes comandantes, porque ellos se encargaron de hacer negocio, les interesó su propio bienestar, no el de la Resistencia [...] yo hubiera preferido continuar en la guerra y no salirme con las manos vacías (Rafael, 2006).

No era el único, había otros contras decepcionados:

Lo que pasa es que yo no quise entregar las armas, yo no iba a entregar el arma porque me daba pena venir y entregar un arma, es como que me estuviera rindiendo en una guerra. Acaso ¿perdimos la guerra?, si aquí no hubo ni ganadores ni perdedores, aquí el ganador fue Nicaragua porque hubo paz, entonces yo me siento que el papel que hicieron contra la Resistencia de entregar un arma era como que se estaban rindiendo (Enano, 2006).

La mayoría terminó cediendo a las presiones, y se trasladaron a las zonas de enclave: “bueno estuvimos de paso [...] unos días, nos dieron una mudada de ropa, que nos quedaba grande o nos quedaba chica y había que ponérsela porque hasta el uniforme entregábamos, todo y apuntaban lo que se entregaba, estuvimos como ocho días en Matagalpa, un grupo que veníamos para acá iban recogiendo [...] nos mandaron en un vehículo de la CIAV” (Fredí, 2006). Hay un elemento que explica el por qué, a pesar de las reticencias, el mando logró la desmovilización: “nosotros éramos disciplinados, le guste o no, hay que acatar y entonces nuestros comandantes que

andaban batiéndose en el terreno lo ordenaron, nosotros nunca pensamos que se iban a vender así [...] porque pobrecitos, por veinte mil o un carro, cambiaron algo que no tiene precio. A nosotros nos engañaron” (Tigre, 2006).

La cruda realidad de la desmovilización se presentó muy pronto en un intento de Polo de Desarrollo:

Cuando la desmovilización y todo eso nos dijeron que iban a hacer polos de desarrollo: “hagan grupos de 30, 50, 60, hagan grupos donde haya desmovilizados, hagan polos de desarrollo, donde haya 50 muchachos desmovilizados ahí hacen un polo de desarrollo, otro grupo que agrupemos 50, otro polo de desarrollo”. Era para luego nosotros hacerlos crecer, que nos iban a dar ganado, que nos iban a dar porcinas, avícola, bueno todo nos prometieron y a la hora de la hora nos dieron una pollita a cada uno, un gallo y una polla para que fuéramos a producir, a poner una avícola (Carpintero, 2006).

Tigre también recuerda la promesa:

[...] nos hablaron de polos de desarrollo en el norte, en Chontales [...] en ese polo de desarrollo íbamos a tener televisión propia, que íbamos a tener radio, que íbamos a tener proyectos, casas, íbamos a ser apoyados incluso por los mismos gringos directamente, y que nosotros los mismos líderes que éramos comandantes nos íbamos a transformar en líderes civiles para seguir ayudando a la gente. ¡Qué va a ser!, nos fueron a dejar a cada quien sin reales [...] Mire, eso es un insulto, un azadón, un hacha, un machete y un serrucho, como quien dice: “¡Váyanse a trabajar indios caitados que ya no los ocupamos!” Por decirlo así, con un desprecio, para mí eso fue un desprecio, no fue una ayuda (Tigre, 2006).

El proyecto de los Polos de Desarrollo nunca fue realista, a pesar de que algunos tenían un terreno que podía aprovecharse para ello:

El terreno ya lo teníamos, nada más era la infraestructura y los animales y nosotros íbamos a trabajarlo. Pero no fue así [el terreno] era de nosotros, de los que a algunos nos habían dado, entonces ya

habíamos ubicado a 50 desmovilizados y entonces hacíamos un polo de desarrollo. Nosotros ya teníamos limpio y rozado para la infraestructura donde íbamos a poner la pollera, pero quedamos así, en el aire [...] algunas veces llevaban solo la infraestructura y no daban los animales y si daban los animales no daban la infraestructura, entonces quedamos en lo mismo [...]. Las gallinas tardamos poco, porque a comerlas [había hambre], era insólito. Porque nos habían dicho que nos iban a poner en los polos de desarrollo una avícola con dos mil gallinas ponedoras, que nos iban a poner una porcina, que nos iban a poner parideras para parir, para engordar, pero nos dieron una cerdita y un cerdito, una polla y un gallito (Carpintero, 2006).

Otra experiencia con los Polos de Desarrollo se dio en Rosita:

[...] de Rosita éramos 204 desmovilizados de la RN, entonces se nos dio un pedazo de tierra en la carretera a Puerto Cabezas, más o menos a unos 18 kilómetros, en un lugar que le llaman el Empalme de Wasminona; ahí había tierra y el gobierno los consiguió y a cada desmovilizado les tocaban 50 manzanas de tierras. Pero algunos no quisimos irnos allá porque estas tierras ya tenían dueños y pegado a una zona de gente armada de los sandinistas, un asentamiento militarizado del ejército y nosotros sin armas e irnos a ubicar ahí, temimos que nos fueran a matar, nos rehusamos y así nos venimos quedando acá. El que fue más vivo se tomó las riendas y algunos negociaron las tierras, aunque sea a precio de guate mojado y vendieron a colonos y terceras personas y así perdimos el derecho de esas tierras y por supuesto nos daban la tierra, pero sin garantías, no nos daban títulos de propiedad, decían que con el tiempo, pero hasta hoy no ha llegado ese beneficio, son como extraños en su tierra, sin garantía (Pájaro, 2006).

Las promesas electorales de la UNO y del gobierno de Violeta Barrios fueron incumplidas. La pronta recuperación de la economía y el consecuente progreso para los nicaragüenses fue en el sentido opuesto, el 40 % de la población económicamente activa estaba sin empleo o con trabajos eventuales (Revista Envío, 1990). Tras el fin de la guerra la población se empobrecía, a pesar del

discurso optimista de paz, reconciliación, democracia y desarrollo. La propuesta económica del gobierno estaba plasmada en el Plan Lacayo –nombre coloquial que hace referencia al ministro de Economía– y era optimista, pero debido a la inestabilidad de los tres primeros meses de gobierno se presentó uno nuevo que calificaba como grave la situación, proponía ajustes dramáticos y la necesidad de apretar aún más el cinturón. Incluía programas que buscaban aliviar los costos sociales del plan, una propuesta de reconversión industrial, un proyecto de ajuste agropecuario hacia productos no tradicionales, la compactación de otros 10 000 puestos de trabajo en el ejército y 15 000 en el gobierno central (Revista Envío, 1990). Entre 1990 y 1992, el desempleo y subempleo cubrió dos tercios de la población (Vilas, 1993).

El nuevo plan recibió el rechazo popular, en los primeros tres años se dieron huelgas de enfermeras y de profesores, de hambre de militares retirados, de estudiantes en contra del recorte al presupuesto universitario, “tranques” y un paro nacional de transportistas que detuvo al país por días, entre otras acciones de protesta. El gobierno de la señora Barrios se caracterizó por la crisis económica y el choque con prácticamente todos los sectores de la población. El problema de la propiedad fue uno de los más significativos para los comandos:

Nosotros queríamos que se nos dieran la tierra, e inmediatamente los títulos porque en los bancos aquí, pues si usted no tiene su escritura pública pues no tiene acceso a financiamiento, y en los bancos que nosotros íbamos decíamos: “tenemos unas manzanas de tierra que la queremos trabajar” [nos respondían] “tráigame la escritura y nosotros le damos la plata que se necesite”. El problema se nos dio ahí, ese es el primer pegón que tuvimos nosotros, porque las escrituras nunca ... es la fecha pues y nunca, son raros y a los que se les han dado son porque tienen conectes, vínculos con algún familiar que está ahí en la oficina de la propiedad, pero en sí, casi al 90% no se la ha titulado su tierra (Carpintero, 2006).

Existían también problemas de inseguridad, efectivamente se dieron ajustes de cuentas:

Pues uno andaba con miedo, no se hallaba, se sentía nuevo uno. Tuve como un mes que no salía, y después me fui a ver a mi mamá, que vive en Wiwilí, y allá tampoco salía, por el miedo, era peligroso también [...] A los sandinistas, es gente a la que siempre le he tenido miedo, dicen que cumplen, pero siempre han sido muy traicioneros [...] me habían tenido preso como un mes [...] (Fredí, 2006)

Para la mayoría, la inseguridad fue lo más grave:

Mire, lo que pasa es que nuestros líderes nos decían que a cada desmovilizado, después de entregar el fusil, nos iban a dar 50 manzanas de tierra a cada uno, que nos iban a dar donde vivir, y que no íbamos a tener ningún delito, que no íbamos a ser perseguidos por la seguridad del Estado ni por el ejército y que íbamos a comenzar una nueva vida cívica y social en este país, sin antecedentes. Una amnistía total, como decimos, y muchos de nosotros, que teníamos años de no ver a nuestra familia, era algo que necesitábamos, venir pues tranquilamente. Aunque al principio, las heridas estaban verdes, y como éramos los mismos nicaragüenses los que estábamos matándonos, en los mismos lugares donde se conoce uno se encontraba con los mismos enemigos y, a veces, al principio hubo muchos muertos que chocaban entre ellos (Tigre, 2006).

Ante las generalidades de los acuerdos, la desorganización del gobierno, la corrupción, la falta de apoyos de la cooperación internacional, la inseguridad de los comandos, la ausencia de políticas viables para su inserción, y el incumplimiento en la entrega de tierras, se empezó a gestar una sensación generalizada de traición. Es así que un grupo importante de excomandos –y también de excombatientes sandinistas que habían sido desmovilizados y a los que tampoco se les había cumplido– iniciaron una serie de acciones armadas y de presión buscando la atención gubernamental. La respuesta se tradujo en nuevas promesas y nuevos incumplimientos

(Rueda-Estrada, 2015, p. 378). Así, la una nueva guerra se dio en el campo, el cansancio por el conflicto de los años siguientes 1990-1996 los obligó a dejar el arma, la inserción de las y los excombatientes fue por méritos propio y no una política gubernamental o de cooperación internacional.

## **Los imaginarios, utopías y memorias: la vida civil**

La vida civil de los excomandos ha sido difícil, algunos han intentado sacar conclusiones sobre sus experiencias:

[...] los acuerdos estaban buenos para nosotros, el problema es que no se cumplió, yo no sé todavía dónde fue la debilidad, porque si fueron los jefes, yo no puedo culpar a nadie porque como se dice “no tengo nada concreto”, pero lo que si sé, es que los acuerdos nos hubieran dado respuesta más o menos, pienso yo, según el análisis que yo hago, pues estuve en varios municipios cuando fui policía y plati-qué con mis jefes de la Resistencia y me decían: “La Violeta dio, pero el problema es que algunos miembros [...] de la Resistencia hicieron negocio con las propiedades”, muchos acuerdos, y los pobres [...] vivimos alquilando para trabajar y otros posando, que directamente no se nos ha cumplido. El gobierno no es culpable, sino la dirigencia (Olivo, 2006).

La visión positiva de la presidenta es generalizada, a pesar de su evidente inexperiencia política e incluso flagrante negligencia. Otros son más críticos con todos los actores:

Violeta Barrios [...] el Cardenal Obando, confiábamos profundamente, fueron garantes de los acuerdos de desmovilización de la Resistencia Nicaragüense, que fuéramos reubicados, que tuviéramos la sagrada vivienda cada quien, pero son los acuerdos que tiraron, como quien echa sal al mar [...] tanto que confiamos en ellos: “desmovilícense, todo está escrito, ya está cumplido”, y no había nada [...] ¿En dónde nos iban a regalar el lote de tierra? en la profundidad de la montaña,

donde no había acceso, no había nada, veníamos de la montaña a caer en la montaña, sin ningún fondo. [...] La mayoría no tiene un lote, no se cumplió [...] era solo una promesa [de Barrios y Obando] para que fuéramos desmovilizados y que no nos iban a cumplir, porque era tanta gente [...] no había ese dinero, había destrucción en Nicaragua, masiva, de la guerra que había habido [...] desgraciadamente no sé si tenemos un futuro por delante (Carpintero, 2006).

El aspecto económico sigue pesando entre los excombatientes: “Económicamente estamos mal, por lo menos [para] la comida no he tenido que ir a pedir a un semáforo para comer, me lo he ganado y ahí vamos. Si hubiera un apoyo económico, psicológico pues nuestra situación cambiaría, [...] pero el gobierno no lo va a dar [...]” (Moreno, 2006). Otro problema de la desmovilización fue la ausencia de capacitación para lograr la reinserción, hay que recordar que el 71 % de los comandos eran jóvenes y de origen campesino (CIAV-OEA, 1998, p. 95), pero habían abandonado esa vida por la guerra, así que muchos tenían otras expectativas no forzosamente agrícolas; y otros más, a pesar de su deseo de volver al campo requerían, además de la tierra, apoyo material y capacitación. En ese sentido, solo algunos tuvieron esa suerte, es el caso de Dolores que mientras estaba hospitalizada fue adiestrada: “Sí, nos daban [capacitación], por lo menos a mí me dieron sastrería, manualidades y para aprender lo que es partera, y eso sí me ha servido de algo para ganarme algo extra y eso gracias a dios me lo enseñaron antes de desmovilizarme y me sirve ahora” (Dolores, 2006). Desafortunadamente no fue extensiva para los demás combatientes.

Esa falta de capacitación también es señalada por una exlíder de la posguerra, es hermana del fallecido comandante Franklin, uno de los firmantes de los acuerdos de desmovilización. Esa relación familiar se convirtió también en capital político y en liderazgo. Elida Galeano “Chaparra” señaló algunos problemas que han resultado por las inconsistencias del gobierno:

Bueno, el problema más serio es la falta de desempleo [sic], la falta de un programa de desarrollo, de capacitación [...] un programa de atención del sector desmovilizado, prepararlos técnicamente porque muchos no tuvimos la oportunidad de ir a una universidad, de prepararnos, nos enseñaron a volar tiros, nada más, pero después nos volaron a la calle, como quien le abre la puerta a un poco de ganado y que se vaya del potrero, así nos tiraron [...] (Chaparra, 2006).

Indudablemente, el problema más significativo para los excombatientes de origen campesino siguió siendo el acceso a la tierra, por ello se entiende que los débiles planes de inserción fueran sobre su regreso al campo. Eso y otras problemáticas las señaló la Chaparra, una excontra que terminó siendo aliada de Ortega en las elecciones de 2006:

Los problemas más serios que tenemos todos los sectores desmovilizados de guerra, y especialmente la Resistencia, es la legalización y tenencia de la tierra, porque [...] ninguno de estos tres gobiernos ha cumplido con los verdaderos acuerdos, que eran dar 50 manzanas de tierra, una vivienda digna, formar los polos de desarrollo, no ha habido programas específicos de atención a los desmovilizados para que se les legalice la tierra, que haiga [sic] financiamiento, una capacitación técnica, nada de eso ha habido; al contrario, nos han echado a matar entre la misma Resistencia, le dan el título a uno y el que tiene la posesión de la finca es otro y poniéndonos miles de peros [...] [otros problemas] es la falta de medicamentos, los combatientes que hora están resultando con las enfermedades [...] la enfermedad que da el cerdo [cisticercosis], cánceres, cirrosis, hepatitis. [...] muriéndose de la desnutrición los niños en el campo. Porque no hay empleo, no hay ningún tipo de ayuda [...] muchos niños sin ir a la escuela porque los padres no tienen ni como comprarles ni el lápiz ni el cuaderno, están las escuelas, pero no tienen pupitres, están vacías, la situación económica es caótica y problemas pues que nos dividieron, nos desbarataron políticamente a la Resistencia (Chaparra, 2006).

El registro de la propiedad era una problemática generalizada desde los tiempos de Somoza, y durante la revolución solo se

profundizó, pues entregó tierras sin el debido respaldo (Instituto para el Desarrollo y la Democracia [IPADE], s/f, p. 4). Violeta Barrios había prometido la devolución de la propiedad a los afectados por las políticas de propiedad del gobierno sandinista, entregar tierras a los contras a cambio del arma. Estaban también los retirados del EPS y del MINT que se desmovilizaron, los trabajadores de las empresas públicas que eran privatizadas, los demandantes históricos y desplazados, y refugiados que regresaban, todos solicitando o exigiendo tierra. Al finalizar 1990 había 6 500 reclamos de propiedades confiscadas por la Revolución (Enríquez, 1993). La mitad de la población nicaragüense tenía problemas legales en sus propiedades (Equipo Envío, 1995). La entrega de tierras a los comandos era simplemente imposible de cumplir.

La desmovilización fue el inicio de un proceso más difícil y desgastante:

así como nosotros cumplimos, el gobierno de Violeta Barrios de Chamorro, de Arnoldo Alemán, de Enrique Bolaños y ninguno nos ha apoyado, pese a que se comprometieron a darnos [...] tierra para trabajarla, se la dieron a los allegados de ellos, nosotros la Resistencia no tenemos nada [...] algunos nos dan trabajo, otros nos dicen “ustedes no sirven para nada” [...] y ahora somos civiles, somos productores, la mayoría somos productores de boca, porque la mayoría de las veces no tenemos ni una desgraciada vivienda, no tenemos un salario digno para ganarnos el pan de cada día (Jinotegano, 2006).

Para los excomandos, su desmovilización no fue un proceso y por ello, la inserción a la vida civil no se logró:

[...] nos desmovilizan, pero nada después, se suponía que iba a haber casa en un barrio nuevo, iba a haber trabajo, vos venís de una guerra y no tienes trabajo, bueno mi hermano yo soy del gobierno, vengo a ubicarlos, esta va a ser su casa y este es su trabajo, nada de eso [...] Mi labor no es andar con el azadón y el machete, pero la mayoría, el 95% de nuestra gente es campesina, entonces a esa gente le hubieran ubicado en una propiedad y organizar los Polos de Desarrollo,

organizarlos primero en cooperativas, hacerlos capaces de administrar, eso no lo hizo el gobierno y entonces lo que hizo posteriormente la gente es tomarse propiedades violentamente, porque sintieron que no tenían con que subsistir y la toma de propiedades de forma violenta generó conflicto después de la desmovilización [...] Se meten también los vividores, gente que se aprovecha, toma las tierras, pero después las empieza a vender y con el caos [...] también entre nosotros no hay angelitos, hay gente maleante que agarró propiedad y que en vez de dársela al desmovilizado, se la vendió al latifundista y se las quedó el que tenía más reales con capacidad de compra, [...] algunos se hicieron ricos de la noche a la mañana con el sudor de la gente nuestra y con la sangre del pueblo [...] pretendimos que una vez que salimos de la guerra insertarnos en un proceso de desmovilización, de vida civil pero no como caímos... Como cuando avientan a alguien de un avión sin paracaídas (Enano, 2006).

Los acuerdos fueron firmados por las cúpulas, sin considerar los anhelos de los comandos:

Para mí es un insulto lo que hicieron, porque qué bonito hubiera sido que hubieran sacado a las personas que querían estudiar, que los buscaran, personas que querían seguir en el ejército que les dieran la oportunidad de que se prepararan en un ejército, a los que querían ser policías. Que nos pidieran una opinión ahí, que si queríamos estudiar, que si queríamos trabajar ¿qué profesión teníamos? si éramos carpinteros [...] Para que me dan a mí un serrucho si yo no sé ni para qué es, me hubieran dicho “mira, quieres estudiar”, eras estudiante, “¿quieres prepararte?” No, a ellos no les convenía que ningún guerrillero de nosotros se preparara, porque les quitaba el espacio a los políticos que ya estaban aquí [...] entre ellos se sentaron a negociar con el Frente Sandinista, ellos agarraron su tajada de poder y a nosotros nos dejaron a un lado, esa es mi apreciación (Tigre, 2006).

Entre 1990 y 2006 se dieron tres gobiernos abiertamente neoliberales que no pudieron mejorar las condiciones de vida de los nicaragüenses. El regreso de Daniel Ortega al poder representó esperanza para algunos, incluido un excomando:

Me siento, a pesar de no ser sandinista, de ser contrario, de la Resistencia, me siento seguro de que sí vamos a tener mejores oportunidades que antes, viví bajo el lema revolucionario y vi el apoyo a los discapacitados y tengo la confianza de que ese hombre siga con ese espíritu, de lo contrario tengo la fe de que ya no nos va a perseguir políticamente y que tengo la oportunidad de trabajar libremente, me ayude o no me ayude, yo podré sobrevivir, gracias a Dios tengo una mujer a la que le gusta el trabajo, ella me apoya y vamos a seguir adelante con la ayuda de Dios (Moreno, 2006).

Jinotegano (2006) rememoró las causas de su ingreso a la Contra y también señaló el peligro del regreso de Ortega al poder, una afirmación que se volvió profecía:

Cuando ingresé a la RN fue [...] por defender la causa del liberalismo en Nicaragua, porque teníamos un caudillismo, como el que tenemos hoy, una situación como la que hoy persiste, los miembros de la RN [son] hombres que defendieron el liberalismo en Nicaragua. Lo seguimos defendiendo para que no caigamos en las garras del comunismo, ahora se aproxima el 5 de noviembre, una elección muy dura [...] yo le pido a todo el pueblo de Nicaragua y a todos los organismos que observen las elecciones, porque hay dos caudillos en Nicaragua y quieren declarar a primera hora que el ganador de las elecciones es Daniel Ortega por un pacto que tiene con el PLC de Arnoldo Alemán [...] Si aquí gana el FSLN vamos a retroceder 50 años atrás de la gran inversión que nos han dado nuestros organismos internacionales, los amigos que nos han apoyado mediante instituciones.

Esta misma sensación tenía Enano: “porque lo que queremos es que no vuelva a ganar el sandinismo aquí, porque si vuelve a ganar Daniel Ortega no lo sacamos nunca, porque ya no va a haber más guerra, nadie va a apoyar una guerra ni internacionalmente ni nacional, por votación está ganando limpio el hombre ideay<sup>14</sup>, así que si gana olvidémonos que vamos a tener otro gobierno que

<sup>14</sup> ¡diay! ¡Ideay! ¡diai! Interjecciones usadas en Nicaragua para expresar extrañeza o protesta.

sea democrático” (Enano, 2006). Sobre la ideología de Ortega, hace una crítica: “[...] nosotros sufrimos más el neoliberalismo que ellos, porque hablan en contra del neoliberalismo y son los primeros que tienen camionetas modernas, mira a Daniel Ortega ¿en qué hace campaña? [...] son de ellos [las empresas] ¿qué clase de proletarios son? se van a ver a los pobres con los bolsillos llenos de plata, qué demagogia [...]” (Enano, 2006).

En 2006 efectivamente Ortega regresó al poder y se prometió “no abandonarlo más”. Para 2011 ya tenía el control de las estructuras del Estado y del Consejo Electoral, por lo que pudo asegurar la victoria e inició en 2012 su tercer gobierno y el segundo consecutivo. Las libertades políticas se fueron reduciendo. Su cuarto gobierno inició en 2017, con su esposa Rosario Murillo en la vicepresidencia. En 2018 hubo una serie de protestas tras la reforma del Instituto Nicaragüense de Seguridad Social (INSS). La respuesta gubernamental fue la represión, lo que dio lugar a nuevas movilizaciones, pero ahora en abierto rechazo a Ortega y su esposa.

La represión continuó, mientras el gobierno tildaba a los autoconvocados de “derecha satánica”. Entre 450 y 500 personas fueron asesinadas por las fuerzas del orden o por grupos paramilitares financiados y organizados por el Estado. En 2021 fueron detenidos los candidatos opositores y se anuló la personería jurídica de varios partidos políticos. Las elecciones de ese año fueron calificadas como fraudulentas por varios gobiernos de distintos espectros políticos.

Sin oposición, nuevamente Ortega ganó la elección y en 2022 inició su quinto gobierno, el cuarto consecutivo. Nicaragua es el ejemplo perfecto de lo que Carlos Salinas Maldonado llama autoritarismo electoral, es decir, las elecciones presidenciales se usan para legitimar a gobiernos autoritarios, las elecciones son la garantía de la continuidad del poder (Salinas, 2021).

## Las utopías actuales

La lucha de los contras de origen campesino no ha menguado, desde el regreso de Daniel Ortega en 2007 se han vuelto a sentir víctimas de un gobierno autoritario, clientelar y que no los representa. En 2018, así resumía el acoso un excombatiente desmovilizado en Chontales en 1990:

Es que yo como excontra sigo sufriendo acoso, si voy a sacar un papel, me cuesta más, me lo dan más caro, cualquier cosa, pues soy perseguido [...] estábamos luchando por la patria, porque hubiera libertad de expresión, de culto, de ir a la iglesia, de que no fuéramos perseguidos, de que tuviéramos libertad, pero todo fue en vano, el derramamiento de sangre que hubo, están llenos los ríos de sangre aquí en Nicaragua [...] aquí se sigue matando gente, matan a uno, dicen que fue delincuente y ya ni lo entierran, lo echan ahí como perro, está la cosa fea. Todo se hace a como ellos dicen, tienen una política que hacen montajes, y tienen credibilidad porque tienen el dinero, las armas, la política, el poder, mientras que nosotros estamos atados de pies y manos porque el apoyo que viene de otros países se entrega a ello [los del FSLN] y nos desconocen a nosotros, estamos excluidos, luchando con las manos atadas (Pantera, 2018).

Si bien las siguientes entrevistas se realizaron en 2006, es posible ver algunas continuidades:

[...] porque los del Frente a huevo quieren que nos hagamos con ellos y no aceptan que les digamos: “mira ustedes fueron esto, fueron aquello, hiciste tal cosa, porque es lo que está a la vista” [...] en el tiempo del Frente Sandinista los jóvenes no salían ni a las calles, habían dejado la cama porque los perseguían [...] y al que lo agarraban y se corría, se lo palmaban ¿ve? [...] y eso es lo que miro ahora (El Negro, 2006).

El antisandinismo sigue siendo parte fundamental de los excontras, aunque Daniel Ortega haya secuestrado al FSLN, no hay distinciones: “El Frente Sandinista ha sido más que todo un terrorista,

que quede claro para el país, que, si Daniel Ortega hubiera querido la paz en un inicio, no hubiera hecho lo que ha hecho, él es el culpable de todas las víctimas, de la guerra, [...] no supo gobernar al país, si hubiera sabido gobernar no hubiera habido este derramamiento de sangre” (Olivo, 2006).

Tras las movilizaciones de abril de 2018 muchas emociones volvieron a aflorar. En una entrevista a una mujer exiliada no oficial en Costa Rica, que prefirió el anonimato y a quien llamaré Alejandra señaló: “Estoy aquí por el amor a la vida, pero uno tiene que tratar de hacer las cosas para defenderse, pero le digo que fue una experiencia horrible [la represión gubernamental] por eso llegué aquí, yo quisiera que a Nicaragua jamás volviera la guerra, no deseo la guerra, siempre la paz, aunque estemos pobres, pero siempre la paz, aunque ya no sé cuándo se acabó la paz, ya ve, estoy aquí”.

Jairo, también exiliado en Costa Rica, señaló: “[en 2018] fui ingenuo, creí que Ortega se iba a dar cuenta que no lo queremos ;Ideay! Más necio se puso ¿Cuántos mató? ¿Cuántos sigue persiguiendo? Yo creí que iba a regresar pronto [a Nicaragua], que él iba a caer ... ya mejor hago planes con mi familia de quedarme aquí [...] Ortega ya ni a los gringos les importa, pobres de los nicaragüenses, a nadie le importamos” (Jairo, 2018).

## **Reflexiones finales**

Desde el inicio del proceso de pacificación en Nicaragua se configuró la idea de que la paz era casi sinónimo de democracia y desarrollo. El Plan Arias se estructuró teniendo como base esos tres pilares, pero solo se trabajó en eliminar la guerra y realizar elecciones, como si la democracia fuera únicamente el procedimiento de votar y, tras el sufragio, las condiciones inmediatamente mejorarían. Esto incidió en cómo se gestionó el proceso nicaragüense: elecciones y la entrega de armas por parte de las fuerzas contendientes.

Las elecciones efectivamente han sido periódicas, eso se han cumplido, pero la democracia como forma de organización de la vida política en el país sigue siendo una deuda, pues no solo en Nicaragua, sino en casi toda la región, domina el autoritarismo electoral. Las elecciones dan legitimidad, aunque lo que impere sean las decisiones unipersonales y el manejo del país como si fuera una finca. Sobra decir que el desarrollo tampoco llegó pues Nicaragua, a 34 años de la victoria de Violeta Barrios, sigue siendo uno de los países más pobres de la región, ahora con Daniel Ortega indefinidamente en el poder.

Esta idea de Paz-Democracia-Desarrollo permeó entre la población y especialmente entre los excombatientes, quienes, tras una década de conflicto, deseaban entregar el arma. Con las promesas de sus líderes, del Cardenal y de la candidata y luego presidenta, se afianzó con algunas variables el trinomio utópico: Paz-Reconciliación Nacional-Desarrollo económico. Los comandos entregaron el arma con el deseo de darle fin a la guerra, pero eso no significó la paz, pues la violencia y la inseguridad siguieron siendo la constante, así se fueron sumando conflictos sociales de diversa índole. La “paz” tampoco trajo la reconciliación, la polarización política sigue siendo la norma, además, tampoco se han generado las condiciones para la mejora económica. En conclusión, el fin de la guerra no significó mejores oportunidades para los excombatientes de la Contra.

Si bien la desmovilización detuvo el derramamiento masivo de sangre, esta no se tradujo en desarrollo, ni siquiera en reconciliación, pues el gobierno de Violeta Barrios solo implementó las amnistías, pero ninguna política para lograr el entendimiento entre los nicaragüenses, y ese error aún se sigue pagando por la polarización política existente. Los imaginarios de una paz con desarrollo económico no fueron más que anhelos no cumplidos, los fondos norteamericanos no llegaron en la cantidad esperada, la cooperación internacional poco pudo hacer ante la desorganización gubernamental –además de las acusaciones de mala planeación de la

CIAV-OEA— y la recuperación económica no se dio a pesar del discurso democratizador y pacifista.

Los imaginarios de los comandos en el campo militar, relativos a la fortaleza y capacidad de vencer, eran opuestos a las negociaciones de sus jefes políticos, por ello se dio la ruptura con los líderes que obedecían los mandatos del Directorio Político, que muy pronto se instaló en sus oficinas gubernamentales, o bien, haciendo negocios en río revuelto, incluso lucrando con las necesidades de los comandos. La entrega de tierras para esos comandos campesinos que habían dado su vida por vencer al sandinismo y, como ellos mismos señalan, fueron artífices de su salida del poder, no pudieron obtener los elementos para su subsistencia y regresaron más pobres a sus comunidades, se fueron incluso a otras por miedo a venganzas o prefirieron el exilio. También ven cómo Ortega se perpetúa en el poder.

Los acuerdos nunca se publicaron de forma masiva, así que los comandos incorporaron sus anhelos en los imaginarios de la desmovilización, la paz y la inserción civil, pero obtuvieron beneficios materiales insignificantes y los 50 dólares oro son aún una afrenta a sus principios, pues fue una cantidad que aceptaron por necesidad. Los polos de desarrollo fueron esperanza, casi como una utopía donde podrían convivir y trabajar con sus excompañeros de armas; estaría su familia y tendrían oportunidades laborales y, con ello, posibilidades de mejora económica, tendrían animales, servicios, escuelas y hasta televisión. Se establecerían formas colectivas de producción que también quedaron en papel.

Los comandos nicaragüenses de los años ochenta eran principalmente campesinos y con un papel fundamental en los procesos sociales y políticos de Nicaragua. Históricamente han sido marginados y expuestos a constantes violaciones y abusos de sus derechos humanos, incluyendo el despojo de sus tierras y su exclusión de los proyectos político-económicos que los distintos gobiernos han querido promover en el país y en los que han implementado. Ellos y ellas tomaron las armas y lucharon por sus

ideales –equivocados o no–, fueron capitalizados por el gobierno estadounidense que después no otorgó la ayuda necesaria para su inserción; por el contrario, cuatro veces fueron traicionados: por sus agentes financieros, sus líderes políticos, sus jefes militares y la presidenta a la que ayudaron a alcanzar el poder. En su ideario sigue presente la democracia, pero han sumado la exigencia de libertades políticas y evitar la continuidad de Ortega. Habría que indagar si en el actual imaginario de los excontras, la eventual salida de Daniel Ortega y su familia del poder traerá democracia, oportunidades y la reconciliación de los nicaragüenses. Lo que nuevamente sería limitado.

## **Bibliografía**

Boyer, Jefferson (1993). “Democratización y militarización en Honduras: consecuencias de la guerra de La Contra”. En Carlos Vilas (coord.), *Democracia emergente en Centroamérica* (pp. 217-246). México: CEICH- UNAM , Colección Alternativas.

Cajina, Roberto (1996). *Transición política y reconversión militar en Nicaragua 1990-1995*. Nicaragua: Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES).

Castillo Rivas, Donald. (1993). *Gringos, contras y sandinistas: testimonio de la guerra civil en Nicaragua*. Nicaragua: TM Editor.

Comisión Internacional de Apoyo y Verificación de la Organización de los Estados Americanos (CIAV-OEA) (1998). *La desmovilización y reinserción de la Resistencia Nicaragüense*. Nicaragua: CIAV-OEA.

Close, David (2005). *Los años de doña Violeta. La historia de la transición política*. Nicaragua: Lea Grupo Editorial.

Dickey, Christopher (1985). *With the Contras. A reporter in the wilds of Nicaragua*. Nueva York: Touchstone.

Enríquez, Laura (1993). La reforma agraria en Nicaragua: pasado y futuro. En Carlos Vilas (coord.). *Democracia emergente en Centroamérica* (pp. 123-159): México: CEICH- UNAM , Colección Alternativas.

Instituto Centroamericano de Estudios Políticos (INCEP) (1994). *El proceso de paz y democratización en Centroamérica: documentos y cronología 1989-1991*. INCEP.

Instituto para el Desarrollo y la Democracia (IPADE) (s/f) *Foro sobre anteproyecto de la ley de estabilidad a la propiedad dirigido a desmovilizados de la acor, licenciados del amir y retirados de armigob*. Nicaragua: IPADE.

Morales Carazo, Jaime (1989). *La Contra. Anatomía de una múltiple traición*. México: Planeta.

Núñez Soto, Orlando et al. (1992). *La guerra y el campesinado en Nicaragua*. Nicaragua: CIPRES.

Rueda-Estrada, Verónica (2015). *Recompas, recontras, revueltos y rearmados. Posguerra y conflictos por la tierra en Nicaragua (1990-2008)*: México: Instituto Mora-CIALC- UNAM .

Vilas Carlos (1993). *Democracias emergentes en Centroamérica*. México: CEICH- UNAM .

## **Hemerografía**

*El Nuevo Diario* (1 de marzo de 1990). Secretario de Estado James Baker ante el Congreso: La guerra se terminó en Nicaragua y los

Contras se desmovilizarán como estaba previsto. Managua: *El Nuevo Diario*.

*El Nuevo Diario* (25 de marzo de 1990b). En un ataque a La Pavona estelí murieron 12, 8 heridos por ataque Contra. Managua: *El Nuevo Diario*.

Equipo Envío. (1990, octubre). Alternativas populares: retos al Plan de Ajuste. Revista Envío - Alternativas populares: Reto al plan de ajuste (revistaenvio.org)

Equipo Envío. (1995, octubre). La propiedad urbana y las leyes 85 y 86. Revista Envío - La propiedad urbana y las leyes 85 y 86 (revistaenvio.org)

Ortíz Pinchetti, Francisco (1990, marzo). Sin los legisladores necesarios para hacer cambios legales, Violeta tendrá que negociar. México: *Revista Proceso*.

Salinas Maldonado, Carlos (27 de noviembre de 2021) Los autoritarismos vuelven a marcar el paso en Centroamérica. España: El País. Los autoritarismos vuelven a marcar el paso en Centroamérica | Internacional | EL PAÍS (elpais.com)

## **Documentos**

Tyroler, Deborah (4 de marzo de 1991). Interview with Israel Galeano, demobilized contra leader y Fredy Cruz, Nicaraguan Workers Front (FNT) Activist-Part 1. Latin American Digital Beat (LADB) University of New Mexico. viewcontent.cgi (unm.edu)

## **Entrevistas**

Alejandra (2023). Entrevista realizada por Verónica Rueda-Estrada, Upala, Costa Rica 12 de abril.

Carpintero (2006). Entrevista realizada por Verónica Rueda-Estrada, Managua, 7 de septiembre.

Comandante Chaparra (2006) Entrevista realizada por Verónica Rueda-Estrada, Managua, 4 y 5 de septiembre.

Dolores (2006). Entrevista realizada por Verónica Rueda-Estrada, Jinotega, 7 de octubre.

El Negro (2006). Entrevista realizada por Verónica Rueda-Estrada, Ocotal, Nueva Segovia, 19 y 20 de octubre.

Enano (2006). Entrevista realizada por Verónica Rueda-Estrada, Jinotega, 8 y 9 de octubre.

Fley, Luis “Comandante Johnson” (2018). Entrevista realizada por Verónica Rueda-Estrada, Managua 15 de febrero.

Flor (2006). Entrevista realizada por Verónica Rueda-Estrada, San Sebastian de Yalí, 2 y 3 de octubre.

Fredi (2006). Entrevista realizada por Verónica Rueda-Estrada, San Sebastian de Yalí, 1 y 2 de octubre.

Jairo (2023). Entrevista realizada por Verónica Rueda-Estrada, Upala, Costa Rica 12 de abril.

Moisés (2006). Entrevista realizada por Verónica Rueda-Estrada, Managua, 22, 23 y 24 de septiembre.

Jinotegano (2006). Entrevista realizada por Verónica Rueda-Estrada, San Sebastian de Yalí, 1 de noviembre.

Moreno (2006). Entrevista realizada por Verónica Rueda-Estrada, Managua, 28 y 29 de noviembre.

Murra (2006). Entrevista realizada por Verónica Rueda-Estrada, Jinotega, 20 de octubre.

Olivo (2006). Entrevista realizada por Verónica Rueda-Estrada, El Cuá, 27 y 28 de octubre.

Pantera (2018). Entrevista realizada por Verónica Rueda-Estrada, Ocotal, 30 de marzo.

Pájaro (2006). Entrevista realizada por Verónica Rueda-Estrada, Rosita, 25 y 26 de octubre.

Rafael (2006). Entrevista realizada por Verónica Rueda-Estrada, Jinotega, 20 de octubre.

Redy (2006). Entrevista realizada por Verónica Rueda-Estrada, Jinotega, 18 de octubre.

Sierra (2008). Entrevista realizada por Verónica Rueda-Estrada, Bilwi, 18 de agosto.

Tigre (2006). Entrevista realizada por Verónica Rueda-Estrada, Managua 6 de septiembre.



# Política y diplomacia

## Voces de la lucha revolucionaria y el proceso de paz en El Salvador

*Mónica Toussaint*

A poco más de tres décadas de la firma de los Acuerdos de Paz de El Salvador, que tuvo lugar en el Castillo de Chapultepec en la Ciudad de México en enero de 1992, se ha revivido en este país una de las peores tradiciones de políticas autoritarias que persisten en la memoria de los pueblos centroamericanos, en medio de una crisis económica severa, una mayor tendencia a la concentración del poder y un incremento de la represión y el castigo (*El Faro*). Ello nos lleva a preguntarnos acerca de las motivaciones de quienes se propusieron cambiar el destino de la historia salvadoreña en los años setenta y ochenta del siglo xx. Al mismo tiempo, nos permite cuestionarnos acerca de las expectativas de los actores políticos que consideraron las negociaciones encaminadas a alcanzar la paz como la salida de los años de violencia que dejaron más de setenta mil muertos en el país, y como una oportunidad de allanar el camino para fortalecer la vida civil, la democracia electoral y el desarrollo económico.

Para responder a estos cuestionamientos hemos optado por hacer uso de las fuentes orales, las cuales nos permiten acercarnos a la memoria de los protagonistas de esta historia para entender

la relación de los sujetos con su entorno. De este modo, fue posible conocer las aspiraciones personales y colectivas de quienes emprendieron la lucha revolucionaria, buscando construir mejores condiciones de vida para los salvadoreños, así como ofrecer la perspectiva gubernamental que ubicaba el conflicto en el marco de la Guerra Fría y de la pugna entre Estados Unidos y la Unión Soviética por la hegemonía en un área considerada estratégica. Asimismo, recurrimos a los testimonios de algunos actores mexicanos cercanos a las iniciativas promovidas para alcanzar la paz en la región con el propósito de evitar la escalada del conflicto, lo cual podría haber generado una crisis regional de gran magnitud.

A finales de los años noventa, la Organización de las Naciones Unidas llevó a cabo un proyecto de Historia Oral por medio de entrevistas a 25 personajes de El Salvador, Nicaragua, México, Venezuela, la ONU y la OEA, quienes participaron en los procesos de paz impulsados por la ONU en Centroamérica, con la finalidad de valorar el papel de la ONU en el refuerzo de las instituciones democráticas y la promoción del desarrollo. Las transcripciones de estas entrevistas se encuentran resguardadas en la sección de Manuscritos y Archivos de la Universidad de Yale, y han sido consultadas con la finalidad de establecer un vínculo entre la memoria y la historia, para comprender de mejor manera el pasado y el presente de la geopolítica regional centroamericana.<sup>1</sup>

A partir del análisis de los testimonios de algunos de estos actores, se busca elaborar un relato acerca de las esperanzas que se generaron durante los años de la guerra y el proceso de paz en El Salvador y, a la vez, hacer énfasis en los temas principales que eran el centro de la preocupación de estos actores, así como las expectativas que generaba la construcción del proceso de paz. Es necesario destacar que se trata de actores políticos y sociales que representan a los bandos en disputa dentro del país, así como de algunos

<sup>1</sup> Agradezco a Andrea Cruz Harris las gestiones realizadas en la Universidad de Yale para facilitar la consulta y reproducción de estas entrevistas.

diplomáticos mexicanos interesados en garantizar un proceso de negociación para alcanzar la paz en el istmo centroamericano y evitar una escalada del conflicto bélico.

Se trata de personajes fundamentales como Shafik Handal, Ana Guadalupe Martínez, Salvador Samayoa, Rubén Zamora y Alfredo Cristiani, de El Salvador, y se incluye también a los mexicanos Manuel Tello, Gustavo Albín y Jorge Montaña. Gracias a sus testimonios podemos desentrañar la complejidad de la coyuntura política que se vivió en los años previos a la firma de los Acuerdos de Paz de El Salvador en 1992, al tiempo que podemos establecer la relación entre los sujetos y su historia. Se busca, pues, reflexionar en torno a los recuerdos de las vivencias que constituyen una memoria colectiva, la cual está indisolublemente vinculada a los procesos políticos y sociales actuales de El Salvador, en los que se observa un panorama que conduce al desencanto frente a los objetivos planteados por quienes quisieron transformar su realidad en los años setenta y ochenta, viendo luego a la paz como el único fin alcanzable después de una década de guerra.

## **De la guerra a la paz**

1980 fue el año crucial de la movilización revolucionaria en El Salvador, la cual culminó en la llamada ofensiva final del 22 de enero de 1981. La sublevación se extendió de la capital a las áreas rurales del país y se constituyeron los primeros territorios liberados. El impulso contrainsurgente del régimen se concentró en las zonas urbanas y los guerrilleros debieron replegarse a las zonas rurales, al tiempo que miles de personas buscaron refugio en los países vecinos.

En respuesta a la violación de los derechos humanos en El Salvador, en agosto de 1981 México y Francia presentaron un comunicado conjunto ante la Organización de las Naciones Unidas en el cual se reconocía a las organizaciones revolucionarias

salvadoreñas como “fuerzas políticas representativas y con la legitimidad política para negociar con el gobierno” (Declaración conjunta). Además, se expresaba la preocupación de ambos gobiernos por el sufrimiento de los salvadoreños y se afirmaba que lo que sucedía en ese país era un peligro potencial para la estabilidad y la paz en la región. El comunicado tenía como objetivo encontrar una solución intermedia entre la guerrilla y el gobierno salvadoreño y hacía un llamado a la comunidad internacional para favorecer los mecanismos de negociación en un esfuerzo por detener la solución de tipo militar promovida desde Estados Unidos por el gobierno de Ronald Reagan (Páez Montalbán, 1998, p. 166).

Sin embargo, el proceso de negociación para alcanzar la paz en El Salvador tardaría varios años en llegar y el fin de la crisis regional coincidió con el cambio en el escenario internacional a partir de la caída del muro de Berlín en 1989. También influyeron la invasión de Estados Unidos a Panamá en diciembre de ese mismo año y las elecciones nicaragüenses de febrero de 1990, en las cuales los sandinistas fueron derrotados. Asimismo, en noviembre de 1989 el FMLN lanzó una nueva ofensiva militar a lo cual el régimen respondió con una severa represión. Sin embargo, el ejército salvadoreño no fue capaz de derrotar a las fuerzas revolucionarias lo que llevó a reforzar la idea de la necesidad de promover el diálogo para alcanzar una paz negociada en el país (Castillo, Toussaint y Vázquez Olivera, 2011, pp. 188-189).

Las negociaciones entre ambas partes fueron auspiciadas por Javier Pérez de Cuéllar, secretario general de la ONU. El objetivo del primer acuerdo, firmado en Ginebra en 1990, consistía en impulsar la democratización, el respeto a los derechos humanos, la reunificación de la sociedad y la reincorporación de los excombatientes del FMLN a la lucha política dentro de los marcos legales (Rouquié, 1994, p. 316). En ese mismo año tuvo lugar la creación de una oficina especial de las Naciones Unidas para observar la situación en El Salvador denominada ONUSAL, a lo cual se agregó la formación del Grupo de Amigos del secretario general de la ONU

en el cual participaron Carlos Salinas de Gortari, Carlos Andrés Pérez, César Gaviria y Felipe González, mandatarios de México, Venezuela, Colombia y España, respectivamente (Covarrubias y Muñoz, 2007, p. 189).

El proceso de paz tuvo varios momentos, gracias a los cuales se establecieron compromisos relativos a la reforma constitucional que derivaría en la modificación del sistema electoral y judicial, así como la creación de una Comisión de la Verdad encargada de investigar los hechos de violencia a lo largo de la década. En 1991 se creó en Nueva York la Comisión Nacional para la Consolidación de la Paz (COPAZ) cuyo fin era garantizar que la sociedad civil participara en los cambios a seguir, al tiempo que se iniciaría un proceso de depuración de las fuerzas armadas (Castillo, Toussaint y Vázquez Olivera, 2011, pp. 189-190). Con avances y retrocesos, el proceso de paz pudo llegar a puerto el 31 de diciembre de 1991, cuando las partes acordaron la firma de un acuerdo definitivo y el cese del enfrentamiento armado. Jorge Montaña, representante de México en la Organización de las Naciones Unidas, participó en las negociaciones entre el FMLN y el gobierno salvadoreño (Covarrubias y Muñoz, 2007, p. 189).

Finalmente, el 16 de enero de 1992 el gobierno de El Salvador y la dirigencia revolucionaria firmaron los Acuerdos de Paz en el Castillo de Chapultepec en la Ciudad de México (Covarrubias y Muñoz, 2007, pp. 107-108). Tras largos años de guerra civil, se reunieron los principales actores del conflicto: el gobierno, los comandantes, los mediadores de Naciones Unidas, los presidentes del Grupo de Amigos y algunos otros funcionarios y mandatarios de otros países. Algunos reivindicaban el fin de la guerra, el gobierno hablaba de una nueva patria basada en una democracia real, mientras que los comandantes resaltaban la lucha del pueblo salvadoreño por sus ideales de justicia, democracia, dignidad humana y progreso (Castillo, Toussaint y Vázquez Olivera, 2011, pp. 190-192).

De aquí que, como dijimos arriba, la pregunta que guía la reflexión en este capítulo tiene que ver con las expectativas que

muchos de estos actores tuvieron respecto al proceso de paz en El Salvador y a la posibilidad de alcanzar ciertos cambios económicos, políticos y sociales en beneficio de los habitantes de ese país, al tiempo que se ponía fin a la violencia que había impactado de manera tan severa a la sociedad.

## **Las voces opositoras**

Salvador Samayoa fue uno de los comandantes del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional y uno de los impulsores del proceso de negociación que culminó con la firma de los Acuerdos de Paz en 1992. En la entrevista que le fue realizada en San Salvador el 19 de junio de 1997 explica que su papel era “ser miembro de la comisión político-diplomática, que era el organismo de más alto nivel que tenía el Frente Farabundo Martí (FMLN) y en aquel tiempo también el Frente Democrático Revolucionario (FDR)” (Samayoa, 1997), enfocado en la relación con los gobiernos y con los organismos internacionales. El FMLN tenía una oficina en Nueva York que atendía todo el trabajo con los organismos internacionales en general. Allí se manejaba todo lo relativo al Movimiento de Países No Alineados, a las Naciones Unidas, a la OEA, a la conferencia interparlamentaria, entre otros. Samayoa dirigía el trabajo de esta oficina, pero al principio lo hacía desde México y Managua. Sin embargo, a partir de 1988, empezó a estar más presente en Nueva York.

Por su parte, Ana Guadalupe Martínez, uno de los cuadros más influyentes de la guerrilla salvadoreña, relata sus inicios como militante del ERP, una de las cinco organizaciones históricas del FMLN. Para ella, las causas de la guerra podían resumirse en tres fenómenos:

el fenómeno de la dictadura, el fenómeno de la injusticia social y el fenómeno internacional que motivó mucho aquí en Centroamérica,

que fue la lucha revolucionaria cubana. Entonces estas tres cosas se mezclaron en ese período para dar como resultado un movimiento revolucionario salvadoreño (Martínez, 1997).

Empezó a participar en 1973, cuando era estudiante en la universidad y, cuando en 1980 se formó el FMLN, fue elegida para formar parte de la Comisión político-diplomática. El propósito original de esta comisión consistía en contactar a los distintos gobiernos latinoamericanos y europeos con miras a la llamada ofensiva final de enero de 1981. El plan era que podía haber una insurrección y repetirse la historia de Nicaragua. Por ello había que tener lista la relación diplomática y política con otros gobiernos por si se tenía que formar un gobierno provisional tipo Nicaragua. Sin embargo, “la ofensiva de 1981 fracasó, no logró los objetivos propuestos y hubo que hacer unos cambios importantes en todo el planteamiento político y militar ya que el ejército lanza una contraofensiva inmediatamente y empieza a matar a mucha gente” (Martínez, 1997).

A raíz este fracaso, la Comisión político-diplomática asumió el papel de contactar a los gobiernos con el fin de evitar el aniquilamiento de todos los participantes en la lucha revolucionaria y reorganizarse, “para intentar generar una resistencia y una condena por la masacre que se estaba produciendo en esos momentos en el país” (Martínez, 1997), comenta. Inmediatamente buscó ganar tiempo para que el ejército se replegara o les diera una tregua, que les proporcionara

el tiempo necesario para salvar a la mayoría de la gente que estaba en sus casas, otros huyendo y una gran cantidad de gente de la ciudad que se había ido al campo para evitar la represión, pero que no tenía el mínimo de experiencia ni de idea de cómo sobrevivir en esas condiciones (Martínez, 1997).

Fue en ese momento, afirma Ana Guadalupe, más o menos a finales de enero de 1981, cuando por primera vez la Comisión comenzó a discutir la posibilidad de una intermediación de organismos

internacionales o de personajes importantes para lograr una tregua y permitir una negociación con Estados Unidos y con el gobierno salvadoreño. La idea era buscar personas, organismos o países que sirvieran de mediadores en el conflicto.

En 1983 el Grupo Contadora surgió como una iniciativa extra-regional para promover la paz en la región a propuesta de México, Venezuela, Colombia y Panamá. Shafik Handal, otro de los miembros de la comandancia general del FMLN que estuvo inmerso en las negociaciones para alcanzar la paz en El Salvador, relata que este grupo “abrió la expectativa de que efectivamente pudiera iniciarse un proceso de negociación que permitiera lograr primero una solución política para la guerra contrarrevolucionaria en Nicaragua y después para los conflictos salvadoreño y guatemalteco” (Handal, 1997). Sin embargo, en su opinión, la oposición constante de Estados Unidos hizo que esta instancia fracasara y no se pudiera concretar la firma del Acta de Paz propuesta por Contadora.

Salvador Samayoa explica que los combatientes estuvieron muy cerca de Contadora “y participamos, tuvimos presencia informal haciendo *lobby* prácticamente en todas las reuniones de cancilleres del grupo de Contadora y tuvimos una intensa correspondencia durante seis años entre el 83 y el 89, en que formalmente murió la iniciativa” (Samayoa, 1997). Otro de los problemas, además de la oposición estadounidense, era que Contadora era una instancia entre gobiernos, pero no tenía un mecanismo específico para incluir al FMLN. En los hechos, estaban en constante comunicación e incluso presentaban documentos y planteamientos que de alguna manera eran tomados en cuenta, pero formalmente no había un reconocimiento hacia el grupo guerrillero salvadoreño, nos dice.

La idea de que Contadora era percibida como un esfuerzo de la comunidad internacional para introducir el diálogo como un mecanismo legítimo para resolver el conflicto es expuesta en la entrevista realizada a Rubén Zamora, fundador del Frente Democrático Revolucionario (FDR) en 1980, quien también fue requerido para

hablar del proceso de paz en El Salvador en julio de 1997. Aunque reconoce que Contadora estaba más enfocada al caso nicaragüense que al salvadoreño, para ellos era una iniciativa sumamente importante porque, desde la perspectiva de los líderes del FDR, era un grupo de países aliados para impulsar el diálogo también en El Salvador. “Hablábamos prácticamente el mismo lenguaje” (Zamora, 1997), afirma.

También caracteriza la relación entre el FMLN y Contadora como un poco ambigua ya que, por una parte, era vista como un instrumento esencial para impedir una agresión militar o incluso una invasión de Estados Unidos en contra del gobierno sandinista, siendo este uno de los principales aliados del FMLN en términos políticos, militares, estratégicos y logísticos. Sin embargo, al igual que Samayoa, destaca que Contadora era un esfuerzo en el que algunos gobiernos se relacionaban con otros gobiernos, mientras que el FMLN quedaba excluido de la ecuación.

Un punto importante que resalta Zamora es que México era quien había asumido el papel de líder del grupo y que existía una relación cercana entre el FDR, el FMLN y el gobierno mexicano, “extremadamente buena” (Zamora, 1997), por lo que muchas veces sus ideas y planteamientos eran llevados a las reuniones de Contadora por intermediación del representante de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.

Para todos ellos era clara la influencia de lo que estaba sucediendo en Nicaragua. Por una parte, Samayoa destaca que la derrota de los sandinistas en las elecciones de febrero de 1990 tuvo un claro impacto en El Salvador para bien y para mal.

Para bien porque era un elemento más de la situación internacional que forzaba al Frente a negociar. Y era un elemento más de la situación internacional que tranquilizaba a Estados Unidos. Ya no solo no había enemigo a nivel geopolítico global sino que tampoco tenía ya enemigo a nivel regional con la salida de los sandinistas del poder (Samayoa, 1997).

A partir de entonces, Estados Unidos dejó de considerar el tema del Salvador dentro de la óptica de seguridad y se abrieron más a un proceso de entendimiento. Ambos, tanto el Frente como el gobierno de El Salvador, estuvieron forzados a negociar debido a lo que había sucedido en Nicaragua, relata Shafik Handal. Evalúa el impacto de los acontecimientos de Nicaragua en la situación de El Salvador a partir de varios elementos. Por un lado, señala que cuando se realizaron las elecciones presidenciales en ese país, ya se había concertado un acuerdo marco para la negociación entre el FMLN, el gobierno de Alfredo Cristiani y el secretario de la ONU, Javier Pérez de Cuéllar. No había sido firmado, pero sí había sido negociado, y su firma formal tuvo lugar en Ginebra el 4 de abril de 1990, posterior a las elecciones nicaragüenses. Nos dice:

Aquellas elecciones de Nicaragua originaron en la administración estadounidense, en el gobierno y en la cúpula militar salvadoreña de aquel tiempo, la convicción de que sus resultados, contrarios al Frente Sandinista y su salida del gobierno, debilitarían al FMLN en El Salvador (Handal, 1997).

En su opinión, las elecciones en Nicaragua hicieron renacer la idea de alargar el conflicto en espera de que el FMLN se debilitara y, en cierto modo, retardaron el proceso de negociación en El Salvador.

Samayoa abunda en esta explicación y sostiene que, cuando fue la derrota electoral de los sandinistas, el grupo dependía mucho del apoyo de Humberto Ortega, tanto en armas como en otras cosas. La guerrilla se sintió en ese momento debilitada y consideró que no era un momento político apropiado para negociar; porque estaba en una situación de mucha debilidad. Esta era la posición de varios dirigentes del Frente que consideraban que no era un buen momento para iniciar las negociaciones. Y refuerza esta idea diciendo:

Tenían miedo de negociar en un momento en que se pudiera pensar que tenía debilidad militar, y que por tanto, estaba obligado a

aceptar cualquier acuerdo político. Entonces algunos pensaban que en un momento de cierta debilidad la negociación sería desventajosa. Ese era el principal temor (Samayoa, 1997).

El testimonio de Rubén Zamora hace referencia a que la idea de la negociación por parte del FMLN ya estaba en marcha, además de que, al principio de su mandato, Violeta Barrios de Chamorro no tenía el control total del ejército sandinista, que era el que enviaba las armas y el apoyo logístico a la guerrilla salvadoreña. Sin embargo, reconoce que, si el objetivo de la guerrilla salvadoreña consistía en emular a la revolución sandinista, resultaba paradójico que el propio pueblo nicaragüense hubiera votado en contra de esta revolución. ¿Qué era entonces lo que el FMLN le estaba ofreciendo a los salvadoreños?, se pregunta Zamora.

Según él, había tres puntos que considera necesario destacar: el primero, que el FMLN no contaba con el apoyo popular, por lo menos para llegar a un nivel insurreccional generalizado; el segundo, que no tenían una fuerza militar que les permitiera imponerse a la fuerza militar del gobierno salvadoreño; y, el tercero, que con la Unión Soviética fuera del escenario, se reforzaba la idea de que la opción militar era una causa perdida. Era claro que la caída del muro de Berlín y el derrumbe del bloque socialista eran piezas clave en lo que estaba ocurriendo en Centroamérica.

Si todo este proceso no hubiera coincidido con el fin de la guerra fría, las cosas hubieran sido diferentes y los intereses hubieran estado en otro lado, explica Salvador Samayoa. Tal vez los Estados Unidos no hubieran tomado la actitud que tomaron, enfatiza. A esta discusión se suma la opinión de Shafik Handal quien argumenta que, para muchos, los acontecimientos europeo orientales debilitaban militarmente al FMLN. Agrega:

Pero esa hipótesis no se comprobó, ya que justo en el momento en que caía el muro de Berlín, nosotros desarrollamos la más grande ofensiva militar de toda la guerra, iniciada el 11 de noviembre de ese

año. Fue precisamente por ello que esa ofensiva hizo posible el inicio de la negociación (Handal, 1997).

Por su parte, Ana Guadalupe pone especial énfasis en explicar las causas y los objetivos de la ofensiva de El Salvador en 1989, en medio de un contexto internacional cambiante que se presentaba adverso a la causa guerrillera. Detalla que la ofensiva del 89 se había comenzado a discutir a finales de 1987 porque la guerra se había prolongado mucho, la resistencia de los combatientes estaba disminuyendo y había cierto cansancio. Asimismo, la posibilidad de continuar recibiendo el apoyo internacional no era tan segura, los sandinistas estaban ya en un proceso de institucionalización de su revolución y necesitaban tener buenas relaciones con Estados Unidos. Por ello, el apoyo internacional se hacía cada vez más complejo. A lo anterior se sumaba el armamento cada vez más sofisticado que estaba ingresando al ejército salvadoreño, lo cual era muy difícil de contrarrestar. Explica:

Y pues la gente en la población pues estaba cada vez más cansada del conflicto. Y sin la población nosotros no íbamos a poder resistir mucho porque era la población la que nos permitía conseguir comida, abastecimientos, protegernos incluso del ejército, el hecho de que el conflicto se hiciera cada vez más largo estaba afectando cada vez más la vida de la población civil, tenía cada vez menos posibilidades de sobrevivir, de trabajar, se tenía que ir de la zona de conflictos, entonces se estaba generando despoblación. La población para nosotros era vital. Entonces, se empieza a discutir qué vamos a hacer y cómo vamos a darle fin al conflicto. No rendirse, sino darle fin al conflicto (Martínez, 1997).

Se buscaba hacer un esfuerzo estratégico para generar mejores condiciones y tener posibilidades de resolver el conflicto por la vía política, o tomar aire y que nueva gente se incorporara a la lucha, porque el viejo grupo guerrillero estaba bastante desgastado. La preparación fue larga porque tuvieron que acumular logística y armamento, había que preparar toda la zona de la capital, había

que reorganizar a todo el país para poder tener una campaña nacional de impacto, rememora.

Entonces cayó el muro de Berlín, dice Ana Guadalupe, y se hizo evidente la “gran crisis del campo socialista” (Martínez, 1997). El FMLN había esperado contar con armamento soviético, pero en ese momento los soviéticos no querían poner en riesgo su propio proceso de negociación con Estados Unidos. Por eso, en su opinión, aunque la ofensiva tenía como objetivo tomar el poder en El Salvador, también se contemplaba la posibilidad de que sirviera para iniciar un proceso de negociación con el gobierno y con Estados Unidos.

Nos enteramos que en su base estuvo un análisis de inteligencia del gobierno de Estados Unidos según el cual nosotros estábamos proponiendo una solución tan blanda porque estaba en desarrollo el proceso de descomposición que llevó al derrumbe del sistema socialista de Europa del Este y de la Unión Soviética. Como la tesis principal del gobierno de Estados Unidos sobre el FMLN consistía en afirmar que este era un instrumento de la Unión Soviética en la guerra fría, desde luego una falsedad, pero así se creía, podía deducirse que si el bloque soviético se derrumbaba, nosotros correríamos la misma suerte. Así concluyeron que no había que negociar nada con nosotros, sino esperar a que los acontecimientos en el Este nos debilitaran, para derrotarnos militarmente. Un argumento de ese tipo no podía discutirse con otro discurso. Teníamos que hacer evidente su falsedad. Por eso tomamos la decisión de preparar una gran ofensiva militar y desde ese momentoa iniciamos su preparación, la cual lanzamos en noviembre de ese mismo año, 1989 (Martínez, 1997).

Y termina destacando que con el presidente Cristiani sí hubo un acuerdo para iniciar el diálogo e incluso hubo dos encuentros, pero no existió la voluntad política para pasar a una negociación. Parecía, sostiene Ana Guadalupe, que Cristiani propuso los diálogos para mejorar su imagen internacional y ganar tiempo para la estrategia elaborada por la administración Bush que consistía

en que los acontecimientos de Europa del Este debilitaran a la guerrilla.

Sin embargo, de acuerdo con Samayoa, los dirigentes del FMLN pensaban que independientemente del desenlace en el plano militar, había llegado el momento de que una “una institución del peso de las Naciones Unidas interviniera” (Samayoa, 1997). Finalmente, habría que negociar una serie de aspectos específicos como la situación de los presos políticos o la atención a los heridos y lisiados de la guerra, y cuestiones más generales que llevaran a formalizar un arreglo político. Desde su perspectiva, ocurriera lo que ocurriera, era momento de que hubiera una entidad externa que favoreciera el proceso de negociación.

Ana Guadalupe relata que ellos pidieron que las Naciones Unidas fueran observadoras de la primera reunión de diálogo que se iba a realizar entre el gobierno de Cristiani y la guerrilla en México. Y también lo fueron en la reunión que tuvo lugar en Costa Rica. Fue una cosa difícil que el gobierno de Alfredo Cristiani aceptara la participación de Naciones Unidas. No los quería como observadores, pero al final tuvo que aceptarlo.

Shafik Handal reafirma ambas posturas y agrega que la ONU era la que hacía los mayores esfuerzos para superar cualquier impasse. Además, señala un aspecto importante. Cuando llegó al gobierno el presidente Bush en enero de 1989, “venía precedido de la fama de ser una persona más pragmática en comparación con Reagan” (Handal, 1997). De aquí que, después de su toma de posesión como presidente el 20 de enero, el FMLN presentara una propuesta de solución al conflicto vinculada con las elecciones presidenciales que se realizarían en El Salvador en marzo de ese mismo año. Propusieron demorar seis meses las elecciones para que pudieran organizarse como partido político y participar ellas con el compromiso de que respetarían sus resultados, y así terminar la guerra. Eso sí, dice Handal, “demandábamos un cambio, que hubiera una depuración en las Fuerzas Armadas y que se creara un organismo para defender a los derechos humanos” (Handal, 1997).

A lo largo del proceso de negociación se realizaron muchos encuentros con el Grupo de Amigos de las Naciones Unidas, con quienes el FMLN y el FDR tenían ya una relación previa gracias a su red de representación internacional, sostiene Handal, una red que incluso era más amplia que la del propio gobierno, y añade que México fue la sede principal de las negociaciones. Alrededor de un 70% de las reuniones para el diálogo tuvieron lugar en México.

El detalle de las negociaciones y el papel central de México es relatado por Samayoa en su entrevista y explica que el proceso de paz no implicaba solo la negociación entre el Frente y el gobierno:

Siempre estuvo acompañado de un proceso de consultas amplias con sectores políticos sociales y económicos de El Salvador... En El Salvador, el Frente no tenía legalidad, no podía hacer abiertamente actividad política. La única posibilidad de que el Frente tuviera reuniones con los sindicatos, con los partidos políticos, con los empresarios de El Salvador, era hacerlas en México. México facilitó toda la logística, la estructura, para eso. Ayudó cantidad también en la organización de reuniones en las que llegaron a participar hasta 45 personas, como fue la reunión de abril del 91, de la Reforma Constitucional. Tener 45 personas trabajando en un hotel en México era dinero, era problemas de seguridad, era un problema logístico, etc. Entonces México tenía bastante esa función y también cuando estaba entrampado un tema político, Naciones Unidas se comunicaba con México. Y México hablaba siempre con nosotros, y con otros de los países, para hablar con El Salvador, con el gobierno; pero en la parte de contribuir a destrabar los temas sustantivos, el mayor aporte no vino directamente de los países amigos, sino que vino de unos mecanismos especiales que organizó Naciones Unidas para poder escribir propuestas a las partes (Samayoa, 1997).

Durante las negociaciones, el FMLN propuso varias ideas sobre una posible reforma militar en El Salvador, explica Salvador Samayoa. Originalmente, el Frente estaba proponiendo la disolución de las Fuerzas Armadas, que no hubiera ejército en El Salvador. Y luego optaron por un paquete de reformas sustanciales del ejército,

ese fue un cambio sustancial. “Hicimos la demanda muy alta para poder exigir reformas muy importantes. Fue una táctica de negociaciones” (Samayoa, 1997), declara. Las reformas que quedaron asentadas en los acuerdos de paz fueron todas propuestas por el FMLN. “Todas y cada una de ellas” (Samayoa, 1997), remarca. Además, debido a la violación de los derechos humanos, la corrupción y el ataque a las libertades políticas en El Salvador, también se vio la necesidad de promover la reforma de la policía. “Porque era un desastre total, definitivamente. Esto era como un tapón que tenía obstruida la expresión de libertades públicas. Entonces, la policía, era necesario cambiarla totalmente” (Samayoa, 1997). Para ello, lo primero que había que lograr era una Reforma Constitucional, “porque si no se cambiaba la Constitución de la República no se podía hacer ninguna reforma. Porque en la Constitución estaba establecido que los militares tenían el control de la policía” (Samayoa, 1997), insiste.

En cuanto a la depuración de las Fuerzas Armadas, proponían que la hiciera el mismo ejército por medio de una comisión de sus propios oficiales. Era una propuesta muy generosa y muy arriesgada, sostiene Handal, pero a la postre fue rechazada. Curioso, porque al principio había sido aceptada tanto por el Departamento de Estado como por el presidente salvadoreño y los partidos políticos, pero “fue la cúpula militar la que la objetó desde el principio” (Handal, 1997), nos dice. Lo mismo sucedió con la propuesta de creación de una Procuraduría de Derechos Humanos, detalla:

Los jefes militares rechazaron total y públicamente nuestras propuestas y para cerrar las posibilidades de negociar dinamitaron la sede de la Federación Nacional Sindical de Trabajadores Salvadoreños (Fenastras) cuando estaban reunidos allí sus dirigentes y otros activistas, asesinándolos en plena luz del día. Fue entonces que la Comandancia General del FMLN dio la orden de lanzar la ofensiva que veníamos preparando, la cual dio inicio el 11 de noviembre de 1989. Esa ofensiva fue la que abrió paso a la negociación (Handal, 1997).

Un elemento central derivado del proceso de negociación de la paz fue la creación de la Comisión de la Verdad. Ana Guadalupe explica que era un instrumento que tenía un propósito fundamental: “ayudar a que la verdad reconciliara a los salvadoreños” (Martínez, 1997). Se trataba de saber qué era lo que había pasado, pero, según su testimonio, “la Comisión tuvo muchas dificultades en hacer su trabajo y fue muy superficial en muchas cosas” (Martínez, 1997). Por ejemplo, para el caso del asesinato de los jesuitas de la UCA, ya se habían hecho investigaciones y se tenían claros muchos aspectos, pero en lo relativo al tema de los escuadrones de la muerte y su financiamiento, solo dijeron que había pruebas muy inciertas y esa parte permaneció muy oscura, nos dice. Sobre este tema concluye:

Entonces, creo que la Comisión de la Verdad tenía un papel fundamental en el proceso de reconciliación, y yo creo que democratizar la sociedad, porque si muchos señores de dinero hubieran aparecido vinculados públicamente por esta comisión, hoy tendrían otra actitud, pero ellos fueron los que salieron limpios de todo el proceso. Entonces creo que le falló esa parte a la Comisión de la Verdad (Martínez, 1997).

Por otra parte, la importancia que tuvo el reconocimiento del FMLN como parte en las negociaciones de paz fue algo decisivo. De ello habla Salvador Samayoa y dice que, de no haber sido así, no habría sido posible la negociación. E insiste:

Así de sencillo. O sea, nosotros no podíamos admitir que el gobierno tuviera un status diferente por ser miembro de las Naciones Unidas, y que nosotros fuéramos una guerrilla con derechos distintos frente a las Naciones Unidas. Entonces el poder, la denominación de partes fue absolutamente importante (Samayoa, 1997).

Shafik Handal también comenta este aspecto y señala que, al principio, en los encuentros con el gobierno de Cristiani no hubo un

reconocimiento formal. Sin ellos no podía haber diálogo ni negociación, era obvio,

pero el reconocimiento formal del FMLN como parte fue registrado en el acuerdo marco firmado el 4 de abril de 1990 en Ginebra, como compromiso con el secretario general de la ONU, Pérez de Cuéllar, para desarrollar la negociación del fin del conflicto armado (Handal, 1997).

Asimismo, señala que el antecedente más importante de este reconocimiento fue la Declaración Franco-Mexicana de agosto de 1981, en la cual se reconocía la existencia de un conflicto interno y se decía que para terminar con la guerra en El Salvador debía buscarse una solución negociada con la participación del FMLN y el FDR, “a quienes se reconocía como fuerzas políticas representativas” (Handal, 1997). Esto abrió la posibilidad del trabajo político diplomático del FMLN y, años más tarde, confirmaría la tesis de la solución negociada del conflicto.

Poco tiempo después de la ofensiva del FMLN en noviembre de 1989, se negoció la firma del Acuerdo de Ginebra a principios de 1990, la cual significó “el inicio del desempeño de la ONU como intermediario y como conductor de todo el proceso negociador hasta su finalización exitosa en enero de 1992” (Handal, 1997), relata. Su participación “fue indispensable, yo creo que sin las Naciones Unidas no se puede ni imaginar el proceso de negociación, ni tampoco el proceso de cumplimiento de los acuerdos. Las Naciones Unidas jugaron un papel decisivo en todo el proceso” (Handal, 1997), reflexiona.

Rubén Zamora explica que la participación de la ONU en el proceso de negociación fue central, no solo por su papel como intermediario del proceso entre ambas partes. Formalmente, ni la ONU ni las partes en conflicto aceptaron oficialmente que tuviera esa función pero, en los hechos, actuaba como una especie de mediador o árbitro, nos dice. Y señala que hubo varios aspectos en los que la ONU tuvo una influencia crucial como, por ejemplo, la manera en que se

organizó la nueva Policía Nacional Civil, el tema de la creación de la Comisión de la Verdad y su contenido, así como la creación de Copaz para la supervisión y seguimiento de los acuerdos de paz.

Salvador Samayoa detalla la manera de trabajar de la ONU:

En el caso de los derechos humanos, antes de que las dos partes trataran el tema en la mesa, Naciones Unidas había organizado una reunión de expertos en Ginebra; había reunido por varios días a 15 expertos en derechos humanos y habían elaborado un borrador de acuerdo que fue un insumo para la mesa. En el tema muy sensible, por ejemplo, de la Policía Nacional Civil, Naciones Unidas había enviado previamente una misión para que hiciera un diagnóstico de todo el tema de la seguridad pública y para que hiciera una primera propuesta: en qué podría consistir el diseño de la nueva policía. O sea que, en temas sensibles, Naciones Unidas organizó “task forces” para hacer planteamientos, propuestas y diagnósticos. Esto no lo hicieron directamente los países amigos; lo hicieron grupos de expertos internacionales que Naciones Unidas organizó (Samayoa, 1997).

Y abunda a este respecto diciendo que “la ONU en El Salvador hizo cosas que no había hecho nunca en su vida” (Samayoa, 1997). Antes no hubiera podido hacerlo, porque los vetos hacían imposible que se llegara a acuerdo en la ONU. Por eso “esta fue quizás la primera vez que pudo hacer algo con el aval de Estados Unidos y la Unión Soviética” (Samayoa, 1997). Y ello se debía al fin de la Guerra Fría y al derrumbe del bloque socialista, lo que permitió el compromiso de la ONU en El Salvador. Concluye Samayoa:

El propio Pérez de Cuellar trabajó directamente con nosotros cuando las cosas estaban entrampadas. Es decir, nosotros tuvimos un equipo de lujo, el más alto nivel de las Naciones Unidas estuvo directa y personalmente involucrado en estas negociaciones. Este es un privilegio que casi ningún país del mundo lo ha tenido, y fue muy decisivo el papel de la ONU. Simplemente no podía haber habido ni negociaciones ni cumplimiento de acuerdos si no hubiese estado la ONU con ese nivel (Samayoa, 1997).

## La voz del gobierno salvadoreño

Alfredo Cristiani incursionó en la vida política salvadoreña como parte del partido Alianza Republicana Nacionalista (Arena) del cual llegó a ser presidente para convertirse tiempo después en candidato presidencial. Fue presidente de El Salvador del 1 de junio de 1989 al 1 de junio de 1994, periodo durante el cual tuvo lugar la ofensiva del FMLN en noviembre de 1989 y el inicio del proceso de negociación para la paz que culminó con la firma de los Acuerdos de Chapultepec en 1992. En la entrevista realizada a Cristiani en San Salvador el 25 de julio de 1997, se abordan una serie de temas que evidencian una mirada totalmente opuesta a lo expresado por Salvador Samayoa, Shafik Handal, Ana Guadalupe Martínez y Rubén Zamora, lo cual contribuye a comprender de manera cabal la complejidad del camino que se tuvo que transitar para alcanzar la paz en el país.

Cuando se le pregunta si considera que el proceso de negociación puede ser visto como continuidad de los esfuerzos del Grupo Contadora, su respuesta es tajante:

Mi sentimiento es que el FMLN nunca tuvo una intención sincera de negociar políticamente hasta después de la ofensiva de 1989. Antes, solo estaba jugando a la política. Estaban lanzando la mayor ofensiva de los doce años de guerra y era muy obvio que en realidad no tenían ninguna intención de llegar a un acuerdo. Lo que buscaban era la toma militar del poder (Cristiani, 1997).

Por ello piensa que, a pesar de esfuerzos previos como Contadora y el Plan Arias, el FMLN resolvió tomar en serio los esfuerzos negociadores para llegar a un acuerdo político hasta el periodo posterior a la llamada ofensiva final. En su opinión, los actores externos jugaron un papel destacado en el cambio de actitud del Frente. Los acontecimientos en Nicaragua fueron determinantes cuando el Frente Sandinista perdió las elecciones, pues ese gobierno era uno de los principales apoyadores de la causa del FMLN. Pero, lo que

más destaca Cristiani, es la caída del muro de Berlín y el derrumbe del comunismo en Europa del Este.

Obviamente, cuando la ideología comunista se desmoronó, ellos se quedaron sin nada que ofrecer, porque eso era exactamente lo que estaban ofreciendo a los salvadoreños. Ya no eran capaces de decir: “Estamos peleando por ustedes porque queremos darles esta forma de vida en El Salvador”, ya no había manera de obtener el apoyo del pueblo salvadoreño porque todos estaban conscientes de que había fracasado en todo el mundo y que el comunismo se estaba derrumbando. Eso fue lo que influyó para que buscaran una solución política (Cristiani, 1997).

En cuanto a los actores externos Cristiani abunda señalando que Cuba era el modelo a seguir, pues había una mayor cercanía cultural con ese país que con la Unión Soviética. “Somos más parecidos a los cubanos que a los rusos” (Cristiani, 1997), dice. Para él, Castro había condicionado su apoyo a que se unieran en una sola organización porque no había estado dispuesto a respaldar cinco esfuerzos aislados. Pero también se muestra convencido de que Castro nunca estuvo detrás de los esfuerzos de negociación.

Menciona que Pérez de Cuéllar vio como algo deseable que en algún momento se llevara a Cuba, a Estados Unidos y a la Unión Soviética a las negociaciones, cuestión que el FMLN también consideró importante. Sin embargo, para Cristiani, eso no era necesario para garantizar los avances en el proceso de negociación. Los acuerdos entre Estados Unidos y la Unión Soviética eran indispensables y ellos estaban dispuestos a apoyar el diálogo sin intervenir en el contenido de los acuerdos, pero la presencia de Castro hubiera complicado las cosas porque él hubiera buscado interferir directamente en el proceso negociador, sentencia. En suma, “nunca sentí realmente que la presencia de Fidel hubiera sido de mucha ayuda” (Cristiani, 1997), agrega.

Su crítica hacia el FMLN durante el proceso de paz consiste en señalar que este se empeñaba en llevar siempre nuevos asuntos a

la negociación y quería que fueran discutidos en cada una de las sesiones. “Cuando habíamos alcanzado un acuerdo en un aspecto, un nuevo elemento surgía” (Cristiani, 1997) y, desafortunadamente, Naciones Unidas no les ponía un alto. En su opinión, las negociaciones se alargaban y se estaban convirtiendo en un proceso interminable. Por eso, el gobierno pensaba que Naciones Unidas debía haber hecho sugerencias con el fin de lograr que las dos posiciones se acercaran y encontraran un punto aceptable para ambas. Cristiani reafirma su argumento:

La idea de que Naciones Unidas dijera, queremos que ustedes se reúnan, queremos que se discuta lo que ha quedado pendiente en la agenda, y hacer una declaración clara de lo que las negociaciones podían implicar en lo sucesivo y que nadie pudiera agregar nada más a estas, esa fue la única razón por la cual acepté ir a Naciones Unidas durante diez días para tratar de alcanzar ese acuerdo. Porque eso habría hecho que el proceso de negociación hubiera sido mucho más corto (Cristiani, 1997).

Un punto a destacar en este proceso fue que hubo dos etapas debido al cambio en la Secretaría General de Naciones Unidas. Pérez de Cuéllar llevó a cabo la negociación y Boutros-Ghali encabezó la implementación de los acuerdos. En la perspectiva del gobierno salvadoreño, ambos tuvieron una actitud muy positiva para lograr que el proceso de paz en El Salvador culminara con éxito. Dice Cristiani:

Estaban comprometidos con el proceso de paz en el país. Pienso que lo que sucedió fue que para Pérez de Cuéllar era un asunto más importante en cierto sentido. Él se estaba yendo y deseaba que el asunto fuera exitoso, deseaba verlo concluido. Mientras que Boutros-Ghali, a pesar de que tenía una actitud muy positiva, estoy seguro de que no era algo prioritario en su agenda como lo era para Pérez de Cuéllar, porque él no inició el proceso, él llegó a la mitad del mismo. Pero pienso que aunque fueran dos diferentes secretarios generales, la representación básica continuó siendo la misma (Cristiani, 1997).

El acuerdo alcanzado fue bueno, afirma Cristiani, pero hubo varios aspectos que lo hicieron más complejo. En especial, critica que el tema de los derechos humanos “había sido politizado y la izquierda siempre lo había usado para acusar al gobierno” (Cristiani, 1997). Sin embargo, sus afirmaciones contrastan no solo con lo relatado en los testimonios anteriores sino con la evidencia de las masacres y la represión documentadas por la Comisión de la Verdad. Señala Cristiani:

Yo estaba en la oposición durante el gobierno del presidente Duarte, pero estoy completamente seguro de que él nunca ordenó matar a alguien o violar sus derechos. No se puede decir que la violación de los derechos humanos no existiera en el país mientras él fue presidente. Pero él no la apoyaba ni deseaba que sucediera. No existía una política gubernamental de violación de derechos humanos. Y tampoco fue la nuestra. Pero como el tema de los derechos humanos ha sido usado con propósitos políticos, pienso que el papel de Naciones Unidas fue muy importante para superar estos asuntos tan politizados por tantos años, por eso pienso que fue de mucha ayuda tener a ese grupo en la negociación (Cristiani, 1997).

En cuanto a la cuestión de las fuerzas armadas, mencionada también por los otros entrevistados, Cristiani sostiene que la dificultad para negociar no estaba dentro de su propio partido sino al interior de la estructura militar. Después de cada reunión entre el FMLN y el gobierno, el presidente se encontraba con todos los comandantes del ejército y ellos le daban su opinión sobre lo que se estaba negociando. “Estoy seguro que algunos de ellos no estaban de acuerdo con lo que estábamos haciendo, pero como todos los oficiales del ejército, debían obediencia a sus oficiales de mayor rango” (Cristiani, 1997). Y aunque muchas veces cuestionaban el liderazgo, debían seguir la cadena de mando y obedecer al ministro y al viceministro que habían sido nombrados por el presidente, aclara.

Un aspecto que complejizó el proceso fue que en un momento muy cercano a la firma de los acuerdos de paz, fueron asesinados algunos integrantes del FMLN y, según Cristiani, esto reforzó la idea de que el gobierno quería aniquilar a la oposición. En todo caso, según su testimonio, fue la ONU la que buscó aclarar el origen de estos asesinatos y vio la necesidad de investigar los hechos para determinar si habían ocurrido por motivos políticos o si en verdad se trataba de violaciones a los derechos humanos. El argumento de la ONU era: “Esperen un momento, podría ser cierto, pero ustedes tienen que investigar más para descubrir si es cierto antes de empezar a culparse unos a otros” (Cristiani, 1997), y eso fue importante para continuar con el proceso de reconciliación, recuerda.

La opinión de Cristiani sobre la Comisión de la Verdad es muy crítica y no corresponde a los logros de esta instancia y a las evidencias que presentó. Obviamente, no podía aceptar los argumentos en contra del gobierno ni los hechos señalados claramente respecto a las violaciones a los derechos humanos por parte del gobierno salvadoreño. Por un lado, el presidente argumentaba: “Me temo que no puedo ser tan positivo respecto a la Comisión de la Verdad. Pienso que, de alguna manera, fueron un poco demasiado lejos, más allá de lo que el proceso requería” (Cristiani, 1997).

Uno de los objetivos de las negociaciones para la paz era que el FMLN participara en el proceso democrático, sin armas, y obviamente estas personas buscaban ser diputados o presidentes del país, explica el presidente. Por eso, el hecho de que la Comisión de la Verdad planteara como castigo que no participaran en política por un periodo de diez años significaba que no estaban entendiendo de qué se trataba el proceso, argumenta Cristiani. Así que el gobierno y el FMLN se pusieron de acuerdo y le dijeron a Naciones Unidas que no estaban dispuestos a cumplir con esa recomendación. Recuerda que ambas partes señalaron: “Ambos acordamos ahora que no vamos a cumplir con esta recomendación. Es nuestro acuerdo y podemos estar de acuerdo en estar en desacuerdo” (Cristiani, 1997). En suma, no era posible que se le dijera al FMLN que iba

a permanecer fuera de la política durante diez años; eso significaba ir por el camino equivocado, reflexiona.

Si bien podemos coincidir con esta argumentación, la valoración global de Cristiani sobre la Comisión de la Verdad es cuestionable. Considera que podrían haber avanzado mucho más sin su informe y piensa que este no contaba con el apoyo de la opinión pública. Señala que algunas de las recomendaciones con respecto a la reforma judicial eran muy buenas y que otras no lo eran tanto, pero que, en conjunto, estaban encaminadas al fortalecimiento del poder judicial. Sin embargo, cuestiona frontalmente otros asuntos centrales en el trabajo de la Comisión y su reporte final:

Pero con respecto a investigar los crímenes del pasado y decirle al pueblo lo que había sucedido, no estoy seguro de que eso fuera tan necesario, o al menos que hubiera sido necesario para nuestro caso, porque la población tenía claro lo que había pasado. Tal vez estoy yendo demasiado lejos diciendo que no sería necesario en otro caso. Era probablemente como un *best seller*. Está en las noticias por un mes y luego sale un nuevo *best seller* y todo mundo empieza a leer el nuevo *best seller*. Públicamente hablando, eso fue lo que pasó con ese reporte. Nadie realmente lo recuerda. Sus recomendaciones solo permanecieron en la mesa durante la etapa de implementación. El problema es que no estoy seguro de que realmente haya sido de ayuda (Cristiani, 1997).

Desde su punto de vista, “la sociedad salvadoreña estaba lista para perdonar” (Cristiani, 1997), aunque podrían no haber estado listos para olvidar. Y concluye afirmando que se trataba de empezar una nueva era en el país y que fue el gobierno quien ofreció la manera de negociar una salida al conflicto, “ya estábamos prácticamente sentados a la mesa con ellos” (Cristiani, 1997). Según él, las Naciones Unidas no comprendieron a cabalidad que ellos estaban deseando sentarse a negociar con el FMLN para que depusieran las armas, aceptando otorgarles un espacio político. Pero reconoce que no estaba dispuesto a darles nada más. En suma, de lo que se

trataba era de incluirlos en el marco de la legalidad democrática en el que estaban inmersos el resto de los partidos, sin poner en tela de juicio las bases estructurales del sistema político y social en El Salvador.

## **Hablan los diplomáticos mexicanos**

Manuel Tello y Gustavo Albín fueron entrevistados de forma simultánea el 6 de agosto de 1997 en la Misión de México en las Naciones Unidas. Manuel Tello era un funcionario de carrera del Servicio Exterior Mexicano (SEM) desde 1957 y había llegado a Nueva York dos años antes de la entrevista, en enero de 1995. En su amplia trayectoria destaca por haberse desempeñado como embajador de México en Reino Unido y Francia, como representante permanente ante los organismos internacionales en Ginebra y ante la Organización de las Naciones Unidas en Nueva York. Además, fue subsecretario de Asuntos Multilaterales y secretario de Relaciones Exteriores en 1994. Por su parte, Gustavo Albín también era funcionario de carrera del SEM y se había especializado como representante de México para asuntos económicos en diversos organismos internacionales. Asimismo, de 1993 a 2001 fue representante alterno de México ante la ONU.

Uno de los primeros puntos que trata Tello en la entrevista es lo relacionado con el papel de México en Centroamérica y como miembro clave del Grupo de Amigos del Secretario General de la ONU para el proceso de paz en El Salvador. Enfatiza que, dada la cercanía de México con la región así como por los vínculos históricos con los países centroamericanos, los gobiernos mexicanos siempre habían estado interesados en lo que ocurría en esa región “y siempre lo estarían” (Tello, 1997). Cuando tuvo lugar la crisis en Nicaragua a fines de los años setenta, en el momento en que los sandinistas buscaban derrocar al presidente Anastasio Somoza, México mantuvo su postura en el sentido de que se trataba de un

conflicto interno que debía ser resuelto internamente por el pueblo nicaraguense, ello a diferencia de otros países “que pensaban que el cambio en el gobierno de Nicaragua era una posible amenaza para la paz y la seguridad en la región y que algo más tenía que hacerse” (Tello, 1997), declara.

Con el triunfo de los sandinistas y la presencia de la Contra en Nicaragua financiada por la administración de Ronald Reagan, México “tomó la iniciativa para conformar lo que se convertiría en el Grupo Contadora para enfrentar el problema específico de Nicaragua y tratar de encontrar una solución política a la crisis” (Tello, 1997), señala. “Nosotros nunca pensamos, ni tampoco lo hicieron los otros países participantes en el proceso de Contadora, que el asunto debiera ser resuelto militarmente. Siempre sostuvimos que el asunto era político y que debía ser resuelto en una forma política” (Tello, 1997).

Afortunadamente, concluye Tello, esa crisis pudo ser resuelta a través de negociaciones políticas y diplomáticas y se evitó cualquier posible intervención externa. Había países que insistían en marcar el conflicto nicaraguense como parte de la confrontación este-oeste pero, desde el principio, la visión de Contadora era que esta confrontación no era la causa de lo que sucedía en Nicaragua sino que el problema central era la falta de desarrollo y la falta de oportunidades para el pueblo, señala. En el marco de la Guerra Fría, México decidió acompañar el proceso, pero fue muy cuidadoso en el sentido de no intervenir y respetar los asuntos internos de estos países, tal como lo establecen los principios de la política exterior mexicana. Por todo lo anterior, Tello y Albín coinciden en señalar que el esfuerzo de Contadora fue exitoso debido a que se encontró una solución política a la crisis al tiempo que se evitó una invasión militar, y que de ahí se dio paso a la participación directa de los países centroamericanos en una serie de mecanismos para la negociación.

A Tello le preguntan directamente de qué manera México apoyó los esfuerzos del FMLN en El Salvador e incluso cuestionan si

el Frente tenía una oficina en México al inicio de la década de los ochenta, cuestión que parecía ser del domino público. Tello responde: “Yo no sé nada acerca de la existencia de esa oficina. No lo estoy negando. Solo digo que yo no lo sé” (Tello, 1997). Por su parte, Gustavo Albín agrega: “Lo que yo sé es que había contactos en la Ciudad de México entre los miembros del FMLN y el gobierno. Contactos, pero no sé si tenían una oficina” (Albín, 1997).

Al hablar de la serie de encuentros que tuvieron lugar en México entre las partes en conflicto en El Salvador, Tello aclara que él desconocía cuántas reuniones habían sido, pero que sabía que habían sido reuniones tanto formales como informales. Y dice que, de lo que sí tenía conocimiento, era que el gobierno mexicano deseaba “proveer todas las facilidades para que dichas reuniones se llevaran a cabo con la finalidad de poner fin al conflicto armado” (Tello, 1997).

Destaca que, por primera vez en la historia de las Naciones Unidas, el secretario general Javier Pérez de Cuéllar “tomó la iniciativa de invitar a un grupo de países que comenzaron a conocerse como el Grupo de Amigos del Secretario General” (Tello, 1997). Y más ampliamente comenta:

Y el mandato que este grupo recibió y aceptó fue ayudar al secretario general a encontrar una solución al conflicto que estaba azotando en esa época en El Salvador. El secretario general escogió a los países. Le preguntó a cada uno de los países que tenía en mente si deseaban formar parte de este Grupo de Amigos. Y en el caso de México, cuando recibimos esa invitación, mi predecesor en este entonces, el embajador Montaña, recibió instrucciones de México de decir al secretario general que México no solo estaba deseoso, sino que estaba listo para hacer lo que fuera necesario para poner fin al conflicto armado en El Salvador (Tello, 1997).

El Grupo de Amigos estaba formado por México, Colombia, Venezuela y España. Pero Albín aclara que “cuando Estados Unidos se unió al grupo, este empezó a ser llamado los cuatro más uno. Era

llamado el Grupo de Amigos más uno” (Albín, 1997). Explica también que a fines de 1989 el gobierno salvadoreño y el FMLN habían llegado al acuerdo de iniciar el diálogo y que habían solicitado al secretario general de las Naciones Unidas que los ayudara en ese proceso. De aquí que, deseando ofrecer sus buenos oficios para llevar a cabo las negociaciones, el secretario general hubiera considerado necesario no actuar solo sino estar acompañado por otros países. Por ello buscó el apoyo de los países vecinos que antes habían mostrado vocación por alcanzar la paz en la región (México, Colombia y Venezuela) aunque, “por supuesto, uno se puede imaginar que él había consultado con el gobierno de El Salvador y con el FMLN para buscar ese arreglo” (Albín, 1997). Además, el hecho de incluir a España en el grupo proporcionaba un vínculo con la Unión Europea, que también estaba interesada en apoyar el proceso de paz en el istmo, “no solo de forma política sin incluso en términos financieros” (Albín, 1997).

Tello abunda en la explicación:

El Grupo de Amigos siempre estaba deseoso y dispuesto para encontrarse ya fuera con los representantes del gobierno salvadoreño o con los líderes del Frente Farabundo Martí. Y repito, hasta donde yo sé, no hubo reuniones del Grupo de Amigos con las dos partes del conflicto al mismo tiempo. Nos reunimos aquí muchas veces, en la Misión de México para las Naciones Unidas, en nuestra sala de conferencias. Todas las reuniones fueron aquí en la Misión de México. Nos reunimos con los enviados del gobierno. Y cuando esa reunión había terminado, entonces recibíamos a los enviados del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (Tello, 1997).

Gustavo Albín destaca algo esencial sobre el papel del Grupo de Amigos:

Al Grupo de Amigos nunca se le pidió que estuviera de acuerdo en algo. Las partes, es decir, el gobierno de El Salvador y el FMLN, tenían que acordar su propia agenda y ellos tenían que redactar el borrador

de sus propios acuerdos. Nunca se nos pidió expresar alguna opinión, o lo que fuera, en los contenidos de estos. Nuestro papel consistía básicamente en mantener abierta la mesa de negociaciones y tratar de acompañarlos para establecer un marco que los alentara a seguir negociando, pero sin expresar ningún punto de vista acerca de los contenidos de lo que estaban negociando (Albín, 1997).

Ejemplo de ello es que cuando recibían una propuesta del gobierno salvadoreño, en vez de expresar algún juicio u opinión, simplemente la transmitían a los comandantes guerrilleros. Y cuando tenían la respuesta de la guerrilla, de nuevo la enviaban directamente al gobierno, añade Tello. Por supuesto, de manera paralela, todos los miembros del Grupo de Amigos tenían relaciones bilaterales con el gobierno de El Salvador, aclara Albín. Y, en el caso de México, esta es una de las regiones prioritarias para el país en términos de cooperación internacional para el desarrollo, una cooperación incondicional. Por ello, explica Albín, también existía el deseo de que esa cooperación “tuviera un impacto en el desarrollo social y económico de esos países” (Albín, 1997). Al respecto, Tello complementa lo dicho por su colega:

Tenemos importantes programas de cooperación con Centroamérica y el Caribe. Esos programas nunca fueron suspendidos, hasta donde yo sé, a causa del proceso de paz que estábamos impulsando con el Grupo de Amigos. Hasta donde sé, nunca dijimos: ustedes deben aceptar este párrafo o nosotros suspenderemos este proyecto. Eso nunca se hizo, nunca usamos esa clase de tácticas (Tello, 1997).

Para México, el conflicto salvadoreño, al igual que el nicaragüense, tenía razones internas, “principalmente de dos tipos: políticas y económicas” (Tello, 1997), apunta. Por un lado, el pueblo salvadoreño estaba cansado de tener gobiernos militares controlados por la oligarquía y, por la parte económica, deseaban un gobierno “que invirtiera en lo que ellos consideraban las prioridades para alcanzar una mejora social y económica para la mayoría de las personas

de ese país” (Tello, 1997), añade. Pero deja claro que, más allá de esas dos razones básicas, el conflicto era mucho más complejo:

Estas eran las dos razones principales por las cuales el conflicto se militarizó. Había también consideraciones ideológicas, definitivamente. No se puede negar que algunos miembros del Movimiento Farabundo deseaban iniciar un nuevo tipo de gobierno en el país. Y a eso se oponía el gobierno con apoyo del exterior, principalmente de Estados Unidos... Y los rebeldes también estaban recibiendo entrenamiento y ayuda del exterior, principalmente de Nicaragua. Y se hablaba mucho de que estaban recibiendo ayuda de Cuba” (Tello, 1997).

Pero ni Cuba ni Nicaragua estuvieron involucrados en alguna de las discusiones del Grupo de Amigos, aclara Tello. Y después de llegar a un acuerdo el 31 de diciembre de 1989, se hizo un reconocimiento al importante papel de México en las negociaciones y se decidió que los Acuerdos de Paz debían firmarse en una ceremonia oficial en el Castillo de Chapultepec, con lo cual estuvieron de acuerdo el secretario general, el gobierno salvadoreño y los comandantes guerrilleros, explica. Además, el Grupo de Amigos se comprometió a verificar el cumplimiento de los acuerdos, que ambas partes los respeten. “Ese es el nuevo papel después de Chapultepec” (Tello, 1997), afirma.

Para Albín, los Acuerdos de Chapultepec le dieron la confianza a las Naciones Unidas acerca de su implementación y clarificación. Como Grupo de Amigos, continuó el compromiso con el proceso de implementación de los acuerdos; ya no se consideraba como un problema internacional de paz y de seguridad, como lo había sido en el pasado, sino que se convirtió más en un tema político que era discutido en la Asamblea General, y el Grupo de Amigos le enviaba algunas recomendaciones. Además, el presidente Cristiani asistió a algunas de estas asambleas y también tuvo encuentros con el Grupo de Amigos durante el proceso de implementación, señalan ambos.

Después de la firma de los Acuerdos había mucho que hacer, explica Tello. Ambas partes debían trabajar para modificar el sistema judicial, renovar el sistema electoral, garantizar la desmovilización del FMLN y la entrega de las armas, reformar a la policía y al ejército. Pero una de las cuestiones más importantes fue también la creación de la Comisión de la Verdad, comenta. La información derivada de sus trabajos era francamente sensible, revela Tello:

Nosotros discutimos el reporte de la Comisión de la Verdad en varias ocasiones, pero no hay que olvidar que el reporte fue elaborado independientemente del Grupo de Amigos. No recuerdo quien nombró a las personas que hicieron el reporte, si fue el secretario general o si estaba establecido en alguno de los apartados del Acuerdo de Chapultepec. La Comisión de la Verdad fue establecida y estaba presidida por el presidente de Colombia Belisario Betancur. En algunas ocasiones escuchamos por parte de los representantes del gobierno que la situación se exacerbaría si se mencionaran nombres específicos en el informe. Lo único que hicimos como Grupo de Amigos fue transmitir esto al presidente Betancur y a los miembros de la Comisión. Pero la decisión de incluir o no nombres específicos fue una decisión de la Comisión (Tello, 1997).

De este modo, el Grupo de Amigos respetó la independencia de la Comisión de la Verdad y solo se limitó a transmitirles las observaciones de ambas partes. Cabe aclarar, expresa Tello, que el FMLN consideraba necesario que se mencionara a las personas que se hubieran hallado responsables de las violaciones a los derechos humanos y nosotros coincidíamos con ese señalamiento. Pero nuestra labor y nuestra responsabilidad consistía únicamente en transmitir las posturas de los dos bandos, anota.

Albín termina diciendo:

Tal vez, como corolario del éxito de El Salvador, no solo de las Naciones Unidas, sino el éxito del proceso fue que comprobó que era posible encontrar una solución no militar y evitar cualquier intervención militar externa. Esa fue la clave, no solo para los salvadoreños sino

para el resto del mundo. Hemos experimentado intervenciones militares sin sentido, y ahora hemos probado que es posible hacerlo de otra manera (Albín, 1997).

No podemos concluir este apartado sobre las voces de los diplomáticos mexicanos sin mencionar el testimonio de Jorge Montaña, quien fue entrevistado en la Ciudad de México el 1 de octubre de 1999. Miembro del Servicio Exterior Mexicano desde 1979, ocupó posiciones de alto nivel en la Secretaría de Relaciones Exteriores, entre ellas, la Dirección General de Organismos Especializados de las Naciones Unidas, la Dirección General de Asuntos Multilaterales, la Embajada de México en Estados Unidos y la Representación Permanente de México ante las Naciones Unidas, esta última en dos ocasiones. El testimonio del embajador Montaña revela una serie de detalles del proceso de negociación que dan cuenta de los entretelones de la diplomacia mexicana, así como de las relaciones del gobierno de México con los distintos actores del proceso.

Para Montaña, una cuestión central que debe señalarse es el papel de liderazgo de México, no solo en las Naciones Unidas o la Asamblea General, sino también en organismos especializados como la Unesco, la OIT y la FAO, las cuales tuvieron gran importancia durante el conflicto centroamericano. Además, el embajador Montaña participó directamente en la búsqueda de la paz en la región a través de la iniciativa del Grupo Contadora como parte del equipo que daba soporte en la preparación de documentos, en la promoción de las negociaciones y en la búsqueda de apoyos en los foros multilaterales para las gestiones del Grupo. Recuerda:

Ese es el papel que jugué más, tratando de que mi país fuera la fuerza líder o una de las fuerzas líderes, tratando de obtener apoyo no solo para Contadora, sino también apoyo para algunas de las resoluciones que eran bastante queridas para nosotros, por ejemplo, las relacionadas con los derechos humanos (Montaña, 1999).

México era el líder en la Comisión de Derechos Humanos en Ginebra y también en la OEA, y siempre buscó condenar la violación masiva de los derechos humanos en El Salvador, destaca Montaña. Y lo mismo fue en el caso de Contadora. Además, rememora cómo desde finales de los años setenta, en los inicios del conflicto centroamericano, México desarrolló una política exterior muy activa que iba más allá de sus principios tradicionales, llegando a condenar al régimen de Anastasio Somoza y solicitar que Nicaragua fuera expulsada de la OEA. Menciona también la presentación de la Declaración Franco Mexicana en agosto de 1981 en la cual se reconoció al FMLN y al FDR como “fuerzas beligerantes” conforme a lo establecido a la Convención de Ginebra.<sup>2</sup>

Montaña hace una precisión muy importante. La decisión del gobierno de México fue la de apoyar en el comunicado no solo al FMLN, que era la fuerza armada, sino también al FDR, que era la fuerza política democrática. Era una cuestión política fundamental para garantizar que el comunicado tuviera un mayor impacto en el ámbito internacional. Destaca:

Todavía no estoy hablando de Contadora, porque Contadora fue creada hasta enero de 1983, pero en el 81 era obvio para la nueva administración de Estados Unidos que México estaba demasiado activo, y no quería que México estuviera tan activo. Por eso fue que México buscó un apoyo fuera del continente, y el nuevo gobierno encabezado por el presidente Mitterrand dio ese apoyo. Por eso fue tan importante (Montaña, 1999).

De ahí en adelante, Estados Unidos “continuó ejerciendo presión sobre México por nuestras actividades en la región centroamericana” (Montaña, 1999), ya fuera de manera bilateral o multilateral,

<sup>2</sup> Es importante aclarar que en el texto de la Declaración se habla de fuerzas representativas y no de fuerzas beligerantes, pero en esa época el término beligerante se empezó a utilizar como una manera de darle aún más fuerza a la postura de México y Francia. Se puede observar entonces un uso político del término tanto por parte de los miembros del FMLN-FDR como por algunos diplomáticos mexicanos.

como era el caso del Grupo Contadora. Esta iniciativa no pudo lograr su propósito de alcanzar la paz en la región debido a la presión ejercida por Estados Unidos en los países centroamericanos, explica. Desde su punto de vista, lo que hizo Óscar Arias fue tomar el Acta de Contadora, le cambió el nombre y trasladó a todos los centroamericanos a Esquipulas, logrando deshacerse así del Grupo Contadora.

De hecho, si usted quisiera encontrar un mejor ejemplo de cómo alguien viola todas las convenciones internacionales en materia de propiedad intelectual, puede encontrar este como un buen ejemplo. Lo que hizo Arias fue simplemente reproducir todos los planteamientos de Contadora y trasladarlos a un documento diferente con el emblema de Costa Rica, y eso se debió a la presión ejercida por el presidente de Estados Unidos que les dijo: Podemos marchar contigo, mientras el Grupo Contadora no esté detrás de ti (Montaño, 1999).

Pero estoy convencido, añade, que Contadora jugó un papel en el proceso de paz en Centroamérica,

pues fue el principal obstáculo para los Combatientes de la Libertad, para que Reagan invadiera Nicaragua o hiciera otras cosas. Pienso que Contadora era, en cierto sentido, una tremenda fuerza de integridad política, de fuerza moral, que impidió que los más radicales del gobierno de Estados Unidos promovieran la invasión a Nicaragua (Montaño, 1999).

Fue en ese momento, rememora, cuando el presidente Reagan “afirmó que Centroamérica era el patio trasero de Estados Unidos” (Montaño, 1999). Y fue por eso que Óscar Arias recibió la orden directa de Washington para ver la forma de deshacerse del Grupo Contadora y tomar el liderazgo regional, remata.

Respecto al proceso mismo de las negociaciones de paz, Montaño sostiene que el FMLN-FDR jugó “una de las cartas más inteligentes de todo el conflicto en Centroamérica, aún más importante, porque ellos tuvieron una política exterior más articulada aún que

muchos países” (Montaño, 1999), se mantuvieron activos en todo tipo de foros políticos, sociales, culturales, multilaterales, y tuvieron a cuatro o cinco personas que se movían de un lugar a otro constantemente como si fueran sus embajadores. Además, él sí reconoce la presencia oficial del Frente en la Ciudad de México con el conocimiento del gobierno de mexicano y dice que incluso viajaban con visa, lo que hacía que no fuera una actividad clandestina:

Ellos tenían una oficina en México que era la oficina central para la región, y nosotros les dábamos toda clase de facilidades. Nosotros discutimos con los salvadoreños, con el gobierno salvadoreño, y durante los años más difíciles el gobierno salvadoreño aceptó que México era mejor que Cuba. Por eso el FMLN estaba siempre muy activo en los círculos intelectuales de México, incluso en contacto estrecho con las autoridades en el gobierno. La mayor parte del tiempo fueron muy respetuosos de la ley mexicana (Montaño, 1999).

Según Montaño, el FMLN siempre se las arregló “para hacer que el gobierno apareciera como el único que violaba los derechos humanos, haciéndolo ver como un gobierno represivo” (Montaño, 1999) el cual, además, era sobreprotegido por Estados Unidos, lo que los mostraba como “los chicos malos del fenómeno” (Montaño, 1999). Aclara también que los cubanos fueron muy cuidadosos y no hicieron ningún trato con los salvadoreños en México. Puntualiza:

Cuba mantuvo constantes canales de comunicación con el FMLN. Nosotros éramos conscientes de ello, pero puedo asegurar que ellos fueron muy respetuosos de no hacerlo en México, y los diferentes miembros del FMLN acostumbraban a ir a Cuba a tener consultas y discusiones, y nosotros estamos seguros de que nunca usaron a México como puente para cualquier clase de ayuda para El Salvador. En ese sentido, nosotros fuimos muy cuidadosos y tuvimos nuestras fuentes de inteligencia que seguían a estas personas, porque no queríamos ser acusados por Estados Unidos de que México era usado como un santuario, o que México estaba siendo usado como un puente para canalizar ayuda militar o apoyo a El Salvador (Montaño, 1999).

Según él, eso fue muy importante para México pues le permitió mantener su credibilidad y su influencia moral en los distintos foros internacionales y con todas las partes del conflicto.

Por otra parte, el embajador explica con claridad el papel de Cristiani y de las Naciones Unidas en la negociación. Argumenta que el presidente salvadoreño debía convencer a todos, incluyendo a México, de que actuaba de buena voluntad. Sostiene con vehemencia: “Yo personalmente tenía tremendas dudas acerca de que alguien proveniente de Arena de repente tratara de promover la paz en su propio país, pero pronto nos convencimos de que sí estaba actuando de buena fe” (Montaño, 1999). Así que, cuando empezaron las pláticas, se llegó al acuerdo de que las Naciones Unidas debían tener un papel central en las negociaciones.

En 1990 se pensaba que ninguna de las partes tenía la posibilidad de ganar la guerra, que se había llegado a una especie de *impasse*, dice Montaño. Había muchos muertos, la Guerra Fría había terminado y era claro para el FMLN que pronto dejarían de recibir el apoyo de la antigua Unión Soviética y de los países de Europa Oriental. Por eso cambiaron su postura y aceptaron la negociación, concluye. Asimismo, asegura que Cristiani había recibido indicaciones de Estados Unidos en el sentido de que no podría prolongar el apoyo económico a los militares salvadoreños y que era mejor pensar en un posible camino para alcanzar la paz en el país. En suma,

lo que quiero decir es que ambas partes, por diferentes razones, llegaron a la misma conclusión. Nadie iba a ganar la guerra y sus propios ‘padrinos’, la Unión Soviética y Estados Unidos, no estaban preparados para seguir proporcionando el apoyo abierto que habían otorgado en los años ochenta (Montaño, 1999).

Tanto la ONU como el gobierno mexicano aportaron los recursos necesarios para llevar a cabo las rondas de negociaciones y presionaron para que los comandantes pudieran obtener las visas para asistir a las sesiones. En México, señala Montaño, a veces se

requería alojarlos en distintos hoteles ya que los representantes de ambas partes no soportaban estar cerca. En ocasiones estaban en el mismo hotel, pero en un piso distinto, y era el representante de la ONU el que se trasladaba de una habitación a otra para conversar con ellos, aclara.

Los últimos días de 1991, cuando Pérez de Cuéllar estaba a punto de dejar el cargo de secretario general, tuvieron lugar una serie de hechos fundamentales para garantizar el éxito de los acuerdos de paz en un contexto internacional que estaba cambiando de manera acelerada. Montaña recuerda cuando se reunieron en la residencia del secretario el 24 de diciembre:

Nos encontramos ahí, los cuatro amigos, y él recibió la confirmación de Gorbachov en el sentido de que, para todo propósito práctico, la URSS iba a ser desmantelada al finalizar el año, y Rusia iba a tomar su lugar en el Consejo de Seguridad. Así que nosotros recibimos de Javier Pérez de Cuéllar, inmediatamente, la noticia de que la Unión Soviética no era más la Unión Soviética, una semana después, a partir de Nochebuena (Montaña, 1999).

Montaña confiesa que, al día siguiente, llevó a la residencia de México a tres miembros del FMLN y a dos miembros de la delegación de Estados Unidos para discutir algunos puntos.

No estoy autorizado para decir qué miembros de la delegación de Estados Unidos eran, pero puedo asegurar que todos teníamos conciencia de que estábamos haciendo algo ilegal, pero era algo ilegal con el propósito de alcanzar la paz... No había nadie en la residencia. Mi familia ya estaba en México y estuvimos trabajando por casi ocho horas. Y tres de los más importantes, o al menos dos de los más importantes comandantes de la guerrilla, estuvieron sentados por primera vez cara a cara con Estados Unidos (Montaña, 1999).

Reconoce que Joaquín Villalobos estaba ahí y, por ser una de las cabezas más importantes del grupo guerrillero, tenía la capacidad de decidir ciertas cosas. Después de eso, informaron a la delegación

del gobierno salvadoreño los acuerdos a los que habían llegado y eso fue de la mayor relevancia, asegura. Javier Pérez de Cuéllar estaba prácticamente a 72 horas de concluir su gestión y parecía haberse rendido a la idea de que el proceso no podría culminar antes de su partida. Pero Montaña manifiesta haberle dicho:

Escuche, señor secretario general, no le voy a hablar a mi amigo. Señor secretario general, usted tiene una responsabilidad, y si usted no acepta esa responsabilidad, vamos a tener que llamar a una conferencia de prensa. Y vamos a decir que el secretario general de las Naciones Unidas no quiso participar en esto (Montaña, 1999).

Y añade:

Yo estaba usando un lenguaje muy duro, pero la razón por la que yo estaba usando ese lenguaje tan duro era porque habíamos hablado con ambos bandos, con el gobierno y con la guerrilla, y sabíamos que solo con la participación del secretario general se podrían juntar las cosas. Y Javier estaba cansado, estaba enfermo. Como dije antes, tenía problemas de espalda, tenía problemas con una pierna, y estaba en la última parte de su gestión de diez años en Naciones Unidas. Yo diría que estaba harto (Montaña, 1999).

Por eso le insistí en que, aunque estuviera cansado, lo necesitábamos, y era esencial que él regresara a la arena de la discusión. “Estábamos tan cerca” (Montaña, 1999), enfatiza. Afortunadamente, después de una sesión muy difícil con Javier el 29 de diciembre, él aceptó continuar participando en el proceso. Y así recomenzó la diplomacia con ambas partes y lograron salir de ese momento de estancamiento que hubiera dado al traste con las negociaciones, evoca. La noche del 31 de diciembre, en una carrera contra reloj, justo antes de que Pérez de Cuéllar tomara un avión rumbo a Miami, rodeados de pizzas y sandwiches, el grupo negociador logró terminar el documento unos minutos antes de que dieran las doce. Fue algo extraordinario, porque Pérez de Cuéllar había amenazado con dejar el edificio a la media noche. “Esto quedó para

la historia y pudimos lograr el acercamiento entre ambas partes, darles una última oportunidad” (Montaño, 1999), concluye.

A pesar de que México invitó a Pérez de Cuéllar a la firma de los Acuerdos de Paz en enero de 1992, en reconocimiento a toda su labor, como buen diplomático este dijo: “Ya no soy el secretario general, el único es Boutros-Ghali, así que él es el que estará ahí” (Montaño, 1999). Lo raro fue que, a pesar de haber fungido como garantes de la negociación, no hubo mención al Grupo de Amigos en el documento que se firmó, reclama el embajador. Eso fue algo que le pareció sumamente raro, que Pérez de Cuéllar no hubiera dado un reconocimiento a su labor, no a nivel personal sino como países. Pero, al final, Montaño piensa que fue una experiencia ejemplar para la comunidad internacional y que el éxito se debió, entre otros factores, a que ambas partes pudieron confiar en el liderazgo, la legitimidad y la autoridad moral de un mediador como las Naciones Unidas.

## **Reflexiones finales**

Como señalamos antes, las entrevistas realizadas por el proyecto de Historia Oral de la ONU tenían como objetivo que los actores que participaron en el proceso hicieran una valoración de su papel como mediadores para alcanzar la paz. Este objetivo fue claramente cumplido y todos ellos dieron su opinión favorable en torno al papel de la ONU y del Grupo de Amigos del Secretario General. Sin embargo, en sus relatos pudimos conocer múltiples detalles de otros aspectos que son centrales para entender a cabalidad el proceso.

Uno de ellos tuvo que ver con las motivaciones de la lucha guerrillera, vinculadas al fenómeno de la dictadura y la injusticia social en El Salvador; el papel de la comisión político-diplomática del FMLN, enfocada a la relación con los gobiernos y los organismos internacionales; y la estrategia de la ofensiva final de 1989 como un

último intento para lograr la toma del poder. Los testimonios de Salvador Samayoa, Shafik Handal, Ana Guadalupe Martínez y Rubén Zamora contrastan con la postura del presidente Alfredo Cristiani que pretende ubicar el conflicto como resultado de la pugna este-oeste y restar importancia a las demandas legítimas del FMLN en torno a las violaciones de los derechos humanos.

La iniciativa de Contadora destaca como un punto central de interés en los testimonios y es presentada como una instancia que logró frenar la posible invasión de Estados Unidos a Nicaragua, al tiempo que constituyó el antecedente para el posterior trabajo de los presidentes centroamericanos en favor de la paz en la región. Sin embargo, se pone en evidencia que la imposibilidad de firmar el Acta de Paz de Contadora tuvo que ver con las presiones de Estados Unidos que dieron al traste con este esfuerzo concertado.

Todos los entrevistados hacen referencia a los actores externos del proceso, en particular el impacto que tuvo la derrota de los sandinistas en las elecciones de Nicaragua, la postura de Estados Unidos hacia la región y, sobre todo, la disminución de la influencia de Cuba y la Unión Soviética derivada de la caída del muro de Berlín y el fin de la Guerra Fría, lo cual dejó a los combatientes sin un horizonte de posibilidad para avanzar en su lucha. Entre los actores externos destaca también en los relatos la participación del Grupo de Amigos y la manera en que facilitaron el diálogo entre ambas partes.

El tema de la Comisión de la Verdad genera cierta polémica al comparar las visiones presentadas en estos testimonios. Hay una valoración positiva general en términos de la importancia de dar a conocer al pueblo salvadoreño lo sucedido durante la guerra y se reconoce lo exhaustivo de su labor. Sin embargo, el presidente Cristiani critica el informe de la Comisión argumentando que no era necesario proporcionar tantos detalles, pues eso influía de manera negativa en el proceso de negociación. No obstante, es claro que lo relatado confirma el papel tan valioso de las comisiones de la verdad en épocas recientes pues permiten esclarecer los

acontecimientos, al tiempo que dan cierta respuesta a las víctimas de las violaciones a los derechos humanos.

Entre los detalles revelados por cada uno de los sujetos destacan el tema del papel de Óscar Arias que cumplió los designios de Estados Unidos para sacar a Contadora del proceso de Paz, así como lo narrado por el embajador Montaña en torno a los acontecimientos del 31 de diciembre de 1991 y el trabajo realizado esa noche para garantizar el éxito de las gestiones de paz antes de que concluyera el mandato de Javier Pérez de Cuéllar. Y, en particular, se explica que fue necesaria la presión diplomática para lograr que el secretario de la ONU se sobrepusiera al agotamiento y a sus problemas de salud para cerrar el proceso antes de la llegada de su sucesor.

Todo ello nos confirma la validez de la metodología de la historia oral para vincular la memoria y la historia, pues nos permite acceder a la información que rebasa el ámbito de la consulta hemerográfica o documental para dar paso al relato de los sujetos que, a partir de sus recuerdos, dan cuenta de los detalles, del trasfondo de las decisiones, de la manera cómo se negocian los acuerdos en la práctica. Hace posible, además, establecer la relación de los actores con su historia y construir una memoria colectiva de la compleja coyuntura política para comprender los años de conflicto y el papel de la geopolítica regional centroamericana. Todo ello se vincula indisolublemente a los procesos políticos y sociales en El Salvador, en los que prevalece una sensación de desencanto frente a los objetivos planteados por quienes quisieron cambiar su realidad en los años ochenta y quienes vieron a la paz como el único objetivo alcanzable después de una década de guerra.

## Bibliografía

Castillo, Manuel Ángel; Toussaint, Mónica y Vázquez Olivera, Mario (2011). *Centroamérica*, Colección Historia de las Relaciones Internacionales de México, v. 2. México: Acervo Histórico Diplomático/Secretaría de Relaciones Exteriores.

Covarrubias, Ana y Muñoz, Laura (2007). *Manuel Tello: por sobre todas las cosas México*. México: Instituto Matías Romero/Secretaría de Relaciones Exteriores.

Declaración conjunta México-Francia, reconocimiento FMLN-FDR. 29 de agosto de 1981.

*El Faro* (6 de febrero de 2024).

Páez Montalbán, Rodrigo (1998). *La paz posible. Democracia y negociación en Centroamérica, 1979-1990*. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH)/Centro Coordinador y Difusor de estudios lationamericanos (CCYDEL).

Rouquié, Alain (1994). *Guerra y paz en América Central*. México: FCE.

## Entrevistas

United Nations Oral History Project Interview Transcripts and Tapes (MS 1703). Manuscripts and Archives, Yale University Library.

Cristiani, Alfredo (1997, 25 de julio). Entrevistado por James Sutterlin. *United Nations Oral History Project*. San Salvador.

Handal, Shafik (1997, 19 de junio). Entrevistado por Jean Krasno. *United Nations Oral History Project*. San Salvador.

Martínez, Ana Guadalupe (1997, 21 de junio). Entrevistada por Jean Krasno. *United Nations Oral History Project*. San Salvador.

Montaño, Jorge (1999, 1 de octubre). Entrevistado por Jean Krasno. *United Nations Oral History Project*. Ciudad de México.

Samayoa, Salvador (1997, 19 de junio). Entrevistado por Jean Krasno. *United Nations Oral History Project*. San Salvador.

Tello, Manuel y Albín, Gustavo. (1997, 6 de agosto). Entrevistados por Jean Krasno. *United Nations Oral History Project*. Nueva York.

Zamora, Rubén. (1997, 24 de julio). Entrevistado por James Sutterlin. *United Nations Oral History Project*. San Salvador.

# La condena de la memoria

## Ficción y subjetividad en la posguerra centroamericana

*María del Pilar López Martínez*

La literatura centroamericana de los últimos lustros muestra importantes debates sobre diversos temas entre los que se encuentran, fundamentalmente, los de las memorias y la historia: su entrecruce, veracidad, necesidad escritural, estrategias narrativas y recepción son algunos de los tópicos que desde finales de los años ochenta con el auge de lo testimonial, y hasta nuestros días, frente a la conformación en algunos de los países centroamericanos de cuerpos académicos dedicados al estudio de las literaturas y los estudios culturales fundamentalmente, aportan elementos para reflexionar sobre los acontecimientos pasados y la manera en que se traen al presente a través de la escritura.

Los debates que presentan dan muestra de la necesidad de profundizar sobre la forma en que las relaciones entre historia y memoria se han desarrollado en parte de la narrativa centroamericana. El presente trabajo, situado en el horizonte que la narrativa centroamericana contemporánea ofrece, transita por algunos de los teóricos que han propuesto a la literatura como espacio necesario para construir puentes entre acontecimiento, memoria y literatura, en el tránsito hacia la comprensión del sentido de nuestro

presente. Toma para ello obras que siguen géneros literarios y estrategias narrativas distintas, desde lo reconocido como propiamente testimonial, hasta las ficciones que desde los años noventa del siglo pasado han fortalecido la narrativa del istmo.

Se apoya para ello en pensadores como Beatriz Sarlo, Zigmunt Bauman, Hannah Arendt, y en teóricos de la literatura centroamericana como Mónica Quijano, Dante Barrientos, Valeria Winberg, Werner Mackenbach, Magdalena Perkowska, Alexandra Ortiz, Roque Baldovinos, Elzvieta Sklodowska, entre otros. Así, se muestran discusiones actuales sobre la importancia de categorías que sobre la memoria se han desarrollado en su entrecruce con la historia y sus narraciones. Pone especial interés en la denominada ficción narrativa y a partir del seguimiento de Erasmo Aragón, uno de los personajes más representativos de la intertextualidad en la obra del escritor Horacio Castellanos Moya, discurre sobre la forma en que la memoria, sea la conformada por recuerdos individuales, sea la que ha formado parte de lo colectivo y ha dotado de identidad para luego dislocarse, se configura como tropo central.

Se abordan particularmente los textos ficcionales *El sueño del retorno*, *Moronga* y *El hombre amansado* del escritor salvadoreño, y se revisitan algunos otros emblemáticos de la narrativa de la posguerra de Guatemala y Nicaragua para bosquejar ese mosaico de territorios en disputa: el que establece la historia y el fracaso de su sentido libertario propuesto a través de sus narraciones; el que plantea lugares de enunciación particulares y por tanto memorias individuales que dibujan sujetos que irrumpen en el entramado político desde la ética; el que cancela la posibilidad de lo heroico en espacios donde sus protagonistas renuncian a su lugar de enunciación como portavoces de las verdades; y el que habitan sujetos sometidos por el peso de acontecimientos recientes, imposibles de comprender aunque se regrese al pasado para intentarlo.

La representación de todas estas subjetividades, presentes en la narrativa contemporánea de Centroamérica, fortalece la idea de la estética literaria como ámbito necesario para el conocimiento,

reflexión y comprensión de sucesos del pasado, a partir del convencimiento de que las memorias traídas al presente desde la escritura, construyen universos que expanden lo disciplinario. Se señalan así otros territorios intelectuales y sensibles, otrora marginales y hoy ineludibles, desde los que el sujeto centroamericano se manifiesta como agente de su propia historia en el presente.

### **Debates recientes sobre memoria, literatura y narración histórica**

Los cruces entre historia, memoria y literatura han estado presentes en las discusiones sobre los caminos que la literatura centroamericana ha tomado, al menos, desde que bifurcó su sendero separándose en parte importante de aquellos que marcaron al llamado *boom* y al “realismo mágico” en Latinoamérica. Así, mientras en gran parte del continente americano se conformaba un canon literario sostenido por obras de Miguel Ángel Asturias, Arturo Uslar Pietri, Elena Garro, Juan Rulfo, Gabriel García Márquez, Alejo Carpentier, Mario Vargas Llosa, entre otros, en países del istmo, desde hacía tiempo y frente a la urgencia por mostrar las condiciones sociales y económicas en que vivía su población, se desarrollaba otra literatura. Se trataba de un arte ligado a los acontecimientos que buscaba, hacia los años ochenta del pasado siglo, difundir historias distintas a las oficiales y mostrar sus condiciones a partir de voces testimoniantes ignoradas hasta entonces.

El testimonio –en un contexto inicial anterior al de la Guerra Fría en el que las disputas culturales y las definiciones intelectuales formaban parte de las estrategias políticas de los bloques en conflicto– nunca fue tomado en cuenta como literatura por quienes dictaban la incorporación al canon latinoamericano. La escritura de la región, calificada peyorativamente como “panfletaria” en gran parte de las veces, fue ignorada, aunque la importancia política que adquirió para el desarrollo de los acontecimientos futuros

y entre la opinión internacional, como en el caso de la revolución sandinista o el conflicto armado guatemalteco, fue fundamental.

Es así como, cuando en la región centroamericana hace su aparición el testimonio y más tarde se difunde en los principales centros académicos de Estados Unidos como la “voz de los sin voz”, los análisis sobre este tipo de expresiones manifestaban su confianza en los discursos calificados de verdaderos, ante la urgencia que reclamaba el activismo y la solidaridad hacia países sumidos en los conflictos armados (Beverley, 1993).<sup>3</sup> El testimonio suponía transmitir una experiencia “verdadera”, es decir, experimentada realmente por los testimoniantes y traída al presente a través del recuerdo y la memoria. Su importancia histórica –y moral– marcaba de inicio un compromiso hacia las poblaciones menos favorecidas y con la lucha armada como vía única para cambiar esas condiciones. No se trataba de una escritura académica de la historia pasada y reciente, sino de aquella surgida desde la experiencia común. De ahí su legitimidad.

La mayoría de esos textos, que presentaban un ordenamiento específico de los acontecimientos, personajes, datos, entrevistas, buscaron generar su sentido a partir de la selección de estrategias narrativas y también de su coherencia. Su impacto en los lectores permitió en un inicio considerarlos alternativos a las fuentes históricas existentes en esas geografías y momentos, en un contexto de disputas por la memoria y la “verdad”. Más tarde, estudiosos como Elzbieta Sklodowska (1993) señalarían la importancia de las expresiones testimoniales para la construcción discursiva de artefactos que desde la intelectualidad orgánica se edificaron para participar en los debates sobre los imaginarios de justicia, verdad y revolución.

<sup>3</sup> Me refiero a la difusión que alcanzó el testimonio de Rigoberta Menchú y Elizabeth Burgos *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, en los cursos de la Universidad de Stanford como texto central, o los de Margaret Randall sobre la lucha sandinista en diversas partes de Latinoamérica, tal como lo consigna John Beverley.

La literatura entonces, o al menos una importante parte de esta, participaba de ese término: “memoria colectiva”, como aquello que unificaba las voces individuales, representantes de una colectividad marginada, en una expresión cuyo vehículo sería el texto escrito. Las memorias expresadas entonces, disputaban su participación en la historia nacional a partir de la existencia de un sujeto colectivo combatiente, heredero de luchas ancestrales y solidario, representado por el testimoniante (Sklodowska, 1993).

Por ejemplo, en *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*, del comandante Omar Cabezas, el narrador hace explícita la construcción de esa narrativa durante la revolución sandinista, narrativa que no habría tenido resonancia de no existir la imagen de los héroes libertadores en la memoria viva de las poblaciones:

Total, que el trabajo en Subtiava empieza a crecer como reguero de pólvora, silenciosamente, en la sombra. Y nosotros empezamos a proyectar a Sandino dentro de Subtiava. Ellos tienen un cacique que fue el cacique más representativo de ellos: Adiac. Nosotros proyectamos a Sandino como continuador de Adiac. Y entonces encarnamos a Sandino en Adiac, pero a Sandino con la proyección del *Manifiesto Comunista* (1981, p.31).

Los sujetos protagonistas de algunos de estos textos se narran como anclados en las historias patrias, héroes de gestas por la justicia y guardianes de las memorias de los pueblos. Situados históricamente en el presente para transformarlo, con toda la legitimidad que conlleva continuar una lucha ancestral para terminar con un pasado de agravios que guíe al colectivo hacia la justicia y la dignidad.

Se entreteje así el presente con las narraciones míticas del pasado, y la literatura se convierte en pieza clave para la generación de imaginarios. Se abren vasos comunicantes de mitos que dotan de identidad, y su narración clarifica los objetivos de lucha a través de la fundación de sentido en el nuevo discurso. El uso y construcción de la memoria de esta forma, encuentra una de sus

potencialidades en la narración que los comandantes entretejen en sus textos y que trae al presente una historia que permanecía fija, o que formaba parte de los discursos del pasado inerte y olvidado de la patria.

Es así como se puede mostrar en esta literatura de larga tradición en el istmo, una comunidad que construye memorias y maneras de transmitir las como acción política. El relato de los combates, nos explica Enrique Díaz Pérez (2023), dota de rostro a las víctimas desde la voz de los supervivientes y abre, en la dimensión de lo público, debates sobre las narrativas históricas y la manera en que se construyen.<sup>4</sup>

Para seguir el desarrollo, desde lo estético, de la disputa sobre las maneras de escriturar historia y memoria, retomo a uno de los autores e intelectuales cuya narración permite recorrer el tránsito que continúa la construcción de otro tipo de textos a los testimoniales pero que derivan de ellos; textos que recurren también a la ficción para dar cuenta de sucesos terribles del pasado centroamericano y que traen al presente otras memorias distintas a las oficiales. Me refiero a Mario Roberto Morales.

Considerado iniciador de la llamada “Nueva Novela” en Guatemala, Morales hace explícita su búsqueda estética, siempre dentro del lenguaje, pero rompiendo los límites que las disciplinas históricas y literarias establecían. Su novela *Los demonios salvajes* continuará en su país otras formas narrativas apenas expresadas años antes, que serán consideradas “más del habla que del idioma” y que mostrarían claramente cómo la búsqueda estética dentro de la ficción no implicaba dejar de lado los referentes extratextuales del conflicto armado y sí permitía transmitir la experiencia para tomar conciencia sobre ella. Mario Roberto Morales seguiría así escribiendo con una profunda confianza en el lenguaje, convicción que es central en toda su obra.

<sup>4</sup> Tal como lo muestra el debate Menchú- Stoll que se puede seguir en Morales (2001).

Esa acepción, “más del habla que del idioma”, da muestra de lo que el propio autor denominaría como “acto háblico” de la textualidad (1998).<sup>5</sup> Morales experimentará en los años noventa con el entrecruce entre escritura y habla a partir de crear obras situadas en el contexto guatemalteco del conflicto armado y sus consecuencias, que permitirán recuperar la tradición literaria iniciada por Miguel Ángel Asturias. El escritor discute con otros intelectuales del momento que consideraban que la “autenticidad” de la oralidad de los testimonios no debía trastocarse por el acto escritural-intelectual, y defiende a la literatura como medio válido de la formulación estética de “identidades transculturadas, mestizas e híbridas” (Morales, 1998).

*Señores bajo los árboles*, texto publicado en 1994, convierte a las voces indígenas, resultado de testimonios reales, en lengua literaria. La literaturización de los testimonios en la narración polifónica de los hechos ocurridos durante el genocidio viabiliza lo testimonial de la experiencia del horror, pero rompe con la tradición testimonial al menos en dos aspectos: al dar cuenta de voces diversas en la construcción del sentido de la obra, y al establecer claramente el carácter ficcional en el testimonio.

*Señores bajo los árboles* muestra por primera vez la efectividad de la ficción construida a partir de testimonios para generar conciencia sobre la terrible crisis civilizatoria, como llamara Gerardo Guinea Diez al genocidio guatemalteco, en momentos en los que se discutían las características del camino que la cultura y la literatura deberían seguir en el país, olvidando las heridas profundas que el conflicto armado dejó. Más tarde, otras novelas ficcionales sobre el genocidio guatemalteco recurrirán de manera distinta a la literaturización del habla a partir de la memoria de vivencias específicas, como *El árbol de Adán*, de Gerardo Guinea Diez, o de

<sup>5</sup> En su ensayo “La articulación de las diferencias o el síndrome de Maximón. Los discursos literarios y políticos del debate interétnico en Guatemala”, Mario Roberto Morales (1998) desarrolla estos conceptos a la luz, también, de la obra de Miguel Ángel Asturias.

la expresada por testimoniantes y conservada en archivos, como *Insensatez*, de Horacio Castellanos Moya.

La inauguración de estas categorías, y la eminente búsqueda estética de autores como Mario Roberto Morales, mostraron claramente la necesidad de narrar las memorias de acontecimientos pasados sin tener que sujetarse a lenguajes académicos de la historia que en muchos casos se subordinaba a la veracidad de los hechos, obviando a la memoria o las memorias como ámbitos falibles en la reconstrucción de lo sucedido y olvidando la importancia social, política y cultural que dichas memorias y su escrituración tienen para la comprensión del presente.

Morales (2005) señala a la necesidad de viabilizar el testimonio a través de la ficción desde una perspectiva ética y estética. Las voces representadas escrituralmente en *Señores bajo los árboles*, llamada por el autor como “testinovela”, representan un yo colectivo estructurado por la presencia de un personaje ficticio que muestra la voluntad de contar otras verdades desde su propia escritura. La construcción del texto, sin embargo, deja claramente establecida la existencia de testimonios reales que se intercalan en el coro de memorias del horror. Esta obra participa así, en el espacio de credibilidad que abren las memorias viabilizadas a través de la ficción declarada, e inaugura estrategias escriturales que abren la discusión sobre las relaciones entre literatura, memoria e historia, en momentos de profunda crisis de autoridad entre las instituciones encargadas de construir y mantener las narrativas nacionales de los sucesos recientes.

Mónica Quijano, en su texto: “Literatura nacional e identidad. Del paso de una memoria unificada a la proliferación de memorias plurales” (2013), expone cómo frente a los procesos de pérdida de credibilidad de los órdenes nacionales, emerge la necesidad de hacer visibles memorias de grupos marginales opacados, que han articulado tradicionalmente la narrativa de las identidades nacionales. La aparición de dichas memorias en el espacio público,

señala la autora, participan en los cuestionamientos que meterán en crisis las bases simbólicas del Estado Nación.

Quijano expone cómo el discurso literario se convierte en el espacio privilegiado para explorar la relación y dialogicidad entre la memoria individual y la cultural:

Si la literatura tiene impacto en la producción de memorias colectivas es porque se da siempre a través de formas narrativas concretas en las que el factor formal –la convención de género, la focalización, el uso de figuras retóricas, etcétera– resulta fundamental para la producción de sentido (Quijano, 2013, p.174).

Este auge de la escritura de memorias en plural se presenta en Centroamérica como manifestación de la crisis de las herramientas que la disciplina histórica desarrollada en el istmo ha alcanzado para otorgar sentido al presente y para la comprensión del pasado. Otros elementos participan en su visibilización y escrituración: la crisis en las representaciones monolíticas de varios de los procesos narrativos relacionados con los acontecimientos fundacionales y recientes, incluyendo el testimonial; la falta de representación de sujetos que irrumpen en escenarios políticos, sociales y culturales donde antes fueron ignorados, como las poblaciones indígenas o las comunidades de las diversidades genéricas; el rechazo hacia los discursos que planteaban una coherencia y sentido en los relatos que desde los gobiernos y sus aparatos estatales promulgaban alcanzar libertades que nunca se dieron, por ejemplo. Son resultado, también, de la necesidad de denunciar y reconocer acontecimientos como el genocidio en el caso de Guatemala que desde la narrativa histórica del poder fueron negados o minimizados, pero evidenciados gracias a esos múltiples testimonios en primer lugar.

En su texto *Tiempo pasado, cultura de la memoria y giro subjetivo*, Beatriz Sarlo se cuestiona sobre la credibilidad que, en ciertos momentos particulares, esa irrupción de testimoniales tuvo en algunos países de Latinoamérica. La autora expone cómo la “historia

monumental” del pasado parece “debilitarse frente al instante”. La teórica profundiza:

de un lado, la historia social y cultural desplazó su estudio hacia los márgenes de las sociedades modernas, modificando la noción de sujeto y la jerarquía de los hechos, destacando los pormenores cotidianos, articulados en una poética del detalle y lo concreto. Del otro, una línea de la historia para el mercado ya no se limita solamente a la narración de una gesta que los historiadores habrían ocultado o pasado por alto, sino que también adopta un foco próximo a los actores y cree descubrir una verdad en la reconstrucción de sus vida (Sarlo, 2005, p. 8).

Se produce entonces, señala Sarlo, un cambio epistemológico que afectará a las fuentes a las que la historia acude, la noción de sujeto “del pasado”, así como la jerarquía que ocupan los acontecimientos en la investigación histórica. El pasado, en tanto narraciones de acontecimientos que proponían visiones globales y dotaban de sentido futuro a esas narraciones, se construirá ahora a partir de su funcionalidad para el presente. Los discursos en primera persona y el estilo indirecto libre darán un lugar privilegiado a la experiencia y la verdad se localizará, por tanto, en el punto de vista del narrador.

Sarlo reflexiona en particular, sobre las experiencias vividas durante las dictaduras y sobre la recuperación de narraciones que manifiesten lo ocurrido en esos terribles años. La conformación de esta dimensión subjetiva del pasado, expone la crítica, requiere para su transmisión del ordenamiento discursivo que, desde la perspectiva del sujeto, propondrá a los recuerdos como fundamentales para “reparar la identidad lastimada” en sociedades expuestas a episodios de violencia sostenida y sistemática.

Esas narraciones testimoniales que se convirtieron en “ícono de la verdad” o en el “recurso más importante para la reconstrucción de pasado en la actualidad” se desarrollaron en condiciones culturales y políticas que las volvieron creíbles. Existe, concluye

Sarlo, una crisis de la autoridad del pasado sobre el presente: cuando nadie está dispuesto a aceptar la verdad de una historia, señala, todos estamos dispuestos a aceptar las verdades de las historias en plural.

Sarlo discute sobre la manera en que la imaginación interviene para la construcción narrativa de ciertos recuerdos y profundiza en la necesidad de recurrir al arte y a la experiencia estética para recuperar dimensiones en las que la memoria difícilmente es suficiente como fuente histórica, pero se convierten en fundamentales para la comprensión de los pasados. La dimensión estética, particularmente en sociedades violentadas, permitirá generar el continuo necesario entre experiencia y relato para su comprensión; así, la experiencia que se vuelve inteligible, sostendrá la hegemonía sobre el pasado en el discurso dado y, apunta la crítica: “el pasado será concebido como siempre reconstruido y organizado sobre la base de una coherencia imaginaria”, ya que “los hechos históricos serían inobservables si no estuvieran articulados en algún sistema previo que fija su sentido no en el pasado sino en el presente” (Sarlo, 2005, p. 159).

Estas dos dimensiones en la prefiguración narrativa de las memorias, la política y la subjetiva, se entrelazan en la construcción estética de las obras centroamericanas que acuden a la denominada ficción histórica en los años denominados de posguerra y muestran claramente la tensión entre la historia como disciplina y las memorias en tanto fuente de comprensión sobre el pasado desde el presente narrativo.

Las obras consideradas como novelas históricas, por ejemplo, fueron, luego de los conflictos armados en Centroamérica, fundamentales para la recuperación de lo que se podría llamar “memorias sensibles y críticas” de los acontecimientos. Como afirman Werner Mackenbach y Valeria Grinberg, en dichas obras se da una “reescritura de la historia” de índole política: “responde a un deseo de intervenir en los debates sobre la identidad nacional a partir de reinterpretaciones del pasado a contrapelo del gran relato

de la historia” (Mackenbach y Grinberg, 2018, p.341). Los autores plantean la necesidad de desarrollar el concepto de novela “con referencia histórica”, y la de estudiar la relación entre la trama, el referente extraliterario, las estrategias escriturales para el logro de su sentido, y los “contratos de verdad, autenticidad y plausibilidad entre autor, texto, lector en los contextos históricamente cambiantes”, así como la función de estos en el presente histórico (Mackenbach y Grinberg, 2018, p.374). Señalan, por tanto, ciertos elementos que han estado presentes en la narrativa centroamericana contemporánea y particularmente en la denominada novela histórica: la producción discursiva y estética de textos que disputan la presencia de otras voces y memorias en la narrativa histórica, y la necesidad de tomar en cuenta estos textos como fuentes para la comprensión de los episodios a que se refieren y sus consecuencias para el presente.

Otros textos ficcionales también muestran, a finales del siglo xx y entrado el siglo xxi, narraciones que surgen desde espacios íntimos, personales, subjetivos, en los que se proyectan otros significados. Ya no se tratará de conocer el acontecimiento pasado, sino de dotar de significado al presente. Su expresión no acude al estatus de verdad o verdadero para disputar un sitio en el saber histórico, sino que, como se ha visto, cuestiona el conocimiento institucionalizado sobre el pasado que se enarbola desde la academia o la institución, así como las categorías que han parcializado saberes que ahora se proponen dinámicos y no totalizantes o disciplinarios exclusivamente.

Dante Barrientos Tecún, por ejemplo, señala en su texto: “Ficción-No ficción, escritura femenina de lo ‘real’ en *Estrella Polar* de Carol Zardetto” que la literatura muestra insistentemente la disolución de fronteras entre ficción y realidad, y dicho proceso permite el establecimiento “de nuevas perspectivas en la comprensión de los hechos sociales y políticos” (Barrientos Tecún, 2023, p. 220).

El estudioso señala:

Es probable que en Centroamérica –y en gran parte de América latina– nos encontremos en un momento histórico en el cual la difuminación de tales fronteras en el campo de las literaturas y las artes juegue un papel fundamental en la construcción y reestablecimiento de las memorias individuales y colectivas de grupos subalternos, tanto como en la complementación de la historia como en las batallas contra el olvido y la impunidad (Barrientos Tecún, 2023, p. 220).

Las tensiones generadas en varios de los textos de ficción de los últimos años en Centroamérica, entre lo denominado “factual” de la historia y lo ficcional de las narraciones, proponen además, señala este autor, estrategias escriturales que transgreden géneros y convenciones. Operan, así, procedimientos literarios y técnicas que cuestionan las certezas de su ubicación en los géneros existentes y muestran la necesidad de reflexionar sobre categorías disciplinares fijas para que den cuenta del entrecruzamiento entre lo extraliterario y la ficción, en el camino hacia la reconstrucción y la conservación de las memorias.

Algunos de los escritores actuales convierten a la literatura en un dispositivo que discute con la memoria oficial de ciertos acontecimientos y que, en algunos casos, busca subvertir el imaginario sobre estos. Siempre se atraviesa esa voluntad de comprensión, incluso si el sentido de las obras apunta a la imposibilidad de lograrla.

En la discusión sobre las producciones literarias centroamericanas relacionadas con la escrituración de las memorias, aparece otro tema fundamental que se refiere a la necesidad, que algunos autores expresan, de construcción de un horizonte identitario perdido a partir del fracaso de las utopías y profundamente vinculado al diálogo y producción estética de acontecimientos pasados, pero cruzado por el impacto enorme del mercado editorial y literario en la región.

Los años noventa en Centroamérica significaron, no solo el fin de los conflictos armados, sino la reactivación de procesos

culturales entre los que la producción de narrativa ficcional tuvo un sitio destacado. Junto con ello, diversas editoriales transnacionales ingresaron al mercado del istmo e iniciaron la edición, publicación y difusión local de algunos de los autores más conocidos actualmente. La “dictadura de las españolas” (López, 2022, p. 184-2017), como la llama Gerardo Guinea Diez –Tusquet o Anagrama, por ejemplo–, ha minado, pero no acabado, con importantísimas iniciativas editoriales que constituyen un impulso definitivo a las letras centroamericanas y que sobreviven pese a todo en Guatemala y El Salvador, particularmente (López y Navarrete, pp.248-257). Sin embargo, es indudable que la presencia y el peso de las editoriales globales dicta en muchos casos las temáticas para el consumo cultural de los lectores. Los debates sobre el impacto cultural que ello provoca están abiertos.

En su texto “Post-identidades post-nacionales: duelo, trauma y melancolía en la constitución de las subjetividades centroamericanas de posguerra”, Arturo Arias expone cómo el fracaso de la utopía de las gestas centroamericanas del pasado siglo, pierde, en la narrativa, a su objeto caracterizado como el “sujeto subalterno de izquierda”, y frente a la derrota y las muertes de las guerras, se extravía la posibilidad de construcción de un horizonte identitario que responda a los nuevos tiempos como proyecto de futuro. La narrativa se insertará en el mercado –Arias explica el fenómeno del avance del mercado editorial transnacional como nuevo fenómeno de la posguerra y en conjunto con el avance de políticas globalizadoras– y renunciará, al menos en inicio y aparentemente, a lo que el autor denomina la necesidad de construir un “*ethos* alternativo” que recupere la presencia “moral” del escritor, de tal forma que la memoria de sucesos y personajes en los que se edifica el presente prevalezca y la responsabilidad del escritor de cuestionar las narrativas históricas permita imaginar otros futuros (Arias, 2012, pp. 121-141)

El mercado, explica el autor, obliga a disciplinar las memorias en aras del consumo. El producto literario “inserta subjetividades

locales en los espacios transnacionales y ordena los afectos” (Arias, 2012, p.150); normaliza, pues, el espacio legible sin transgresiones posibles. La literatura como herramienta de cuestionamiento y expresión de voces para la recuperación de otras historias se pierde: la literatura, explica, se vuelve entretenimiento.

El espacio que ocuparán las narrativas sobre las memorias y que tendrá como tropos central a estas, así como el cuestionamiento sobre el pasado y el presente vinculado a dichas escrituraciones, sin embargo, no se cierra a pesar de los intereses del mercado y el avance del mundo globalizado, a pesar incluso de las llamadas “políticas del olvido” de los gobiernos en turno. Lejos de que el tema de los sucesos relativamente recientes que definen el presente centroamericano se ignoren o se sometan al olvido en la narrativa, su presencia sigue siendo importante, así como el dar cuenta del peso que en las condiciones sociales culturales y políticas de Centroamérica tienen los sucesos referidos o incluso su olvido. Se subraya por tanto el carácter político que la literatura centroamericana ha tenido. Tal como afirma Magdalena Perkowska:

La literatura centroamericana manifiesta un cambio de paradigma estético: la ética del compromiso político, el espíritu de utopía social y la denuncia de la injusticia que caracterizan la producción literaria y cultural de la región desde finales de los 60 hasta mediados de los 80, son desplazados por narrativas que exponen las consecuencias y secuelas de los conflictos armados explorando la historia privada, la intimidad y la subjetividad de los individuos (tanto los vencedores como los derrotados) inmersos en la compleja y dolorosa realidad de la posguerra. (Perkowska, 2012, pp.1-2).

A diferencia de quienes afirman que después de las guerras se da la definitiva separación entre literatura y política, Perkowska señala la necesidad de observar la permanencia del discurso político en la literatura centroamericana, el cual “articula el abismo entre el impulso utópico del discurso anterior y la complacencia consensual de

las nuevas representaciones culturales que abandonan, además, la tarea de configurar identidades nacionales” (Perkowska, 2011, p. 2)

Otro de los tópicos actuales de reflexión en torno a los cruces entre historia, memoria y literatura, es el referente a la prefiguración de subjetividades como agentes partícipes en los entramados históricos. Un cambio de paradigma en la construcción identitaria del sujeto considerado subalterno, que restituye su participación crítica en acontecimientos que han sido narrados excluyéndolo y que muestra la manera en que esas narraciones configuran las relaciones sociales y su repetición en el imaginario social y cultural.

En su texto “Historia, memoria y narración, los tránsitos del acontecimiento al lenguaje literario” Alex Schlenker propone la noción de acontecimiento como “evento o sucesión de eventos o hechos que irrumpen de manera repentina la “normalidad” de lo cotidiano y que tienen una acción transformadora de la realidad donde suceden” (Schlenker, 2011, p. 8). A partir de esta noción, Schlenker reflexiona sobre las tensiones que se dan entre las narraciones históricas y aquellas que producen la narraciones de las memorias desde la “liminaridad”<sup>6</sup> de la reconstrucción narrativa. Schlenker señala:

La ficción en el relato no es en ningún momento una “traición” a lo real del acontecimiento, sino una provocación a los presupuestos establecidos en torno a un acontecimiento determinado, una operación en la que lo real-histórico no es negado, sino utilizado como sustancia para generar—desde lo liminar— preguntas de re-existencia (Schlenker, 2011, p. 9).

Así, el relato sobre el acontecimiento sustentado en las memorias, reconfigura lo real de manera significativa y separa al objeto de la historia del sujeto histórico, es decir, afirma Schlenker, incluye en el proceso crítico sobre el pasado el derecho a la representación de sujetos activos en su propia historia: “No se trata de pensar una

<sup>6</sup> Schlenker recurre al término “liminaridad” de Víctor Turner como: “Un estado en que las cosas son y no son, un estado en que no se presentan las cosas como son/fueron, sino como pueden ser/haber sido” (Schlenker, 2011, p. 7)

historia distinta, sino una historia expandida que surge al momento de crear el espacio para que se desarrollen las tensiones entre esa historia oficial y las voces de la memoria individual que componen esas narraciones”, señala (Schlenker, 2011, p.11).

El autor pone en el centro de su disertación, no al objeto histórico, sino a las prácticas que en torno a él se desarrollan, de las que los cuestionamientos sobre la legitimidad del discurso forman parte. Schlenker propone, por un lado, la aproximación crítica a la literatura histórica en que se reconozca que la narración opera desde un presente determinado y, por otro, la inclusión de los otros que “habitan fuera de la historia”.

Las discusiones sobre la urdimbre entre historia, memoria y literatura muestran, por tanto, al menos en Centroamérica, las disputas por la legitimidad del sujeto en tanto narrador de su historia. Esa fisura se abre con lo testimonial y continúa hasta el presente con el desarrollo propio de herramientas estéticas, que permiten su reconocimiento como sujeto que construye su pasado y que reclama su voz en la disputa por los espacios simbólicos de las memorias, a contrapelo de las prácticas hegemónicas que lo definían subalterno. La literatura, por tanto, participa, desde cualquiera que sea su género, en el amplio espacio discursivo histórico, amplificando y transgrediendo, abriendo la puerta a otros imaginarios en los que se quiebran hegemonías disciplinarias pasadas.

## **Ficción, historia, memoria y narración**

Después de los conflictos armados en Centroamérica, la literatura de ficción cobra fuerza en aquellos contextos donde la transición política permite la reformulación de espacios para la producción literaria con iniciativas personales de editores o de instituciones. Las preocupaciones de los autores centroamericanos por figurar sobre acontecimientos del pasado, sobre la transformación de subjetividades derivadas de los sucesos recientes, o sobre

los cuestionamientos existenciales de personajes inmersos en la contemporaneidad centroamericana y global, resultado de dicho pasado, serán parte de los grandes temas. Lo será también el permanente cuestionamiento de la historia como discurso que, tras los fracasos utópicos, pierde su sentido como flujo de la acción humana hacia la generación de sociedades más justas y libres.

Es decir, se disputará abiertamente en el espacio simbólico de la estética literaria –disputa iniciada, como se ha visto, años antes– sobre los fundamentos discursivos de la historia patria, sobre la identidad de las ciudadanías; sobre la tarea y abandono de los Estados; en fin, prácticamente, todo el imaginario que sostenía la credibilidad en las instituciones e identidades se verá cuestionado, significativamente, desde el arte literario.

La preocupación autoral por el tropo de la memoria en el siglo XXI sigue estando presente, y sin embargo, algunas preguntas se desprenden de la prefiguración de los textos que se escriben: ante la realidad que se impone, ¿sirve la memoria, el trabajo por su expresión, la disputa por lo simbólico, para transformar algo? ¿Sirve el arte trabajado desde la geografía de los recuerdos para algo? Y más aún, en la sociedad actual, ¿Cómo hacer que ese arte genere otros imaginarios?

La narrativa que acude a los tropos de las memorias y su importancia para la construcción de sentido histórico, retoma en ciertos autores lo referente a las memorias individuales en las que el sujeto protagonista propone el valor de su temporalidad anclado en el presente continuo y la inmediatez, (el del consumo y la satisfacción de sus necesidades; reconocimiento, afecto, identificación, identidad, pertenencia) que minimiza e incluso rechaza la importancia del pasado y del futuro, tan utópico como este pudiera ser.

Obras como *El arma en el hombre*, de Horacio Castellanos Moya (2001),<sup>7</sup> que discurre en un presente narrado en el que el sujeto,

<sup>7</sup> En el contexto centroamericano de la llamada literatura de posguerra, las obras de Horacio Castellanos Moya ocupan un sitio fundamental. Su literatura traza una

personaje residual de la guerra en El Salvador, otrora héroe y militar de batallón estratégico contra el ejército Farabundo Martí para la Liberación Nacional, se prefigura como doliente luego de que la sociedad de la transición política lo margine, en busca de aceptación y huérfano de referentes. No hay cuestionamiento sobre el pasado, solo la necesidad de vivir un ahora continuo que le garantice la pertenencia y el reconocimiento, sin importar lo abyecto de las acciones que realiza.

En otras obras literarias se proponen subjetividades insertas en el mundo globalizado que tienen claras sus geografías de origen y abonan a la voluntad de construir a “contra-historia”, esto es, a través de datos y explicaciones, sensibilidades o miradas significativas que permitan develar la pura existencia discursiva de la narración histórica, como en *El meñique del ogro*, del escritor nicaragüense Erick Aguirre (2017). En dicha obra, los personajes centrales, asesinados, cuentan desde ultratumba las traiciones de los comandantes revolucionarios hacia sus compatriotas, y manifiestan la imposibilidad de comprensión del presente a partir de acudir al pasado.

Personajes que se posicionan, por un lado, situados fuera de la determinación del pasado como condición para estar en el presente, y por otro, frente a lo común, asumiendo su “naturaleza” individual y propicia al consumismo, y reduciendo la importancia de la

---

línea indisoluble entre la historia política salvadoreña y las condiciones actuales de su sociedad. Su escritura confronta cualquier deseo de emancipación. Considerado un autor desacralizador, dado que sus novelas presentan, muchas veces con ironía, saberes históricos incuestionables que serán dilapidados, o figuras otrora consideradas indebatibles, como los antropólogos o sociólogos garantes del saber, que serán suplantados por ciudadanos caóticos y sin compromiso, Castellanos no cesa en las representaciones del desmoronamiento de la sociedad centroamericana contemporánea. Sus historias están protagonizadas por sujetos irreverentes y desencantados, ajenos a la identidad colectiva que presentaron las narrativas de las guerras, o en tensión permanente con el universo que habitan y en el que se mueven siempre incómodamente. Su escritura manifiesta, sin embargo, la pertenencia a ese territorio denominado Centroamérica, en el que confronta memoria y olvido, como si la búsqueda identitaria en el presente, estuviera imposibilitada de concretarse.

construcción social a su aprobación por parte de los otros en tanto individuos de la contemporaneidad.

Este signo aparentemente desencantado, sin embargo, es, literariamente hablando, la formulación de un mundo desesperanzado que adquiere su dimensión cuando se confronta con el lector. Es también, como sabemos, la construcción de una estética que da cuenta de, en el mejor de los casos, el espíritu de una época, mostrando los quiebres de la existencia: social, disciplinaria, personal.

Las obras de ficción a las que acudo forman parte de lo que en general se ha llamado la estética del cinismo y del desencanto (Cortez, 2010). Son textos que trabajan el tropo de la memoria en universos huérfanos de la esperanza utópica de emancipación de las gestas pasadas, que están escritas luego de los Acuerdos de Paz en El Salvador y Guatemala, y en el contexto de descomposición política en Nicaragua. Su signo es claramente el de la pérdida. Sin embargo, las formulaciones que tejen y la importancia que otorgan al tropo de la memoria, ya sea a través de sus personajes, ya sea en la urdimbre de acontecimientos que conforman sus universos, las diferencian enormemente.

Algunos escritores como Rafael Cuevas Molina (2023), por ejemplo, se insertan “combativamente” en la disputa por la memoria.<sup>8</sup> Otros recorren en sus textos episodios nacionales mostrando los sucesos, investigados a fondo en muchos casos, recuperando recuerdos y experiencias que, desde la visión en el presente, examinan y proponen otras miradas posibles al pasado. Entretejen muchas veces discursos doxales sobre, por ejemplo, la existencia real de ellos mismos como personajes, como en las obras ya mencionadas de Erick Aguirre, o sobre la eterna complacencia hacia el imaginario del “ser latinoamericano” como subalterno. Debaten los acontecimientos fundacionales de la nación a la que

<sup>8</sup> Rafael Cuevas Molina responde a una pregunta expresa en el Seminario Virtual de Narrativa Centroamericana Contemporánea sobre si él ubicaba su obra como parte de la disputa por la memoria. Respondió que él se inserta entre los escritores que combativamente disputan la memoria sobre los procesos históricos recientes.

pertenecen; otorgan, pues, un signo negativo a los discursos fundadores de la patria, como en el caso de Nicaragua. Obras como el *Meñique del ogro*, devuelven a los saberes sobre la nación nicaragüense su carácter discursivo y, por tanto, relativo.

En Guatemala, en particular en las novelas de Gerardo Guinea, por ejemplo, se acude a la narración de los recuerdos fragmentados como figuración del trauma por la experiencia del genocidio vivido en este país (López, 2016, pp. 29-47). La novela *El árbol de Adán* (2012), que cuenta con claros referentes extratextuales, aborda la historia desde la lírica que opone a los sucesos más terribles, y propone el rearme de una identidad fracturada por el trauma a partir de regresar –un regreso que puede ser una introspección o la materialización del viaje– al lugar de los hechos. No se busca responder a los vacíos que las explicaciones históricas dejan sobre las razones de los acontecimientos que se relatan, sino marcar la necesidad individual de reconocerse partícipe de un pasado para liberarse de las culpas que, en extenso, pesan sobre la nación cuando se culpabiliza a las víctimas.

Es, en este caso, una memoria que restaura y, en ese sentido, humaniza y libera. Es, por tanto, una memoria ética en que disputa a los discursos del olvido, la necesidad de reconocerse en la historia común por traumática que sea para no repetirla. Es también un cuestionamiento sobre las raíces profundas que impiden, al no reconocerse en esas historias, los cambios necesarios en el horizonte de dignificación y pertenencia individual y en el rearme subjetivo. Su sentido es el de la responsabilidad individual que, a partir de la recuperación y reconocimiento de la memoria, obliga a un compromiso con la historia, el presente y la construcción de futuros.

Otras obras contemporáneas de la ficción centroamericana abordan el tópico de las memorias como constitutivas de las subjetividades de los personajes. Carol Zardetto (2004), por ejemplo, en su novela *Con pasión absoluta*, aborda sobre el regreso de su personaje central a su país natal, Guatemala, y tras narrar las experiencias de mujeres de su familia por varias generaciones, narraciones que

se constituyen en un “yo” femenino e histórico, propone el alejamiento definitivo para continuar con su vida. Si bien las memorias se recuperan, el exilio se vuelve constitutivo de la subjetividad a elegir, en este caso, alejarse de un pasado en el que en la actualidad no se reconoce.

En una segunda novela, *La ciudad de los minotauros*, Zardetto (2016) borda sobre las historias de varios migrantes en Nueva York, y otorga al personaje central, mismo que reniega su ser guatemalteco desde la manzana del imperio, el privilegio de conocer uno de los documentos mayas que se escribieron sobre un guía “lector de sueños”. El personaje se advertirá partícipe de la historia de su país a partir de “recuperar” esa historia olvidada, de identificarse con el mito; memoria profunda que llama a reconocerse en un territorio imaginado como la Guatemala profunda, raíz de su existencia, solo que fuera de su territorio, hazaña imposibilitada por su condición actual. El sujeto que no logra integrarse al sueño norteamericano se confronta con lo más profundo de su identidad y lo pierde. Memoria que no otorga salvación alguna, que frente a la contemporaneidad del sujeto que busca reconocimiento, se vuelve inútil en su actualidad marginada.

Estas obras, apenas ejemplos, dan cuenta del espacio privilegiado que conforma la narrativa para discutir la tensión existente en el diálogo que sostienen pasado y presente, entre las memorias culturales que permanecen y la figuración que se teje sobre las memorias individuales en la actualidad a partir de las ficciones. Es la construcción de subjetividades que se definen a contracorriente de los imaginarios sobre el pasado generados desde el poder, en lo que Werner Mackenback llama “la función de la literatura como instancia previsoras y archivo imprescindible en contra de la desmemoria forzada”, y buscan, ya sea reconocerse como partícipes de otras historias obviadas u olvidadas, ya sea mostrar la inutilidad de dichos imaginarios, sobre su sentido y devenir en la actualidad centroamericana

## Habitar un tiempo sin memoria

Para el caso de las novelas del escritor Horacio Castellanos Moya, la memoria y la necesidad de habitarla, son motores de la escritura. En entrevista reciente señala que sus personajes siempre están relacionados con los “espectros” del pasado. Espectros que no desaparecen y que significan para el entramado social, cultural y político de lo que su país, El Salvador, es en la actualidad.

Las nociones de memoria e historia son dos conceptos claves que otorgan significación a su obra y su propuesta estética. Historia y memoria tienen diversas manifestaciones en sus textos: a través de revisar la historia política y sucesos nacionales como en *La Sirvienta y el luchador* (2011), a través de ficciones enmarcadas en la desmitificación de episodios fundacionales de la historia como en *Tirana Memoria* (2002); en la discusión con las tradiciones literarias propias como el testimonio en *Baile con serpientes*. Su propuesta es siempre problematizadora, en esa escritura en la que se tensan discursos e imaginarios .

Pero el tropo de la memoria no solo es abordado en sus obras como recurrencia al pasado; se conforma, sí, como elemento fundamental en el que se anclan las subjetividades presentes de sus personajes. Es, por tanto, no la expresión de otras miradas sobre el pasado, o la necesidad de discurrir a contra corriente de los discursos sobre el acontecer nacional, sino la prefiguración de individuos sofocados por el peso de esas memorias, la histórica y la individual, y de las prácticas que estas desencadenan en universos complejos en los que los conflictos son imposibles de explicar desde la óptica de dos extremos antagónicos, y los desenlaces siempre apuntan hacia la impotencia de cualquier esfuerzo liberador o de transformación de las propias condiciones personales y colectivas (Perkowska et al., 2018)<sup>9</sup> y que, como señala Ricardo Roque, en las

<sup>9</sup> En la introducción de *Tiranas ficciones. Poética y política de la escritura en la obra de Horacio Castellanos Moya*, se establece cómo el autor construye la transición del

obras de Castellanos Moya: “La memoria se invoca para dar cuenta de la imposibilidad de la historia, de la futilidad de todo deseo de emancipación” (Roque, 2018, p. 33-55).

Como siempre, autor desmitificador, nos ofrece obras que cuestionan la importancia de los valores aceptados en las sociedades actuales. Como apunta Magdalena Perkowska: “Castellanos no trabaja con los episodios de la guerra, sino con sus residuos, con lo que queda. Ello se construye como una lectura crítica del pasado que anticipa lo significativo y que adquiere sentido solo después de ser tramado/ contado en la ficción” (Perkowska, 2018, p. 79-104).

Para seguir las reflexiones sobre uno de los ejemplos más significativos de la narrativa centroamericana contemporánea, me propuse bordar en torno a uno de los personajes de la saga de la familia Aragón, misma que constituye el núcleo intertextual de su obra: Erasmo Aragón.

Erasmo aparece por primera vez como personaje principal en la novela *El sueño del retorno* (2013), y nace a la luz pública sin memoria. La novela narra la búsqueda por recuperarla ante la sospecha de haber cometido actos atroces durante los años de la guerra en El Salvador. Como los personajes de Castellanos, Erasmo sufre de paranoia y sospecha de cuanto personaje se le acerca. Así, asiste a un analista que lo hipnotiza con la finalidad de traer al presente los recuerdos, pero, por el contrario, aunque las sesiones duran horas, Aragón jamás se enterará de lo que le devela al doctor. Recuperar la memoria, imagina él, le permitirá regresar a su país y saber en realidad quién es. Pero ese destino, el de saber su identidad y dejar de ser exiliado, le parece negado. Negada también la posibilidad imaginada de regresar en el momento de transición política y luego de la firma de los Acuerdos de Paz. Frente a los acontecimientos diversos, Erasmo Aragón pondrá en segundo término su búsqueda. La realidad violenta y el exilio se imponen sobre el sujeto que busca individualizarse. La postergación de su verdad en tanto

---

conflicto público hacia lo íntimo de los personajes (Castellanos Moya, 2018).

pertenencia e identidad, fracasa en un universo que le es, a todas luces, ajeno.<sup>10</sup>

La segunda novela en la que Erasmo es protagonista es *Moronga* (2018). En ella se desempeña como investigador en el exilio en una escuela de Estados Unidos. Llama la atención de otro de los personajes, un exguerrillero relacionado con la familia de Erasmo en *La sirvienta y el luchador*, porque busca en internet los papeles clasificados sobre la relación entre el poeta Roque Dalton y la CIA. Es una obra en la que la vigilancia cibernética abona a la paranoia siempre característica de estos personajes. Hurgar en el pasado parece ser una obsesión, reivindicar personajes fundacionales de la actualidad salvadoreña y mantener ese vínculo apenas perceptible con su país. Su interés le permitirá, como académico, obtener una beca para ir directamente a Washington a revisar los archivos del gobierno. Pero, como ocurre con el personaje, su búsqueda quedará truncada. Una falsa acusación sobre un abuso sexual cae en su contra y queda internado en un hospital psiquiátrico. De esa forma, no solo su personalidad violenta y cínica lo condena; sucesos tan ajenos a su historia y con los que no tiene que ver sino por casualidad, determinarán su devenir. Así aparece imposibilitado de comprender episodios determinantes de la historia de su país, de conformar otra memoria que la mil veces dicha, de acudir al pasado para descubrir “secretos” nunca revelados, al ser arrastrado por sus condiciones como exiliado, y ser marginado todavía más, al encerrársele en el hospital en el que permanecerá vigilado

<sup>10</sup> El universo que habita la familia Aragón transita, desde la primera novela, *Donde no estén ustedes* (2003), hasta *El Hombre Amansado* (2022), en espacios en los que no hay sitio para la pertenencia. Sus miembros viven en permanente condición de exilio. Así, Castellanos prefigura personajes en continua marginalidad, excluidos de todo proyecto y fuera de la historia; el mundo se ha vuelto inhóspito para ellos. Esa condición, sin embargo, entra en tensión con la permanente voluntad de regresar a su país, viaje imposibilitado por las circunstancias que, fuera del alcance de cada uno de los Aragón, los sujetan. El exilio, por tanto, forma parte indisoluble de la historia figurada y manifiesta, en torno a la memoria, ese imaginario sobre la pertenencia y la identidad fracturada, cuando no ya inexistente.

y dopado. Su memoria, la propia que ya no existía y la que podría conformar de su país, se extravían en el universo de las sombras y la docilidad resultante de los fármacos.

*El hombre amansado* (2022), última novela de la saga hasta hoy, Erasmo Aragón sale del hospital por la benevolencia de una enfermera que lo llevará a vivir con ella a Estocolmo siempre que se mantenga medicado y no beba. Hombre negado a la memoria y por tanto a la definición identitaria, vivirá en una contradicción permanente entre el deber ser exigido, la sumisión voluntaria y el apetito de romper toda norma empujado por la furia instintiva de saberse siempre extranjero, siempre manipulado y vigilado. Aragón ni siquiera mantendrá esa voluntad del regreso. Temeroso y amansado hasta en lo que él consideraría poco digno (lo define al momento en que debe orinar sentado para no manchar el inodoro), buscará permanecer a como dé lugar doblegado pero seguro, con el bienestar que ofrece la materialidad de la modernidad, pero borrado en su historia, con una identidad ajena a su esencia. Objeto deseado a partir de la definición de otros.

Como lectores no conocemos cuál fue el pasado del personaje en El Salvador. Nos encontramos de lleno con alguien que perdió la memoria, que tuvo la obsesión de hurgar en el pasado y que sus búsquedas lo llevaron a renunciar a saber quién fue y quién es. Esa imposibilidad de abrazar la propia vida para reafirmarse es, sin embargo, resultado de un mecanismo social y político de control tan sutil como aniquilador que privilegia la aceptación social y personal por encima de la reafirmación identitaria y la construcción subjetiva.

En la antigua Roma se practicaba como “condena por la memoria” que consistía en borrar a los enemigos del sistema en turno, en eliminar de los programas y discursos públicos cualquier recuerdo de ciertos personajes. Así, quienes fueron héroes en otros regímenes, se borraban o sustituían en las pinturas y tapices, se cincelaban sus rostros en las esculturas, y más adelante, en otras

historias se eliminaban de las fotografías, de los libros de texto, de los planes de estudio.

En la actualidad “la condena de la memoria” toma formas que se entretajan con procesos culturales y sociales, ya no solo como mecanismo que exige la intervención directa del poder para mantener en el olvido a personajes o acontecimientos históricos, sino incluso, en la modificación de imaginarios sobre el pasado. Se influye así, también, en la configuración de subjetividades. Se pone en marcha una mediación desde el poder o la institucionalidad, que define qué recuerdos colectivos, procesos y acontecimientos del pasado, son susceptibles de formar parte de la memoria y por tanto de la identidad.

Esta sanción sobre los recuerdos constituye la base de la identidad del hombre contemporáneo. Identidad determinada por su consumo, dependiente del éxito, del denominado bienestar, de la posesión de bienes, de la aceptación social, de la sumisión al orden. La deuda hacia la aceptación social y lo que la determina, que constituye el motor de la culpa en la actualidad.<sup>11</sup>

En la propuesta estética de Castellanos Moya la ética en la representación de la memoria funda su carácter político. Su recuperación o su ausencia cuestionan al presente; la supuesta racionalidad del olvido, por supuesto, pero también los sistemas y la manera en que se proponen las relaciones entre los mecanismos de vigilancia social, los sujetos y el orden. Erasmo se diluye en la exclusión y la imposibilidad de hurgar en los pasados, en la lucha interna permanente del deber ser y el saber quién es. Lo que resta son vestigios instintivos casi en huida de la civilidad que se impone. Cualquier rearme es imposible.

El personaje permanecerá en la penumbra. La sociedad moderna lo asfixia y somete, lo obliga a interiorizar la sujeción a un orden

<sup>11</sup> Es interesante revisar algunos de los escritos de Walter Benjamin y de Maurizio Lazzarato, mismos que reflexionan sobre el ser en el capitalismo y la manera en que opera el sistema. *El hombre endeudado* de Lazzarato, o “El capitalismo como religión” de Benjamin.

que no le ofrece sentido alguno. Aragón no busca las razones, porque no hay cuestionamiento sobre lo que ha vivido. Renuncia a la comprensión de su presente y queda a la deriva de la historia. Esa condición de exiliado permanente, condición que se convierte en constitutiva del ser contemporáneo y cuyas características evidentes son el distanciamiento de lo local, el permanente movimiento y el aislamiento e incomunicación, lo llevan invariablemente en la estética propuesta, a la derrota, al menos momentánea y a una “suspensión de la identidad” en palabras de Noé Jitrik (2017). Solo le resta el instinto; manifestarse en el hecho violento que transgrede, hacerse visible y retar el orden desde su subalternidad e invisibilidad centroamericana.

*El hombre amansado* continúa el relato de la dispersión que inició la guerra, la migración, la persecución del pasado que determina al presente sin importar la geografía. Circular, como las obras de Castellanos, la imposibilidad de rearme de la identidad condena al personaje. Un rearme negado porque el presente es la eternización de los males entre los que se encuentran la ausencia de memoria y la negación de otros tiempos, pero no solo; la obra también muestra el cuestionamiento sobre lo políticamente correcto, sobre sociedades que imponen el cómo nombrar, recordar y actuar frente a historias ajenas, es la disolución discursiva de un conflicto que permanece agazapado. Para los personajes, en el presente, no hay más que continuación sin salida de ese círculo. Una ficción de la distopía.

Así, la literatura de los sucesos más terribles desemboca en la lectura sobre el sujeto que ha perdido su agencia en cuanto a posibilidad de transformación individual, social o política, a partir de la pérdida de memoria, de su conversión en individuo enajenado de sí mismo; individuo espejo de nuestras modernidades que resisten frente a las formas en que se organizan los silencios opresores en nuestra civilización actual.

## Reflexiones finales

A lo largo del presente capítulo se han presentado diversas reflexiones y estudios sobre cómo se han conformado las narrativas de las memorias, de qué manera se han constituido sus espacios de legitimación, la forma en que se han transformado a partir del desarrollo de crisis epistemológicas relacionadas con la disciplina histórica, y cómo la ficción literaria centroamericana se ha constituido y se presenta como espacio para discurrir sobre la importancia de la historia, las memorias y las verdades, en la construcción de subjetividades contemporáneas.

Se ha visto también el tránsito que recorren los sujetos prefigurados en las narrativas; de anclados en el pasado histórico desde el que heroicamente sostienen las voces que representan a las comunidades, como en las narrativas de los ochenta y testimoniales, hasta la prefiguración que en la ficción tienen personajes que cuestionan los relatos monolíticos, los fundamentos de certidumbre histórica de ciertos acontecimientos, o aquellos que habitan los vacíos que deja la imposibilidad de comprensión del pasado y del presente.

En particular, pese a lo desencantado y circular de los universos que Castellanos Moya plantea, su narrativa permite mirar de cerca, pero sin sentimentalismos, los procesos que cuestionan la existencia misma del ser en los tiempos que corren. En ese sentido, la propuesta de un individuo sin memoria, imposibilitado en su definición identitaria y marginado por siempre, remite a un silencio sobre los acontecimientos del pasado, esclarece la negación a la comprensión, y establece la inutilidad y el absurdo de cualquier discurso que manifieste verdades o posibilidades de rearme histórico.

Si se considera que la memoria es una construcción social y que las memorias y recuerdos individuales abonan a generar ese andamiaje, la historia de las sociedades de las que no se tiene

memoria alguna es imposible de articular para el presente. Sus sujetos pierden por tanto agencia política, de transformación significativa para el futuro. El borramiento o condena al olvido de las mismas, condiciona su presencia y su fuerza en la narración sobre las identidades.

El *hombre amansado* se convierte así en signo y clave de nuestro tiempo que, a través de mecanismos de control social, devora cualquier voluntad racional de pertenecer. Un tiempo continuo siempre en el ahora, en que la vigilancia y obediencia son mecanismos para la aceptación inmediata. Si el tiempo es siempre hoy, solo el consumo del instante importa. No existe posibilidad alguna del retorno que significaría la recuperación de la memoria, la historia, la identidad. Lo queda es el exilio permanente, la enajenación del ser.

Es también, sin embargo, necesaria la reflexión sobre el hecho de que el personaje salvadoreño habite en Estocolmo y sea esa sociedad europea la que finalmente integre, absorba o disuelva –a partir de la sanción sobre los comportamientos– la voluntad del sujeto sin memoria. Su presencia es evidente, es decir, pese a no tener memoria, desarrolla un cierto tipo de respuesta casi instintiva a la necesidad del regreso a su lugar de origen. Desafía desde sus herramientas al buen comportamiento y con ello desestabiliza el equilibrio de los comunes y homogéneos.

Opone por tanto una resistencia a los dictados que, al integrarlo, lo desaparecerán, lo mismo que las literaturas de las memorias se han opuesto a continuar con las narraciones sobre el flujo de acontecimientos que invisibilizan procesos y actores. Invisibilidad y resistencia, ahí donde todo se pretende organizado y normalizado en la contemporaneidad, donde la historia y el pasado no importan, lugares desde los que irrumpen seres que se niegan a enajenarse.

Los textos visitados de la narrativa centroamericana del siglo XXI, muestran así tensiones diversas, las cuales permiten indagar los elementos que se prefiguran desde lo literario y que muestran la resistencia a formar parte de las memorias oficiales de los

acontecimientos, plantean el necesario abandono de los discursos sobre lo verdadero y manifiestan la importancia del arte escritural, el rearme de identidades que escapan a la determinación de lo colectivo como única manera de pertenecer.

Discuten por tanto, en el entramado entre memoria, historia y literatura, con la necesidad de reconocer la existencia de narraciones que tensan los discursos históricos con la construcción de sentidos diversos elaborados desde la memoria y los recuerdos, desde la ficción que expande desde hace tiempo los límites disciplinarios en sociedades amenazadas, desde el lenguaje no forzosamente disciplinario, reconociendo a los sujetos diversos cuya sola presencia pone en entredicho las miradas monolíticas.

La ficción centroamericana de los últimos lustros –la literaria pero también la presente en otras narrativas estéticas como la plástica o el cine– propone por tanto herramientas para profundizar en reflexiones que lejos de agotarse, muestran de manera inequívoca la formulación del ámbito estético como espacio para pensar la historia y las construcciones narrativas de las memorias.

## **Bibliografía**

Arias, Arturo (2012). Post-identidades post-nacionales: Duelo, trauma y melancolía en la constitución de las subjetividades centroamericanas de posguerra. En Alexandra Ortiz Wallner, Beatriz Cortez y Verónica Ríos Quesada (eds.), *Per(Versiones) de la modernidad. Literaturas, identidades y desplazamientos. Hacia una historia de las literaturas centroamericanas* (tomo III). Guatemala: F&G Editores.

Barrientos Tecún, Dante (2022). Ficción-No ficción, escritura femenina de lo “real” en *Estrella Polar* de Carol Zardetto. En *Escrituras (en) femenino en las literaturas centroamericanas, ¿una cuestión de género?* Raleigh, North Carolina: Department of Foreign Languages and Literatures at North Carolina State University.

Bauman, Zygmunt y Donskis, Leónidas (2015). *Ceguera moral: La pérdida de la sensibilidad en la modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica.

Beverley, John (1993). El testimonio en la encrucijada. *Revista Iberoamericana* No. 59, Vols. 164-165. <https://www.liverpooluniversity-press.co.uk/toc/revista/59/164-165>

Cabezas, Omar (1981). *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*. Managua: Colección Socialismo y Libertad.

Cortez, Beatriz (2010). *Estética del cinismo: Pasión y desencanto en la literatura centroamericana de posguerra*. Guatemala: F&G Editores.

Cuevas Molina, Raphael (23 de febrero de 2023). *Escribir en la periferia* [Conferencia]. Seminario de Literatura Centroamericana Contemporánea, Facebook @sedenace. <https://www.facebook.com/100086516080921/videos/511866544220826>

Díaz Álvarez, Enrique (28 de noviembre de 2023). *La palabra que aparece: El testimonio como acción política* [Conferencia]. Seminario Explicar y Narrar, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM. <https://www.youtube.com/@webcast01iis/featured>

Jitrik, Noé (24 de noviembre de 2017). El exilio es también una suspensión de la identidad. *Página12*. <https://www.pagina12.com.ar/77974-el-exilio-es-tambien-una-suspension-de-la-identidad>

López Martínez, María del Pilar (2016). El árbol de Adán, de Gerardo Guinea Diez: Narrativa y memoria del genocidio guatemalteco. *Letras*, Universidad de Costa Rica, (59).

López Martínez, María del Pilar y Navarrete Quan, Yosahandi (2021). Editar en Guatemala es épico, pero no imposible: Entrevista a Carmen Lucía Alvarado. *Istmo: Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*. <http://istmo.denison.edu/n36/foro/19.html>

Mackenbach, Werner y Grinberg, Valeria (2018). La (re)escritura de la historia en la narrativa centroamericana. En Héctor Leyva, Werner Werner Mackenbach, C. Ferman (eds.), *Literatura y compromiso político: Prácticas político-culturales y estéticas de la revolución. Hacia una historia de las literaturas centroamericanas* (tomo IV). Guatemala: F&G Editores.

Morales, Mario Roberto (s/f). La articulación de las diferencias o el síndrome de Maximón: Los discursos literarios y políticos del debate interétnico en Guatemala. *Ensayistas*. <https://www.ensayistas.org/critica/guatemala/morales/cap2/1.htm>

Morales, Mario Roberto (coord.) (2001). *Stoll-Menchú: La invención de la memoria*. Guatemala: Consucultura.

Morales, Mario Roberto (2005). Oralitura y testinovela: Señores bajo los árboles. *La Insignia*.

Morales, Mario Roberto (2007). Señores bajo los árboles. *La Insignia*.

Perkowska, Magdalena y Zavala, Oswaldo (eds.). (2018). *Tiranas ficciones: Poética y política de la escritura de Horacio Castellanos Moya*. Pittsburgh: Universidad de Pittsburgh.

Perkowska, Magdalena (2019). Una nación imposible: El Bildungsroman e imaginarios culturales en *El misterio de San Andrés*, de Dante Liano. *Istmo*. [http://istmo.denison.edu/n24/articulos/25\\_perkowska\\_magdalena\\_form.pdf](http://istmo.denison.edu/n24/articulos/25_perkowska_magdalena_form.pdf)

Perkowska, Magdalena (2011). La infamia de las historias y la ética de la escritura en la novela centroamericana contemporánea. *Istmo*. [http://istmo.denison.edu/n22/articulos/24\\_perkowska\\_magdalena\\_form.pdf](http://istmo.denison.edu/n22/articulos/24_perkowska_magdalena_form.pdf)

Roque Baldovinos, Ricardo (2018). Un duelo por la historia: La saga de la familia Aragón. En Magdalena Perkowska y Oswaldo Zavala (eds.), *Tiranas ficciones: Poética y política de la escritura de Horacio Castellanos Moya*. Pittsburgh: Universidad de Pittsburgh.

Quijano, Mónica (2013). Literatura nacional e identidad: Del paso de una memoria unificada a la proliferación de memorias plurales. En Rodrigo García de la Sierna et al. (coords.), *La tradición teórico crítica en América Latina: Mapas y perspectivas*. México: Boinilla Artiga Editores.

Sarlo, Beatriz. (2005). *Tiempo pasado: Cultura de la memoria y giro subjetivo*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Schlenker, Alex (2011). Historia, memoria y narración: Los tránsitos del acontecimiento al lenguaje literario [Ponencia]. VII Congreso Internacional de Literatura: Memoria e Imaginación de Latinoamérica y el Caribe, Pontificia Universidad Católica del Ecuador. [https://www.academia.edu/19609551/Historia\\_memoria\\_y\\_narraci%C3%B3n\\_los\\_tr%C3%A1nsitos\\_del\\_acontecimiento\\_al\\_lenguaje\\_literario](https://www.academia.edu/19609551/Historia_memoria_y_narraci%C3%B3n_los_tr%C3%A1nsitos_del_acontecimiento_al_lenguaje_literario)

Sklodowska, Elzbieta (1992). *Testimonio hispanoamericano: Historia, teoría, poética*. Michigan: Universidad de Michigan.

## Referencias literarias

Aguirre Aragón, Erick (2017). *El meñique del ogro*. San José: Uruk Editores.

Cabezas, Omar (1981). *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*. Managua: Colección Socialismo y Libertad.

Castellanos Moya, Horacio (2013). *El sueño del retorno*. Barcelona: Tusquets.

Castellanos Moya, Horacio (2018). *Morongá*. Barcelona: Random House.

Castellanos Moya, Horacio (2022). *El hombre amansado*. Barcelona: Random House.

Guinea Diez, Gerardo (2012). *El árbol de Adán*. Los Ángeles: Evaned.

Zardetto, Carol. (2004). *Con pasión absoluta*. Guatemala: F&G Editores.

Zardetto, Carol. (2016). *La ciudad de los minotauros*. México: Penguin Random House.



## Sobre autores y autoras

**Mónica Toussaint (Coordinadora)** Doctora en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Investigadora de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora en México. Profesora y directora de tesis en los programas de posgrado del Instituto Mora y en el posgrado en Estudios Latinoamericanos de la UNAM. Miembro del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores del Conahcyt y de la Academia Mexicana de Ciencias. Integrante del grupo de trabajo de CLACSO: El Istmo centroamericano: perspectivas epistemológicas periféricas. Integrante del Seminario de Narrativa Centroamericana Contemporánea, de la Universidad Autónoma del Estado de México, Amecameca. Sus principales líneas de investigación son la historia de las relaciones México-Estados Unidos-Centroamérica; historia de la política exterior de México; historia de la frontera sur; e historia oral de la diplomacia mexicana. Entre las publicaciones más recientes destacan las relativas a las historias de vida de embajadores mexicanos en el istmo centroamericano; la geopolítica regional y las memorias de los procesos de guerra y posguerra en la región; las negociaciones para la firma de los acuerdos de paz después de los años de guerra en el área; así como las dinámicas y conflictos en la región transfronteriza México-Guatemala. Correo electrónico: [mtoussaint@institutomora.edu.mx](mailto:mtoussaint@institutomora.edu.mx)

**Verónica Rueda-Estrada (Coordinadora)** Doctora en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesora-investigadora de tiempo completo en la Universidad Autónoma del Estado de Quintana Roo (UQROO), Campus Playa del Carmen. Profesora y directora de tesis en la licenciatura en Gobierno y Gestión Pública, en la Maestría en Ciencias Sociales Aplicadas a los Estudios Regionales, del Doctorado en Economía Pública y Desarrollo Local de la UQROO y de la Maestría en Historia Social y Cultural de la Universidad Autónoma de Honduras. Miembro del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores del Conahcyt y del Consejo Consultivo del Acervo Histórico Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Integrante de dos Grupo de Trabajo CLACSO: Ruralidad y transiciones políticas en Centroamérica y Colombia, y Memorias colectivas y prácticas de resistencia. Equipo de Centroamérica. Su especialidad es la historia contemporánea de Nicaragua usando la metodología cualitativa de la historia oral. Destacan sus contribuciones sobre campesinado, la Contrarrevolución, movimientos sociales, políticas agrarias, y militancias. Entre las publicaciones más recientes resaltan las relativas al Rearme de excombatientes Contras y Sandinistas; la estrategia internacional para la desmovilización en Nicaragua; las memorias de los procesos de guerra y posguerra en la región; el ideario contrarrevolucionario y del sandinismo. Correo electrónico: vrueda@uqroo.edu.mx

**Emiliano Balerini Casal** Licenciado en periodismo por la Escuela de Periodismo Carlos Septién García. Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesor del Plan de Finalización de Estudios Secundarios (FinES) de la provincia de Buenos Aires, Argentina. Ha sido docente en la Escuela de Periodismo Carlos Septién García y el Instituto de Estudios Superiores de Monterrey, campus Puebla y Estado de México. Integrante del grupo de trabajo de CLACSO: El Istmo centroamericano: perspectivas epistemológicas periféricas. Sus principales

líneas de investigación consisten en el estudio del internacionalismo revolucionario en Nicaragua y El Salvador, así como la intervención de la dictadura militar argentina en Centroamérica. Es autor de capítulo en los libros: *El otro en la arena, 20 miradas y un parpadeo al Sahara Occidental* (2015) y *Guerra y posguerra en Centroamérica* (2020). Además, ha publicado diferentes artículos académicos desde 2018 a la fecha. Ha colaborado en diarios y revistas nacionales como *Récord, Milenio, Cambio, Fernanda, SoHo, Este país y Etcétera*. A nivel local en *Milenio Hidalgo y Provincia* en Michoacán y en versiones electrónicas de *Coolt* y *La Jornada en Línea*. Correo electrónico: [balerinicasal@gmail.com](mailto:balerinicasal@gmail.com)

**Yosahandi Navarrete Quan** Doctora en Literatura por El Colegio de Morelos. Profesora de tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha colaborado con los posgrados en Estudios Latinoamericanos (UNAM) y en Literatura de El Colegio de Morelos. Miembro del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores del Conacyt. Integrante del grupo de trabajo de CLACSO: El Istmo centroamericano: perspectivas epistemológicas periféricas. Forma parte del Comité Organizador del Seminario de Narrativa Centroamericana Contemporánea, de la Universidad Autónoma del Estado de México, Amecameca. Entre sus líneas de investigación se encuentran: literatura guatemalteca contemporánea; subjetividad, cuerpo y violencia en la narrativa centroamericana; la literatura precolombina y la narrativa indígena actual. Entre sus publicaciones más recientes figuran: en 2024, “Alaíde Foppa y Aimur, o una voz que emerge de las llamas”. En Albízurez, Mónica (comp.). *Urgente Futuro. Escritos sobre Alaíde Foppa*; en 2023, “Asesinato o redención: subalternidad y violencia en *El hijo de casa, Por el lado oscuro y Miculax*”. En Hernández Soto, Gabriel (coord.). *Al sur del Suchiate. El relato noir centroamericano*; en 2020, “Madre, no solo somos historia. Somos el agua del pez y la raíz de la tierra”, en Armijo, Natalia

y Mónica Toussaint (Coords.) *Guerra y posguerra en Centroamérica*.  
Correo electrónico: navarreteyosi@gmail.com

**María del Pilar López Martínez** Doctora en Letras por la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesora de asignatura en la Maestría de Diseño y Producción Editorial de la Universidad Autónoma Metropolitana y en la Maestría de Literatura Centroamericana Contemporánea de Universidad Nacional Autónoma de Honduras. Miembro del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores del Conahcyt. Integrante del grupo de trabajo de CLACSO: El Istmo centroamericano: perspectivas epistemológicas periféricas. Forma parte del Comité Organizador del Seminario de Narrativa Centroamericana Contemporánea, de la Universidad Autónoma del Estado de México, Amecameca. Sus líneas de investigación son las relativas a las continuidades y rupturas de la narrativa centroamericana de los siglos xx y xxi. Participa en la Cátedra Extraordinaria Carlos Fuentes de la UNAM a través del diplomado de Actualización de Literatura Hispanoamericana. Siglo xxi: Nuevas Perspectivas Temáticas y críticas de la Narrativa Reciente. Es autora del libro *Narrativas centroamericanas. De la disputa por la verdad al siglo xxi*, publicado en Guatemala y en México en 2022, y de diversos artículos y capítulos sobre literatura centroamericana en revistas de la región. Correo electrónico: pilarlmz@gmail.com





# MEMORIA, HISTORIA Y LITERATURA EN CENTROAMÉRICA

## LUCHA REVOLUCIONARIA, PROCESOS DE PAZ Y DESENCANTO EN LA POSGUERRA

Este libro presenta un análisis desde la perspectiva de varias disciplinas y tradiciones, como la historia, la antropología, la sociología y la literatura, a partir del eje transversal de la memoria de múltiples expresiones y formas, en el contexto de los conflictos que tuvieron lugar en Centroamérica en las décadas de los setenta y ochenta del siglo XX y sus consecuencias en los años noventa e incluso en la actualidad. Se centra particularmente en cuatro momentos: la lucha revolucionaria, la paz como anhelo, el proceso de desmovilización y el desencanto de la posguerra.

